

13



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



EL PROGRAMA BRACERO, 1942-1947:
UN ACERCAMIENTO A TRAVÉS DE LOS
TESTIMONIOS DE SUS TRABAJADORES.

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADA EN HISTORIA
P R E S E N T A :
EMELIA VIOLETA DOMINGUEZ LOPEZ

299729

ASESOR: MTRO. ALBERTO BETANCCURT POSADA



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS MEXICO, D.F.



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

2001

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

1

A "Rosy",
con el deseo profundo de que a tres años,
en Honduras o en Houston,
hayas podido encontrarte con tus hijos.

A David,
guía cauteloso en el cruce de la frontera.

A Paty y Benjamín,
mis orígenes.
Por el compromiso que
han asumido con la sociedad,
del cual espero ser digna heredera.
A cada uno por lo suyo.

A Luis Lugo,
siempre tan solidario.
Con hartito cariño.

A Verónica, Jimena y Anel,
por los buenos -y malos- ratos, compartidos.
Pa' que la lean.

Und endlich (aber natürlich!):
Für Matthias
Für deine Hilfe, für deine Liebe,
"Ich bin bei dir, Du bist bei mir..."
Vielen Dank

AGRADECIMIENTOS

2

Como ocurre con todo trabajo, la tesis que aquí se presenta no hubiese sido posible sin el apoyo y confianza de un buen número de personas. Debo agradecer en primer lugar a los hombres y mujeres que me abrieron las puertas de sus hogares para la realización de las entrevistas que aquí se presentan:

Máximo Butanda Pérez
María Luisa Butanda Veloz
Genaro Cortés García
Consuelo Moreno Rangel
Mariano Chores Alarcón
Esperanza Martínez
Alfonso Lara López
Teresa Suárez González
José Pablo Miramontes
Altagracia Ramírez Briceño
Hermila Miramontes Ramírez
Nahum Mosso Calleja
Guadalupe Martínez Arellano
Juan Saldaña Bravo
Benita Arredondo Gómez
Liborio Santiago Pérez
Victoria Díaz Chávez
Aurelio Torres Martínez
José Concepción Trejo Domínguez

A todos ellos gracias por haber compartido conmigo los recuerdos de una buena parte de sus vidas.

De igual forma agradezco ampliamente:

Al Seminario Permanente de Estudios Chicanos y de Fronteras, semillero de gente comprometida; a Juan Manuel, Javier, Toño y Carmen: por su solidaridad con la gente, por su solidaridad con *la raza*.

Al grupo de braceros del Distrito Federal, a todos y cada uno de ellos, que me es imposible nombrar individualmente, por su confianza, por su entusiasmo en la lucha, por las ganas de que sus historias no queden en el olvido.

A toda la gente honesta de la Alianza Braceroproa. A Ventura, a Emma.

A Juan Manuel Sandoval y Ricardo Gamboa, por su invaluable apoyo en todo sentido.

A Alberto Betancourt, por la ayuda prestada en este episodio.

ÍNDICE

Introducción	5
Capítulo 1. Una larga historia: La migración laboral de mexicanos a los Estados Unidos antes del Programa Bracero	14
1.1 “Los primeros”: migrantes mexicanos al final del porfiriato.	14
1.2 Revolución y Primera Guerra Mundial.	20
1.3 Los años veinte: el flujo migratorio se fortalece.	25
1.4 Se intensifica el debate: racismo vs. ganancia económica.	28
1.5 El desplome de la economía norteamericana y las deportaciones masivas de mexicanos.	32
Capítulo 2. El Programa Mexicano – Estadounidense de Prestación de Mano de Obra.	38
2.1 <i>Hacia la firma de un acuerdo internacional</i>	38
2.1.1 Las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos en el escenario de la Segunda Guerra Mundial.	38
2.1.2 La situación de guerra en Norteamérica y la expansión económica: los productores se enfrentan a la escasez de mano de obra.	41
2.1.3 Las negociaciones para un convenio binacional: una situación sin precedentes.	45
2.1.4 El reclutamiento y contratación: salen los primeros.	51
2.1.5 Un “sentimiento de crisis”.	56
2.2 <i>Un programa “heroico”: el discurso / justificación que acompañó al Programa Bracero en su primera etapa.</i>	62
2.2.1 ¿“Soldados de la Producción” o desempleados migrantes?	62
2.2.2 Finaliza la época de plena colaboración: la conclusión de la Segunda Guerra Mundial y su impacto en el Programa Bracero.	67

Capítulo 3: Soldados del Surco y de la Vía: El Programa Bracero Visto por sus Protagonistas.....	73
3.1 Las historias de la "bracereada".....	75
Mariano Chores Alarcón: "éramos los soldados de la agricultura y del ferrocarril". ..	75
Máximo Butanda Pérez: "llevábamos un título como de soldado"	80
José Pablo Miramontes: "estaba tapado de a tiro..."	82
Liborio Santiago Pérez: "estábamos también nosotros en pie de guerra"	85
Aurelio Torres Martínez: "soldados de la guerra, pero en la agricultura"	89
Nahum Mosso Calleja: "para mí no fue un trabajo fue una aventura, bonita, de veras."	93
José Concepción Trejo Domínguez: "fuimos una cosa muy grande para los Estados Unidos".....	95
Alfonso Lara López: "¿a quién le dan un paseo gratis?!".....	98
Juan Saldaña Bravo: "no éramos unos trabajadores, éramos unos soldados".....	101
Genaro Cortés García: "aunque no fue uno a la guerra, pero estaba uno trabajando allá por los que andaban fuera"	104
3.2 "Los que venimos a trabajar" y "los que vienen a parrandear"	107
3.2. Un discurso que hizo mella.	115
3.3 Un balance final.	123
Conclusiones.....	131
Bibliografía.....	137

INTRODUCCIÓN

La migración laboral de mexicanos a los Estados Unidos es un fenómeno que ha alcanzado un alto nivel de complejidad y una importancia creciente para la política exterior y la economía de México. Las remesas enviadas por los trabajadores migrantes —que hoy en día alcanzan ya los ocho mil millones de dólares anuales— constituyen junto con el petróleo y el turismo las fuentes de ingresos más importantes del país.

Los orígenes del fenómeno migratorio se remontan a las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, años en los cuales el trabajo de los migrantes mexicanos en los Estados Unidos comenzó a representar para sus empleadores una de las formas más efectivas de obtener grandes ganancias, pues como señala Antonio Machuca: “los trabajadores inestables, ilegales y extranjeros representan para el capitalismo norteamericano un ejército de reserva laboral propio, sin que su movilización y expulsión eventual acarree especiales consecuencias políticas negativas”,¹ y cuya función primordial ha sido la de ejercer una presión salarial a la baja en las actividades en que los mexicanos han sido empleados.

Fue durante la Primera Guerra Mundial que la labor de los mexicanos se perfiló por primera vez como la solución más viable para enfrentar la escasez de mano de obra ocasionada en los Estados Unidos por un conflicto bélico; en este momento se hizo clara la función de “reserva” de dicho ejército laboral, pues miles de mexicanos fueron empleados en los puestos que los trabajadores locales dejaron libres al encontrar una labor mejor remunerada en la industria de guerra o al ser enrolados en el ejército.

No obstante, el final de la guerra evidenció la vulnerabilidad de esta fuerza laboral mexicana y la facilidad con que podía ser expulsada una vez que no era necesaria, como ocurrió durante la recesión económica de la posguerra (1921-1922) y sobre todo en la gran

¹ Machuca Ramírez, Jesús Antonio, *Internacionalización de la fuerza de trabajo y acumulación de capital: México – Estados Unidos (1970-1980)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990, Col. Científica, p. 14.

crisis económica de 1929, cuando miles de mexicanos fueron deportados hacia su país — entre los cuales se encontraron muchos que ya eran norteamericanos de nacimiento.

Al final de la década de los treinta, sin embargo, una nueva conflagración bélica daba inicio y la participación norteamericana en la misma sería crucial en el desarrollo de los acontecimientos. Esta situación implicó una vez más que el ejército estadounidense llamara a sus filas a un gran número de ciudadanos entre los que se encontraron miles de trabajadores agrícolas y ferroviarios; por otro lado, las actividades agrícolas y el mantenimiento de vías férreas se vieron igualmente afectados por la industria de guerra, que con sus salarios más competitivos y labores menos arduas atrajo a otros miles de trabajadores.

En esas circunstancias, los trabajadores mexicanos fueron nuevamente vistos como la mejor opción para solucionar el problema de escasez de mano de obra en que se declaraban los agricultores y empresas ferroviarias. Sin embargo, en esta coyuntura histórica y dada la relación de cooperación que en ese momento existía entre los gobiernos de EU y México, éste último tuvo por vez primera la oportunidad de negociar con su contraparte norteamericana un acuerdo binacional para regular la salida de los trabajadores mexicanos y tratar de asegurar una serie de garantías laborales para los mismos. Como una situación sin precedentes, en 1942 se firmó el Programa Mexicano-Estadounidense de Prestación de Mano de Obra, comúnmente conocido como el Programa Bracero.

A través de este programa, los trabajadores mexicanos prestarían sus servicios en los campos agrícolas y más tarde vías férreas de la Unión Americana amparados por un contrato en el que se asentaron los derechos laborales de los trabajadores —popularmente conocidos como braceros— fruto de la negociación entre funcionarios de los dos gobiernos.

Durante el Programa Bracero la migración laboral mexicana contó por primera vez con la intervención gubernamental para regular los flujos de trabajadores antes sujetos únicamente a las exigencias de los ciclos de producción de la economía norteamericana; como veremos en el primer capítulo, la experiencia de la Primera Guerra Mundial y las deportaciones masivas que siguieron a las recesiones económicas del vecino país del norte habían proporcionado al gobierno mexicano una dura lección en cuanto a las consecuencias de la salida de su fuerza de trabajo sin control alguno, en particular en el momento de hacer

frente a las deportaciones y al grave problema que significaba dar ocupación a estos miles de trabajadores que eran devueltos.

Tal como Machuca apunta, durante la Primera y Segunda Guerra Mundial los braceros cumplieron "*en lo fundamental* una función restringida de "reserva", es decir, la de una reserva asegurada como retaguardia productiva del frente bélico, pero también de la propia industria en la agricultura. Fue pues, casi en un sentido literal, "un ejército laboral de reserva, en la guerra".² Sin embargo, el contexto histórico en el cual nació el Programa Bracero —que tuvo una duración total de veintidós años hasta que fue suspendido unilateralmente por los EU en 1964³— le confiere características únicas a los primeros años de este acuerdo binacional.

Surgido dentro de un período en el que las relaciones entre México y EU alcanzaron un grado de cooperación y "amistad" nunca antes visto, el Programa Bracero en sus primeros años tiene características particulares que lo hacen un período de sumo interés en la historia de la migración mexicana.

² *Ibid.*, p. 144. Las cursivas son del original. En este proceso, el contingente de trabajadores indocumentados desempeña abiertamente el papel de presión salarial a la baja del ejército de reserva laboral. Es importante notar que el Programa Bracero no sustituyó a la migración mexicana indocumentada que había crecido de manera importante desde los albores de la guerra, sino que por el contrario la estimuló aún más. Las estadísticas señalan que en los años en que el programa estuvo vigente —y en particular desde 1944—, el número de trabajadores indocumentados aprehendidos alcanzó por lo menos el doble de la cantidad de contratos expedidos, situación que se agudizó conforme transcurrieron los años. Machuca apunta que en este sentido, los braceros cumplieron una función cíclico-estructural del proceso de producción norteamericana, mientras que los indocumentados respondieron a una necesidad cíclico-estructural del mismo. Sin embargo, nos dice este autor, finalmente ambos, braceros e indocumentados ejercieron una presión a la baja en los salarios de las actividades en las que fueron empleados, en este caso en particular en la agricultura.

³ Estos 22 años del Programa Bracero pueden dividirse en tres etapas: la primera va de su inicio en 1942 hasta el año de 1947, período en que el programa cumple su "objetivo inicial" de proveer de mano de obra a aquellos sectores de la economía norteamericana que a causa de la guerra se encontraron escasos de trabajadores —agricultura y mantenimiento de vías férreas; en esta primera fase el gobierno norteamericano fungió como el empleador oficial de los trabajadores mexicanos. Durante estos años el discurso oficial en ambos países definió al Programa como parte importante del aporte de México a "la lucha contra el fascismo y por el triunfo de la democracia" en concordancia con la situación internacional de conflicto armado. La segunda etapa, conocida como de "libre contratación", inicia a fines de 1947 y termina en 1950; es el lapso en el cual las agencias de gobierno de los E.U se retiran de la organización y manejo del Programa argumentando que la emergencia bélica había ya terminado. Esto dio lugar a una contratación directa de mexicanos por parte de los agricultores de los E.U. sin la mediación del gobierno de este país. La tercera y última abarca los años de 1951 a 1964. En esta fase, los dos gobiernos nuevamente negociaron un convenio para regular la contratación de trabajadores agrícolas mexicanos que estaría vigente hasta el fin del Programa y que había sido impulsada con el fin de evitar el caos que la "libre contratación" originó, la salida masiva de trabajadores calificados y a proveer de mano de obra a los granjeros estadounidenses.

A pesar de que en esta primera fase el número de braceros empleados fue el más bajo,⁴ los textos que se han escrito en México en torno al programa han enfocado su atención en las dos últimas etapas del mismo (1948-1964) en las que económicamente la fuerza laboral mexicana fue de mayor importancia para los grandes agricultores norteamericanos; sin embargo, en estos mismos años la puesta en práctica de los derechos laborales de los braceros se deterioró de tal forma que la violación a las cláusulas del contrato fue una práctica regular más que una excepción.

Es importante pues analizar las circunstancias que se conjugaron para que en 1942 el gobierno norteamericano se acercara a su contraparte mexicana con el fin de negociar un programa de prestación de mano de obra en lugar de permitir a los empleadores estadounidenses, como se había hecho hasta entonces, la contratación unilateral de mexicanos. De la misma forma es importante destacar cómo fue que la labor de los braceros mexicanos y su presencia en los EU dejó temporalmente de ser vista en este país como un acto "criminal" o de violación a las leyes norteamericanas, y en cambio se llegó a considerar como una colaboración mexicana en la producción nacional

En este contexto, fue de mi interés conocer el grado en que estos acontecimientos fueron comprendidos, interpretados y recordados hoy en día por aquellos hombres que decidieron ser parte de dicho programa. Desde hace más de dos años he tenido la oportunidad de entablar conversaciones personales con decenas de ex braceros a través de mi participación en el *Proyecto Braceros*,⁵ en estos encuentros me he podido percatar de la enorme riqueza que existe en los relatos de estos hombres y de que penosamente en muchas ocasiones son historias desconocidas incluso por sus mismas familias. Sus recuerdos acerca de su experiencia en los EU, de su trabajo en los campos agrícolas o vías ferroviarias, de

⁴ Según las estadísticas mexicanas, durante el período 1942-1946 únicamente un promedio de 80 mil contratos fueron expedidos a trabajadores mexicanos, mientras que entre 1947-1954 este número ascendió a 140 mil anuales, y en la última década de vida del programa aproximadamente 330 mil braceros fueron empleados en los EU.

⁵ Esta campaña fue iniciada en 1998 por diversas organizaciones sociales con el fin de recuperar un fondo de ahorro constituido con el 10 por ciento de los salarios de cada uno de los braceros que trabajaron durante los primeros años del programa y que debía ser cobrado a su regreso a México. El fondo de ahorro formaba parte de una de las cláusulas del "contrato tipo" que firmaron al salir de México. Una parte de estos trabajadores nunca recobró este capital y es por eso que varias agrupaciones que apoyan a migrantes, tanto en México como en EU, han asesorado a miles de braceros, a sus viudas o familiares que aun viven en ambos lados de la frontera para que recuperen dicho fondo.

los temores que despertaba la guerra y la posibilidad de ser enviados al frente, del trato que recibieron por parte de sus empleadores, de su convivencia con otros estadounidenses en las ciudades y pueblos que visitaron, y lo que lograron —desde la simple aventura de conocer y pasear, hasta ahorrar un capital con el cual establecieron un negocio, compraron terrenos, o mejoraron sus viviendas— conforman un rico acervo de información histórica que desafortunadamente se pierde continuamente con la muerte de estos hombres que en su mayoría se encuentran entre los setenta y cinco y noventa años. Su historia, en gran medida inédita, nos da la oportunidad de acceder al nivel más básico de un importante episodio de la historia de la migración hacia los EU: la forma en que las vidas de estos individuos fueron impactadas por las decisiones y negociaciones efectuadas entre los dos gobiernos y la manera en que ellos a su vez reaccionaron a las mismas.

Una revisión de la bibliografía escrita en torno al Programa Bracero nos deja ver la falta de textos que se ocupen de las vivencias de los trabajadores mismos y del significado que para ellos tuvo su labor en los EU en un momento en que este país se encontraba profundamente involucrado en la Segunda Guerra Mundial. Se ha elaborado ampliamente en torno al nivel macro de negociaciones políticas, intercambios diplomáticos, implicaciones económicas para ambos países, etc., pero son escasas las obras que se ocupan de explorar con detalle las experiencias de los trabajadores. Mi interés entonces fue lograr un acercamiento al Programa de Prestación de Mano de Obra justamente a través de los recuerdos de algunos de los trabajadores y la historia oral me ofreció la oportunidad de explorar este terreno.

Las herramientas de esta disciplina permiten analizar la forma en que los individuos perciben, organizan y dan sentido a los acontecimientos de los que son partícipes, y cómo es que en sus vidas se interrelacionan las esferas institucional, colectiva y personal. Más allá de la reconstrucción veraz de los acontecimientos, los testimonios personales nos ayudan a analizar las concepciones que el individuo se forma de los mismos. Así, es posible explorar la importancia de las vivencias personales en los marcos institucionales, así como el impacto de las decisiones individuales en los procesos de cambio y estructuración social.

Para el presente trabajo decidí realizar una serie de entrevistas con algunos de los ex braceros que prestaron sus servicios entre 1942 y 1947, años que corresponden a la primera

fase del Programa y que me ofrecieron un atractivo particular dado el contexto histórico en el cual surgió el acuerdo binacional. Mi participación en la campaña por la recuperación del fondo de ahorro me permitió entablar una relación cercana con muchos de los ex braceros que radican en el área metropolitana; considerando que dicha cercanía es un factor que facilita en gran manera la realización de las entrevistas en un ambiente de confianza y soltura⁶ los trabajadores entrevistados fueron elegidos dentro de este grupo. Además del lugar de residencia, el criterio de selección estuvo basado en dos condiciones: que hubiesen sido contratados entre 1942 y 1947, y que su estado de salud les permitiera participar en esta investigación; fue así como llevé a cabo entrevistas con diez ex trabajadores: cuatro de ellos fueron empleados como braceros agrícolas, cinco en el mantenimiento de vías, y uno fue contratado en ambas actividades.

Debemos hacer hincapié en el hecho de que el Programa Bracero puede ser considerado como un parteaguas en la historia de la migración laboral de mexicanos a EU; durante sus primeros años —que coinciden con la Segunda Guerra Mundial— existió al interior de algunos círculos políticos mexicanos un reconocimiento de la raigambre del fenómeno migratorio y de la virtual imposibilidad de detenerlo, entre otras razones, por el hecho de que ello acarrearía serios problemas a un gobierno cuyas promesas de industrialización y reparto agrario no veían su concreción cercana. El gobierno de México no contaba con la capacidad para retener a esa mano de obra que desde hacía varias décadas había buscado el sustento prestando sus servicios más allá de la frontera norte y las remesas que los trabajadores migrantes enviaban a sus familias aliviaban la precaria situación de muchas de ellas.

Sin embargo, la salida masiva de la fuerza laboral nacional era vista al mismo tiempo como un fracaso de los principios de la lucha revolucionaria —que en gran medida servían de sustento a los llamados “gobiernos de la Revolución—, de un país que no era capaz de proporcionar a sus habitantes los medios básicos para llevar una vida digna dentro de su territorio; por ello, el aval oficial a la migración de la fuerza laboral —considerada por

⁶ Tanto como lo permitieron las circunstancias, pues en algunos casos, por ejemplo, las esposas de los ex braceros estuvieron presentes en las entrevistas, situación que por un lado hizo posible a los señores puntualizar algunos detalles con ayuda de ellas, pero que en otros pudo haber silenciado cuestiones que

muchos como la mayor riqueza nacional, indispensable para el progreso del país— significaría la admisión explícita de dicho fracaso.

En este contexto, el presente trabajo propone como hipótesis de trabajo que las relaciones entre México y los EU en estos años aunadas a la coyuntura de la guerra permitieron al gobierno mexicano justificar la salida de sus trabajadores como “una parte importante del aporte nacional a la lucha contra el totalitarismo en Europa y Asia”, salvando así las críticas que tempranamente surgieron en torno a un posible programa de prestación de mano de obra. Esta misma idea sirvió para aplacar el malestar que dicho programa suscitó en los EU —entre funcionarios gubernamentales y miembros de la sociedad cuyas actitudes racistas los hacían manifestarse en contra de la entrada de trabajadores de “raza inferior”; y entre las organizaciones laborales que expresaban su rechazo hacia la importación de mano de obra barata cuya finalidad, reclamaban, era únicamente la de abatir los salarios y ejercer un mayor control sobre los trabajadores.

Como parte de esta justificación, en ambos lados de la frontera las autoridades mexicanas y norteamericanas confirieron a los braceros el título de “soldados de la producción”. Dicha forma de referirse a los trabajadores fue asimilada por muchos de ellos, quienes efectivamente se vieron así mismos no como “simples migrantes en busca de empleo”, sino como “héroes” de la contribución mexicana a la guerra; lo anterior aunado al hecho de saber que contaban con la protección de los dos gobiernos en algunos casos llegó a reflejarse en la forma en que estos señores interactuaron con sus empleadores y con la sociedad norteamericana en general.

Estos dos hechos —el título de “soldados de la producción” y el amparo gubernamental— son parte importante de los recuerdos que hoy en día guardan los ex braceros en torno a su trabajo en la Unión Americana. En algunos casos estas memorias se combinan con condiciones laborales que ellos consideraron dignas —entre las que se pueden incluir jornadas de ocho horas, pago de tiempo extra, atención médica, alojamiento apropiado y comida, etc.— y dan lugar a relatos en los que los trabajadores conservan en general un recuerdo agradable de su estancia en los EU. En otros casos, se combinan con

familiarmente no serían correctas —en particular en el caso de aquellos que estaban ya casados cuando fueron contratados— como las relaciones extramaritales en los EU.

las actitudes racistas y discriminatorias de algunos de los empleadores y miembros de la sociedad norteamericana para crear un relato en el que el resentimiento por este trato, de cualquier forma injustificado, se vuelve particularmente vejatorio cuando se dirige a un grupo de trabajadores que supuestamente iban "a colaborar por la causa de las democracias".

Entre unos y otros encontramos a quienes, por un lado conservan un recuerdo positivo y de orgullo por haber prestado sus servicios en aquellos años en que la guerra estuvo en pleno auge, y por otro se hace manifiesto un resentimiento y rencor por el olvido en que muy pronto cayó su entonces "heroica" labor, y por el robo de que algunos de ellos fueron objeto al no devolverseles el fondo de ahorro que en aquel entonces les fue descontado.⁷

Para dar seguimiento a estas ideas, el presente trabajo se ha estructurado en tres capítulos: en el primero se exponen los antecedentes históricos del Programa Bracero con el fin de destacar su importancia dentro de la historia de la migración laboral mexicana hasta entonces, y señalar que el empleo de trabajadores mexicanos no era una situación novedosa, sino que había venido desarrollándose desde hacía varias décadas y que en 1942 era un fenómeno consolidado. Esta parte ofrece el contexto para comprender el significado e implicaciones de la intervención oficial en este fenómeno social, que luego de haberse desarrollado de manera "desordenada" —en opinión de académicos y funcionarios mexicanos— atendiendo a las necesidades de la producción norteamericana pero sin ninguna protección para el trabajador mexicano, por primera vez se intentaba regular.

El segundo capítulo se ocupa de analizar el contexto histórico inmediato que enmarcó al Programa de prestación de mano de obra: la Política de la Buena Vecindad del presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt iniciada desde los años treinta y puesta a prueba durante la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial impulsó la colaboración interamericana como parte del plan de defensa continental, y situó a México en una posición estratégicamente importante para los EU en el ámbito militar y sobre todo económico, como proveedor de materias primas para la industria norteamericana.

⁷ Vid supra nota 5.

Se destaca en esta parte el interés por parte del gobierno norteamericano en mantener una relación de cooperación con México lo cual llevó a saldar importantes cuentas, entre ellas la deuda a las compañías petroleras estadounidenses por la expropiación de 1938; la deuda externa mexicana con los EU; y el pago de indemnizaciones a los ciudadanos norteamericanos afectados por los acontecimientos de la Revolución-, para poder proceder a la firma de tratados de cooperación militar y sobre todo económica.

Analizamos así el momento en que las negociaciones entre los dos países se extendieron hacia el envío de contingentes de braceros para reemplazar a los ciudadanos norteamericanos que se encontraban en pie de guerra o habían sido absorbidos por la industria bélica dejando sus labores en la agricultura o el mantenimiento de vías, ambas actividades claves para el éxito del llamado "frente doméstico". Aquí hacemos especial hincapié en la antes mencionada justificación que se le dio al programa como contribución de México al esfuerzo bélico y a la forma en que fue cotidiana y continuamente expresada.

El tercer y último capítulo se enfoca en el análisis de las entrevistas realizadas a diez ex braceros con el fin de explorar la forma en que las particulares circunstancias del Programa Bracero en sus primeros años fueron percibidas por ellos y cómo es que estos hombres recuerdan a la distancia sus condiciones de trabajo y vida dentro en su tiempo en EU. Se hace énfasis en el discurso ideológico que rodeó al programa en el sentido de que los braceros fueron los "soldados de la producción", y en cómo es posible percibir a través de las entrevistas que dicho discurso fue adoptado por algunos de estos hombres y reflejado en sus interacciones con sus empleadores y con otros miembros de la sociedad estadounidense; al concebirse como parte del contingente que México había enviado a los EU a colaborar en la producción -en el llamado "frente doméstico"-, algunos de estos hombres llegaron a reclamar un trato digno que reflejara precisamente su calidad de representantes del esfuerzo mexicano en contra del fascismo.

CAPÍTULO I. UNA LARGA HISTORIA: LA MIGRACIÓN LABORAL DE MEXICANOS A LOS ESTADOS UNIDOS ANTES DEL PROGRAMA BRACERO

El hecho de que en 1942 los gobiernos de México y Estados Unidos llegaron a un acuerdo para llevar trabajadores mexicanos a los campos agrícolas y vías ferroviarias de este último país tiene importantes antecedentes. La historia laboral de los mexicanos en los Estados Unidos data de hace más de cien años y el Programa Bracero es una parte fundamental de la misma, al grado de que puede hablarse de la migración mexicana antes y después de él. Creemos que para comprender más cabalmente el contexto en el que este programa surgió es necesario hacer una revisión del movimiento de trabajadores hacia el norte durante los años previos a la firma del acuerdo binacional.

El origen de la migración de trabajadores mexicanos hacia los Estados Unidos puede ser ubicado en las últimas décadas del siglo XIX, cuando diversos factores económicos y políticos en ambos países se conjuntaron para propiciar el traslado hacia el norte de un importante número de personas. En el presente capítulo llevaremos a cabo una revisión de las circunstancias históricas que impulsaron este fenómeno migratorio, y de las condiciones en las cuales se desarrolló, en donde aparece como una constante la vulnerabilidad del trabajador migrante frente a los patrones norteamericanos y su necesidad —o no— de mano de obra barata y accesible.

1.1 "Los primeros": migrantes mexicanos al final del porfiriato.

Durante el porfiriato México experimentó una etapa de crecimiento económico que lo integraba a la economía mundial como exportador de materias primas y receptor de las inversiones del capital extranjero. Sin embargo, la política económica del régimen de Díaz favoreció la acumulación de riqueza en unas pocas manos al tiempo que la mayor parte de la población sobrevivía en la pobreza extrema. En virtud de dicha política un pequeño número de latifundistas se apoderaron de grandes extensiones de tierra, despojando a la

gran mayoría de campesinos de sus propiedades y obligándolos a aceptar los exiguos jornales que les ofrecían, además de atarlos a la hacienda a causa de las inacabables deudas que contraían en las tiendas de raya. Para 1883 cuando el programa de explotación, deslinde y colonización de las tierras públicas fue puesto en marcha, las grandes haciendas y las compañías deslindadoras poseían más de la mitad del territorio nacional y tan sólo 15 por ciento de los poblados comunales contaban aun con tierras propias. Esta situación dio como resultado que 70 por ciento de las tierras cultivables se encontraran en manos del uno por ciento de la población¹. La política oficial favorecía de igual forma los intereses de los inversionistas extranjeros, quienes controlaban casi en su totalidad las actividades productivas fuera del sector agrícola (industria extractiva y construcción de ferrocarriles), dejando de lado los derechos laborales de los obreros, que llevaban a cabo su trabajo en condiciones de inseguridad física y largas jornadas de doce a quince horas, con salarios apenas suficientes para sobrevivir.²

Dentro de este plan económico los ferrocarriles jugaron un papel importante puesto que gracias a la red ferroviaria la economía mexicana se conectaría con la norteamericana. El Ferrocarril Central de México (ruta que unía a la ciudad de México con El Paso, Texas), el Ferrocarril Nacional de México (que llegaba a Laredo), y el Ferrocarril de Sonora, (entre Guaymas y Nogales) conformaron un sistema de transporte rápido y eficaz en la parte norte del país. Ciudades como El Paso, en Texas, y Douglas y Nogales en Arizona llegaron a ser importantes estaciones receptoras de materias primas mexicanas como minerales, petróleo, ganado y productos agrícolas.³ La construcción de las vías férreas en esta región atrajo a una importante cantidad de trabajadores, y entre 1870 y 1880 cuadrillas enteras de peones se trasladaron del altiplano central a la zona fronteriza con EU, mismas que eventualmente serían contratadas por las compañías ferroviarias norteamericanas que, como veremos más

¹Patricia Morales, *Indocumentados Mexicanos. Causas y razones de la migración laboral*, 2ª ed., México, Grijalbo, 1989, p. 77 y 79.

²Luis González "El liberalismo triunfante" en *Historia General de México*, 4ª ed., México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 1994. Morales, *Op. cit.* p. 64.

³Bárbara Driscoll, *Me voy pa' Pensilvania por no andar en la vagancia. Los ferrocarrileros mexicanos en Estados Unidos durante la segunda guerra mundial*, trad. de Lauro Medina, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-UNAM/Centro de Investigaciones sobre América del Norte, 1996, p. 44. Morales, *Op. cit.* p. 74 y 75.

adelante, debido a su propia expansión requerían de una considerable cantidad de mano de obra.

De esta forma el desarrollo económico de México durante el porfiriato estimuló la movilidad de personas hacia el norte en dos frentes: por un lado impulsó una migración interna de jornaleros y peones que buscaban ser empleados en el incipiente desarrollo económico de esta zona, en la agricultura, ganadería y sobre todo en la construcción de las vías ferroviarias; pero al mismo tiempo produjo una gran masa de trabajadores sin tierras, con salarios miserables y sin ninguna esperanza de mejorar su situación; unos y otros pronto se enterarían de las oportunidades de trabajo allende la frontera norte, de los atractivos salarios que allá podrían ofrecer comparados con la pobre paga que recibían en México por las mismas actividades.⁴ Tal como fue expresado por un emigrante mexicano entrevistado en EU al final de la década de los veinte: "es un favor que le debemos a Don Porfirio: el habernos quedado tan ignorantes y tan torpes que solo servimos para el trabajo más rudo".⁵

Paralelo a estos acontecimientos en México, el suroeste de los Estados Unidos vivía una historia de prosperidad y auge en donde tres actividades económicas clave se desarrollaban a gran escala: la agricultura la minería y la industria ferroviaria. Gracias al tendido de vías, la parte suroeste de los Estados Unidos pudo ser incorporada a la economía industrial de este país, al ser conectada con los centros urbanos y mercados del medio oeste y del este. Fue la industria ferroviaria la que impulsó en su mayor parte el desarrollo agrícola de la región, al facilitar el transporte de los productos a los centros de consumo urbanos, donde los vegetales y frutas cultivados en la región suroeste serían rápidamente adoptados como parte de la dieta cotidiana.

Durante los últimos años del siglo XIX y principios del XX la actividad agrícola de esta zona se transformó para dar lugar a una producción en gran escala. En California por ejemplo, el cultivo de trigo fue reemplazado por la siembra de frutas y vegetales, al tiempo

⁴Otey M. Scruggs, *Braceros, "wetbacks" and the farm labor problem. Mexican agricultural labor in the US 1942-1954*, New York, Garland Publishing, 1988, p. 54.

⁵Manuel Gamio, *El inmigrante mexicano. La historia de su vida*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969, p. 180.

que en Texas se introdujo la plantación a mayor escala del algodón en tierras que antes eran utilizadas esencialmente para la ganadería.⁶

Sin embargo, el transporte de las cosechas - al igual que la irrigación de los grandes campos de cultivo- constituía un reto para los granjeros en cuanto a los costos que ocasionaba, por lo que los productores buscaron compensar dicha carga económica abatiendo los salarios de los trabajadores y manteniéndolos al mínimo posible.⁷ El trabajo en los campos era una labor físicamente ardua, inconstante y con una paga bastante baja; todo lo cual provocó que tradicionalmente los norteamericanos la rechazaran.

El florecimiento económico de la zona -que incluía también la explotación en grandes cantidades de yacimientos minerales de cobre y carbón-⁸ requirió en sus distintas actividades de cuotas importantes de trabajadores que serían llenadas con extranjeros; los chinos fueron los primeros en ser empleados en las vías ferroviarias, minas y granjas, en donde recibían los salarios más bajos y desempeñaban las labores más pesadas. Sin embargo, pronto experimentaron el rechazo racial por parte de los locales, quienes además los acusaban de abatir los salarios al aceptar pagos miserables por su trabajo, y en 1882 el congreso norteamericano aprobó una Ley de Exclusión que les restringía la entrada al país.⁹ Para sustituir a los chinos quienes realizaban el 90 por ciento del trabajo agrícola en California, se importaron trabajadores japoneses. A pesar de que en un principio la medida tuvo éxito, los japoneses rápidamente abandonaron estas pesadas faenas, y muchos incluso lograron comprar tierras propias con sus ahorros. No obstante, también estos trabajadores resintieron el rechazo racial por parte de los locales y en 1907 el gobierno japonés en un "acuerdo de caballeros" se comprometía a restringir la migración de sus connacionales a los EU.¹⁰

⁶ Los adelantos técnicos en materia de conservación de cosechas fueron cruciales para este tipo de agricultura a gran escala. El trigo era transportado por mar en barcos y era posible conservarlo en buen estado durante la larga travesía, cosa que no sería posible en el traslado de frutas y verduras. Las técnicas de refrigeración, permitieron implementar carros refrigerados en los trenes y contar con frigoríficos a gran escala para almacenar la fruta y verdura en las ciudades destino. Scruggs, *op.cit* p. 21-26.

⁷ *Ibid.*, p. 31

⁸ Como fue el caso de minas en Nuevo México, Arizona, Oklahoma y Colorado.

⁹ Lawrence Cardoso, *Mexican Emigration to the U.S.; 1910 to 1930: an analysis of socio-economic causes*, Connecticut, 1974, (Tesis de Doctorado, Universidad de Connecticut), p. 42.

¹⁰ *Ibid.* Morales, *Op. cit.* p. 66.

Así fue como los trabajadores mexicanos comenzaron a ser la mano de obra más convenientemente disponible para las actividades económicas de la región, y muy pronto no sólo del suroeste sino de zonas más alejadas en los estados del norte de los E.U. Además de las circunstancias socio-económicas y políticas ya mencionadas, la misma situación geográfica favorecía este movimiento de personas hacia la Unión Americana, pues los aproximadamente tres mil kilómetros de frontera entre México y su vecino del norte hacían imposible contar con un control estricto del cruce de personas. Sin embargo, esta cercanía geográfica entre los dos países llegó ser vista como una afortunada situación que serviría como un acicate para el retorno de los mexicanos a su país de origen en lugar de establecerse permanentemente en suelo norteamericano y convertirse luego en una "carga social" como se pensaba sucedía con los asiáticos.¹¹

Como antes se mencionó, la construcción de la línea del ferrocarril mexicano condujo a muchos peones hacia la región fronteriza para la complacencia de las compañías ferroviarias norteamericanas, pues les significaba la solución ideal a la necesidad de mano de obra que enfrentaban en esos momentos; pronto fueron creados establecimientos permanentes a lo largo de la frontera para el "enganche" y empleo de mexicanos.¹² Fue así como se hizo común la presencia de reclutadores en El Paso que se encargaban de buscar trabajadores en Ciudad Juárez y de asignarlos a secciones de vías alejadas, procedimiento que continuó hasta después de 1920. La compañía Southern Pacific utilizó por primera vez este método de enganche en 1893 y para 1900 el número de mexicanos que laboraban en esta empresa ascendía a cuatro mil quinientos. Entre 1907 y 1908 seis agencias de contratación en El Paso reclutaban 2000 trabajadores mexicanos por mes para las compañías ferrocarrileras¹³. Esta práctica pronto se extendió a todas las actividades

¹¹ Cardoso, *Op. cit.* p. 43.

¹² Ernesto Galarza, *Merchants of Labor, The Mexican Bracero Story, An Account of the Managed Migration of Mexican Farm Workers in California 1942-1960*, Santa Barbara, McNally & Loftin, Publishers, 1964, p. 27. Señala Pedro de Alba que desde principios de siglo se oía hablar en la zona centro del país del "traque" para referirse a la industria ferroviaria (track) y la "esmelda" a la de la fundición (smelt), aunque con este último nombre se designaba también a cualquier labor dentro de la industria de la construcción o minería.

Pedro de Alba, *Siete artículos sobre el problema de los braceros*, (s/c), 1954, p. 8.

¹³ Driscoll, *Op. cit.* p. 48-51.

económicas de la región y hacia 1909 los primeros grupos de trabajadores mexicanos llegaron a los campos de California por medio de los contratistas.¹⁴

De esta forma, durante los primeros años del siglo XX el fenómeno migratorio desarrollaba paulatinamente raíces cada vez más profundas, al tiempo que la economía norteamericana –sobre todo en la región del suroeste- continuaba su expansión y rápido crecimiento, lo que incrementaba la participación de la mano de obra mexicana en dicho proceso. La producción de cítricos en California y la parte baja del Valle del Río Grande, el algodón y la remolacha fueron actividades que demandaron un importante número de trabajadores mexicanos. Gracias al empleo de peones de vía mexicanos en las distintas compañías ferrocarrileras –la Atchinson, Topeka y Santa Fe y la Southern Pacific fueron las primeras en contratar trabajadores originarios de México en forma masiva- se comenzaron a definir patrones de asentamientos de mexicanos en ciudades norteamericanas como Los Ángeles, California y San Antonio, Texas.¹⁵

Las contrataciones eran constantes, pues debido a las malas condiciones de trabajo, resultaba difícil retener a los trabajadores; muchos de ellos abandonaban rápidamente la labor en las vías para colocarse en alguna otra industria o campo agrícola que les ofreciera mejores condiciones de trabajo y de esta forma todos los ramos de la producción fueron beneficiándose de la mano de obra mexicana que encontraban fácilmente disponible.¹⁶

El trabajo en las vías produjo también un fenómeno de dispersión de los trabajadores mexicanos hacia otros estados del norte de los EU, pues su labor los llevó a estados en los cuales la industria que se desarrollaba ofrecía retribuciones más altas por su labor. Así sucedió en las plantas de acero y el empaque de carne en Chicago, o en la industria automotriz en Detroit y Michigan.¹⁷

En México, a pesar de la notoriedad de este movimiento migratorio hacia la Unión Americana, poco o nada se hacía para evitarlo. El gobierno de Díaz no prestó demasiada importancia a la constante salida de mexicanos hacia el norte, a pesar de las preocupaciones expresadas por los gobernadores de los estados más afectados. Fue hasta el año de 1910 que

¹⁴ Morales, *Op. cit.* p. 67.

¹⁵ Cardoso, *Op. cit.* p.47 y 48.

¹⁶ Driscoll, *Op. cit.* p. 51

se planteó la creación de una comisión para el estudio de la problemática migratoria. Pero esta medida llegó demasiado tarde, pues la irrupción del movimiento revolucionario en ese mismo año impidió que dicha comisión iniciara siquiera sus actividades.¹⁸

1.2 Revolución y Primera Guerra Mundial.

El estallido de la Revolución en México suscitó una nueva oleada de movilizaciones hacia el norte de gente que huía de la violencia y constante inseguridad, de la falta de empleo, la inflación y el colapso de la producción agrícola. El trabajo de Manuel Gamio, - quien llevó a cabo una serie de entrevistas en 1926 y 1927 con mexicanos residentes en los EU-, recogió una serie de testimonios en los que se puede observar que junto con la búsqueda de un salario más alto, la Revolución fue uno de los motivos para abandonar el país más frecuentemente expresados en esos años: "busqué trabajo por mucho tiempo, - afirmaba uno de los entrevistados- pero todo estaba paralizado, fábricas, molinos, en ninguna parte había trabajo. Como habían incendiado las haciendas, no había ni siquiera tortillas para comer, nada más que hojas de maguey...".¹⁹

Esta situación en México coincidió con una circunstancia de orden internacional que en EU abrió de par en par las puertas a los mexicanos que buscaron trabajo en este país: la Primera Guerra Mundial. El evento que marcó el momento en el que por primera vez el gobierno estadounidense reconoce a México como la fuente de aprovisionamiento de mano de obra accesible, barata y la que le acarrecaba menos problemas.

Resulta interesante detenerse en este período, pues las condiciones de crecimiento económico y escasez de mano de obra que la Primera Guerra Mundial generó en Norteamérica fueron muy similares a las que dieron lugar al Programa Bracero que nos ocupa.

¹⁷ *Ibid.*, p. 52 y 53. El censo de 1900 revelaba había más de 100 mil mexicanos viviendo en E.U (sin diferenciar entre nacidos en el país e inmigrantes). Morales, *Op. cit.* p. 69

¹⁸ Cardoso, *Op. cit.* p. 60

¹⁹ De un total de 61 entrevistados, 21 apuntaban hacia la cuestión monetaria como su razón para emigrar y 17 declararon que su salida se debió principalmente a los acontecimientos de la Revolución. Uno de ellos afirmaba que en E.U.: "el trabajo es muy pesado, pero lo bueno es que vivimos en paz. No hay revoluciones ni dificultades de ninguna clase". Gamio, *Op. cit.* p. 86 y 89.

El estado de guerra aunado a la política migratoria de los EU previa a su participación en el conflicto armado, resultaron en la disminución de inmigrantes del sur y este de Europa. La Ley de Inmigración promulgada en febrero de 1917 restringía el ingreso al país de acuerdo con las condiciones físicas, mentales, morales y educativas de los aspirantes, pues establecía el pago de un impuesto de ocho dólares por persona y, por primera vez en la historia norteamericana, un examen que comprobara las habilidades de lectura y escritura del idioma inglés de los inmigrantes, con lo cual muchos trabajadores analfabetos que antes hubiesen sido admitidos serían en consecuencia rechazados, entre ellos la mayoría de los mexicanos. Se prohibía de igual forma la entrada de todos aquellos en busca de trabajos que les hubiesen sido prometidos por los contratistas fuera de la Unión Americana.²⁰

Esta ley pronto comenzó a causar bajas en las reservas de trabajadores en un momento en que la industria bélica absorbía la mano de obra disponible; su promulgación coincidió con la entrada de los EU en la guerra y el consecuente registro de más de un millón de norteamericanos en las filas del ejército. Los empresarios agrícolas, ferroviarios y mineros pronto resintieron la disminución en el número de brazos disponibles y comenzaron a presionar al gobierno federal para que actuara en su auxilio; la guerra originaba una enorme demanda de alimentos y fibras, por lo que los productores del suroeste, -en donde la labor de los mexicanos era ya parte estructural de la economía regional-, señalaban la posibilidad de un colapso en el esfuerzo bélico en caso de no tener fácil y rápido acceso a la fuerza de trabajo mexicana.

Ante esta presión, el gobierno norteamericano decidió tomar cartas en el asunto y aplicar la Novena Provisión de la Ley de Inmigración que estipulaba la posibilidad de contratar trabajadores extranjeros que no cumplieran con el requisito de alfabetismo y conocimiento de inglés, pero que pagaran la cuota correspondiente. De esta forma se decretó en el mes de mayo que los trabajadores agrícolas mexicanos estaban exentos de

²⁰ Cardoso, *Op. cit.* p.76.

todos los exámenes requeridos por dicha Ley, medida que se extendería hasta marzo de 1921.²¹

En 1918 la exención se generalizó a los peones contratados para la minería, ferrocarriles e industria de la construcción y con ello dio inicio una etapa de contratación unilateral de trabajadores mexicanos para enfrentar la escasez de mano de obra que la economía de guerra ocasionaba. La demanda de mexicanos fue tan alta que el gobierno estadounidense se vio en la necesidad de crear una estructura formal para organizar la contratación. Se estableció un procedimiento oficial para la obtención de mano de obra mexicana, que iniciaba con el envío de una solicitud al Buró de Inmigración o al Servicio de Empleo de los EU en la que el contratante asentaba el número de trabajadores que necesitaba, el tipo de labor, salario y lugar de empleo propuesto, así como el compromiso de cumplir con todos los señalamientos estipulados por el Secretario del Trabajo respecto a los trabajadores extranjeros a su cargo. Se debía informar también sobre el tiempo de contrato, condiciones del lugar en que se alojaría a los trabajadores, y los salarios prevalecientes para faenas similares en el área. A los contratados se les proporcionaría una tarjeta de identificación al momento de su entrada y sólo podrían ser empleados en las minas de carbón, en las vías ferroviarias y en la agricultura. Para que la solicitud fuese aprobada era necesario que el empleador interesado demostrase que no había norteamericanos disponibles para realizar estas labores; una vez que el permiso había sido autorizado, el empleador podía dirigirse a la frontera a recoger a los trabajadores, con el compromiso de dar aviso a las autoridades del Departamento de Trabajo si alguno de sus empleados abandonase el trabajo para el que había sido contratado, y en caso de ser aprehendido, pagar el costo de su transporte de regreso a la frontera.²² Debido a la lentitud de los trámites muchos empresarios apoyaron la entrada ilegal de un buen número de mexicanos que se encontraban en la frontera en espera de ser ocupados.

²¹ Esta disposición se mantuvo vigente y sirvió como base para el programa bracero hasta el año de 1951, en que fue sustituida por la Ley Pública 78. Es interesante notar que esta misma provisión permitiría la entrada de los trabajadores contratados durante el Programa Bracero en el año de 1942. Manuel García y Griego, *The bracero policy experiment. US.-Mexican responses to Mexican labor migration, 1942-1955*, Los Angeles, 1988, (tesis de doctorado, Universidad de California) p.42 y 43.

²² *Ibid.*, apud Otey Scruggs, "The first Farm Labor Program, 1917-1921" *Arizona and the West*, 2 (Invierno, 1960). Scruggs, *Op. cit.* p. 76-78.

La producción de azúcar de remolacha fue una de las actividades que requirió de importantes cantidades de mano de obra extranjera por ser una labor particularmente extenuante que los trabajadores anglosajones se negaban a realizar. El gobierno de los EU favoreció a esta industria al establecer un elevado impuesto a la importación de azúcar de caña (75 por ciento de su valor). A la par que la región del Pacífico Noroeste, los estados de California, Michigan y Colorado eran importantes productores de remolacha y en consecuencia empleadores de numerosos grupos de peones mexicanos. Durante estos años, la compañía de azúcar de este último estado, la Great Western Sugar Company colocó contratistas (enganchadores) a lo largo de toda la frontera e incluso ofrecía transporte gratuito a los miles de trabajadores que plantaban y cosechaban sus campos de betabel para remolacha. La misma infraestructura económica de apoyo a la industria azucarera se benefició de esta "política de frontera abierta".²³

Otras ramas de la producción aprovecharon esta disponibilidad de fuerza laboral y diversas empresas situaron a sus agentes en ciudades de los EU en donde se concentraba buena parte del flujo de trabajadores mexicanos, como Los Ángeles, San Antonio y El Paso; algunos ejemplos sobresalientes en el ramo industrial fueron, la empresa automotriz de Detroit, la Corporación de Acero de Bethelhem, Pensilvania, la planta de acero de Estados Unidos en Ohio, y las industrias empacadoras de pescado en Alaska.

Durante este período la presión que las empresas empleadoras de mexicanos ejercieron contra el gobierno norteamericano fue constante, y los permisos para importar esta mano de obra se extendieron incluso después del fin de la guerra.

Así fue como se obtuvo la autorización para continuar con el programa de contratación —originalmente pensado como una emergencia en tiempo de guerra—, una vez terminado el conflicto bélico. Se buscaba proveer de suficientes brazos a la agricultura, cuya expansión, —según consideraban los productores—, no debía detenerse en ese momento por la indisponibilidad de mano de obra. Las organizaciones laborales opinaban lo contrario: consideraban que en los E.U. ya había suficientes trabajadores para satisfacer las demandas de la labor agrícola y que un buen número de los mexicanos que habían entrado a

²³ Erasmo Gamboa, *Mexican Labor and World War II. Braceros in the Pacific Northwest 1942-1947*, Austin, University of Texas Press, 1990, p. 8.

la Unión Americana bajo los auspicios del programa se había colocado en las ciudades compitiendo con los ciudadanos norteamericanos por los empleos disponibles. Estas afirmaciones eran rechazadas por los granjeros, quienes finalmente lograron que el programa continuara hasta 1921. Sin embargo, es interesante notar que los intereses de los empresarios no lograron colocarse por encima de las presiones de los sindicatos en el caso de la industria ferroviaria, y la contratación de mexicanos para el trabajo en los ferrocarriles cesó al final de la guerra en 1918.²⁴

Este programa, que registró entre 70 mil y 80 mil trabajadores mexicanos contratados, hizo posible que el aporte del suroeste a la economía de guerra fuese un éxito. Sin embargo, su cumplimiento resultó un fracaso en la práctica a pesar de las disposiciones legales que pretendieron darle alguna estructura; la carencia de una instancia oficial que velara por el cumplimiento de las normas que las partes debían respetar fue un grave problema que dio lugar a un buen número de abusos por parte de los empleadores; así sucedió con los cerca de cuatro mil *pizcadores* que fueron contratados por la Asociación de Productores de Algodón de Arizona, -uno de los más grandes empleadores de mexicanos en estos años. Estos trabajadores denunciaron que sus salarios eran tan bajos que acumularon deudas con la misma compañía por lo que se declararon en huelga exigiendo un mejor salario, y el apego a los contratos. La Asociación los acusó de "revoltosos" y fueron despedidos más de 10 mil mexicanos que se quedaron en una situación de miseria hasta que el cónsul en Phoenix obtuvo dinero del gobierno mexicano para proveer de ayuda a estas familias.²⁵

Finalmente, el carácter unilateral del programa constituyó otro problema serio, pues el gobierno mexicano nunca fue consultado respecto de su instauración y no tuvo ningún control sobre la contratación de sus ciudadanos y sobre las condiciones de trabajo de los mismos; en cambio, cuando años más tarde la economía norteamericana entró en recesión, quedó a las autoridades mexicanas el problema de recibir a los miles de trabajadores que fueron expulsados por la crisis económica. Por ello, la experiencia histórica de la Primera Guerra Mundial fue un antecedente importante de los problemas que acarrecaba la migración

Morales, *Op. cit.* p.67

²⁴ Scruggs, *Op. cit.* p.79

masiva de trabajadores sin el amparo oficial. Esta lección estaría presente en la mente de los funcionarios mexicanos al momento de negociar el Programa Bracero en 1942.

1.3 Los años veinte: el flujo migratorio se fortalece.

En la segunda década del siglo veinte los gobiernos posrevolucionarios iniciaban sus esfuerzos por recuperarse de la ruina que dejó la lucha armada revolucionaria, y los gobiernos de estos años debieron enfrentar una gran cantidad de problemas para lograr la reconstrucción política, económica y social, así como la dificultad de aplicar las leyes agrarias, con un erario desgastado que no le permitía progresar en sus planes. A pesar de ello, el gobierno mexicano definió su postura oficial frente a la migración de sus ciudadanos con base en el artículo 123 de la recién proclamada Constitución de 1917.

En los años sucesivos, se intentó responder a esta problemática de manera oficial en la medida en que la situación al interior del país lo permitía y en 1920, durante el período presidencial de Venustiano Carranza, el Diario Oficial publicó un modelo de contrato de trabajo con el fin de mitigar los abusos de que eran sujetos los mexicanos que trabajaban en los EU. Este documento estipulaba las condiciones bajo las cuales un ciudadano mexicano debía ser empleado en el extranjero, y la finalidad del gobierno era que ningún trabajador saliera del país sin estar amparado por este contrato y acompañado de su familia; señalaba que el empleador estaba obligado a cubrir los gastos de transporte de ida y vuelta del trabajador, así como el pago de cuotas para la entrada al país destino de sus familiares; establecía las condiciones de trabajo: el salario mínimo y prestaciones como servicio médico gratuito por enfermedad o accidente de trabajo, la repatriación en caso de enfermedad laboral y la obligatoriedad de firmar el contrato frente a un notario público.²⁵ El gobierno trató de hacer efectiva esta provisión a través de la compañías ferroviarias nacionales, y ordenó que en los trenes que se dirigían al norte del país se revisara a los trabajadores para asegurarse de que contaban con dicho contrato.

Sin embargo, esta medida no pasó de ser una buena intención un tanto cargada de ingenuidad y desconocimiento de la situación laboral en los EU, pues ningún estado de la

²⁵ *Ibid.*, p. 84 y 85.

²⁶ Cardoso, *Op. cit.* p. 143

Unión Americana requería por ley que los empleadores garantizaran dichas condiciones a los trabajadores locales y no pasó de ser letra muerta.

En tanto; el constante flujo de personas hacia los EU se veía en México como un gran mal que afectaba a la economía nacional, como una “sangría” de su fuerza laboral tan necesaria en los tiempos de reconstrucción que siguieron a la Revolución. Pero el gobierno era prácticamente incapaz de hacer frente a esta situación pues el peso de los problemas internos era aún demasiado grande, por lo que las medidas que adoptó resultaron ser más respuestas de emergencia que iniciativas propias. Lo anterior se hizo evidente en los años de 1921 y 1922 cuando la breve recesión económica de la posguerra afectó la economía norteamericana y ocasionó la repatriación de un gran número de mexicanos desempleados y rechazados por los trabajadores locales que los consideraban una indeseable competencia en el escaso trabajo disponible. Muchas compañías despidieron masivamente a sus trabajadores extranjeros, entre ellos los mexicanos.²⁷

Este escenario dio lugar a la primer medida del gobierno mexicano en materia de trabajadores migrantes que arrojó resultados concretos: la creación del Departamento de Repatriaciones dentro de la Secretaría de Relaciones Exteriores con el fin de auxiliar a los connacionales en su regreso a México. En este esfuerzo destacó la participación directa de los cónsules, autorizados para ofrecer transporte gratuito y ayuda a todo aquel que lo solicitara; una vez de vuelta en México se ofrecía la oportunidad de conseguir terrenos para colonizarlos y trabajarlos. Se ha calculado que el número de mexicanos repatriados en 1921 fue de cerca de 100 mil, una quinta parte del total de mexicanos residentes en los EU en 1920.²⁸

Pero la realidad económica y la inestabilidad política y social que se vivía en México en esos años hacían que los esfuerzos del gobierno por retener a sus ciudadanos fuesen infructuosos. Muchos de estos repatriados volvían a México y encontraban una situación económica difícil, la falta de posibilidades reales de adquirir tierras, de conseguir un empleo, la escasez de comida y los bajos salarios que la precaria economía nacional

²⁷ Mercedes Carreras de Velasco, *Los mexicanos que devolvió la crisis 1929-1932*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974 (Col. Del Archivo Diplomático Mexicano), p. 46.

podía ofrecerles, de manera que pronto volvían a cruzar la frontera hacia el norte; un migrante que salió de México a principios de los años veinte afirmaba, luego de seis años de residencia en la Unión Americana: "mi mayor deseo es regresar a México y establecerme en mi propio negocio, pero no creo que sea posible regresar por ahora, porque allí no se puede trabajar. Siempre estamos peleando y no se puede tener un negocio, porque le ponen grandes impuestos y tenemos que admitir que al menos por ahora es imposible vivir en paz y tranquilidad en nuestro país."²⁹

Mientras tanto en México las opiniones en torno al desplazamiento de personas rumbo al norte dividían, y a pesar de que en general era visto como un proceso perjudicial para el país, la responsabilidad de ello se adjudicaba a distintos sujetos o circunstancias. Durante las primeras dos décadas del siglo XX muchos líderes vieron el problema de la migración como un signo de la descomposición general del país y pensaron que si la Revolución lograba remediar estos males, el fenómeno migratorio cesaría. Como señala Pedro de Alba: "muchas veces pensamos que el éxodo de trabajadores del campo era consecuencia de la explotación de los latifundistas, de ahí nuestra esperanza de que al ponerse en vigor las leyes agrarias y de restituir o dotar las parcelas, desapareciera ese mal hábito tradicional."³⁰ Sin embargo, pronto se hizo evidente que al término del período revolucionario el fenómeno migratorio tenía ya raíces profundas, que la situación del país no mejoraba en la magnitud necesaria para detenerlo, y que en muchas zonas de tradición migratoria el viaje al norte se perfilaba ya como una opción más de vida y no sólo como una forma de escapar de la precaria situación económica nacional.

Los nacionalistas consideraban que la baja densidad demográfica era uno de los principales problemas del país y la causa del poco o nulo crecimiento económico, por lo que muchos llegaban a calificar a los emigrantes de traidores a la patria, ya que su salida afectaba a varios sectores de la economía, comenzando por la agricultura que no contaba con suficiente mano de obra. La prensa por su parte, opinaba en pro de un avance en el proceso de industrialización como la manera más efectiva retener a los trabajadores en el

²⁸ Manuel García y Griego, "The importation of Mexican contract laborers to the U.S., 1942-1964: antecedents, operation and legacy", en Peter G. Brown, y Henry Shue (comps.), *The border that joins: Mexican immigrants and U.S. responsibility*, Nueva Jersey, Totowa, Rowman y Littlefield, 1983, p. 52.

²⁹ Gamio, *Op. cit.* p. 123.

país;³¹ otros señalaban a los políticos como los causantes del éxodo por su despotismo en la aplicación de medidas sin ningún plan ni orden que no condujeron a progreso alguno.

Al final era claro para quienes dirigían el país que la migración no podía y quizá no debía ser detenida, pues en México no se contaba con los medios para proveer de un empleo a todos los ciudadanos. Además, la entrada de remesas al país constituyó desde entonces una buena fuente de ingresos que permitía la subsistencia de muchas familias. Como subraya Cardoso, “la fuerza de trabajo era un producto que se exportaba, de la misma forma que cualquier otra mercancía”. Así, los sucesivos gobiernos mexicanos hasta antes de 1929 nunca intentaron realmente detener la migración por completo, y el flujo hacia el norte continuó creciendo.

1.4 Se intensifica el debate: racismo vs. ganancia económica.

Los mexicanos se perfilaban en los EU como la mano de obra idónea particularmente para la economía del suroeste, en donde cada vez más constituían una parte estructural del desarrollo económico de la región.³² Las líneas ferroviarias de esta zona y del oeste medio, -por citar un ejemplo-, dependían fuertemente de la mano de obra mexicana, en especial para el mantenimiento de vías, actividad en la que cerca del 90 por ciento de los empleados eran mexicanos. Esta dependencia de la fuerza laboral mexicana era evidente también en la región del Pacífico Noroeste, en donde las empresas ferroviarias contaban con cerca de 60 por ciento de empleados originarios de México.³³

Este movimiento migratorio laboral continuó en aumento constante en la década de los años veinte, durante la cual ingresó un elevado número de mexicanos a los EU de 1923 a 1929 con volúmenes que iban desde 32 mil hasta 88 mil personas por año sumando un total aproximado de 500 mil migrantes a lo largo de la década, la mayoría de carácter temporal.³⁴ Una muestra de los registros de entrada de mexicanos a EU realizada en abril de

³⁰ Alba, *Op. cit.* p. 8

³¹ *Excelsior* 22 febrero 1929, p. 1; 25 mayo 1929, citado en Cardoso *Op. cit.* p. 133.

³² Cardoso afirma que ya para esos años: “era evidente que virtualmente todos los sectores de la economía de la frontera dependían fuertemente de la mano de obra mexicana”. *Op. cit.* p.88

³³ Driscoll, *Op. cit.* p.82. Gamboa, *Op. cit.* p. 10

³⁴ Scruggs, *Op. cit.* p.106. sin contar a todos aquellos que ingresaron a los EU sin dejar registro alguno. García y Griego, *The bracero policy...*, p. 31 y 32.

1924 ofrecía una idea del origen regional de este flujo migratorio que ya se dibujaba claramente desde entonces: Guanajuato, 10.8 Jalisco 20.0 y Michoacán 14.5 se imponían como los estados de los que salía el mayor número de migrantes hacia el norte, pues en conjunto sumaban cerca del 50 por ciento del total.³⁵

Sin embargo, en estos mismos años el sentimiento xenofóbico se intensificó en la Unión Americana y en los debates políticos se enfrentaron las opiniones en favor de limitar la entrada de “extranjeros indeseables” –mexicanos, asiáticos, y migrantes de Europa del Sur y del Este-, con las voces de los granjeros y empresarios que afirmaban que la mano de obra mexicana era indispensable para la economía norteamericana. Muchos expresaban sus reservas en cuanto a la posibilidad de que los mexicanos buscaran la ciudadanía norteamericana y llegaran así a ser “miembros indeseables de la sociedad estadounidense” que nunca podrían asimilarse a la misma.³⁶ En las reuniones del congreso el representante demócrata por Texas John C. Box, ferviente opositor de la inmigración de origen mexicano, llegó a afirmar que:

El peón mexicano es una mezcla de campesinos españoles de sangre latina con indios rasos, quienes no lucharon por su raza sino que se dejaron conquistar y aceptaron pasivamente su peonaje. A este mestizaje penetró además demasiada sangre de esclavos negros. Otras razas mixtas de mulatos y algunos blancos de mala calidad intervinieron también en esta mezcla de indios conquistados y esclavos. En Estados Unidos las leyes existen para prevenir que estas razas mixtas y de mala calidad entren a nuestro suelo.³⁷

En cambio, los empresarios y productores que se habían beneficiado ya largamente de esta abundancia de mano de obra mexicana abogaban por la promulgación de medidas que les garantizaran un continuo abastecimiento de esta fuerza laboral. Dentro de este grupo se encontraban las declaraciones de Samuel Parker Frisselle, propietario de cinco mil acres de tierra en California y miembro de la Fresno Chamber of Commerce, de la California Development Association y del California Federated Farm Bureau. organizaciones todas

³⁵ A estos estados les seguían Coahuila, Zacatecas, Durango y Nuevo León. García y Griego, *The Importation...*, p. 35. Gamio en su estudio realizado en estos mismos años encontró números similares: 54.3 por ciento de total de envíos de dinero de los EU a México se hacían a los estados de Michoacán, Guanajuato y Jalisco. 26.9 por ciento a Nuevo León, Durango, Zacatecas, Chihuahua y Coahuila.

³⁶ García y Griego, *The bracero policy...* p. 46.

³⁷ Citado por Morales, *Op. cit.* p. 90.

que se oponían a las restricciones migratorias en contra de los mexicanos. Frisselle sostenía que prohibir la entrada de éstos últimos marcaría el fin del desarrollo agrícola del oeste, pues los cultivos de la zona requerían de una gran cantidad de peones que los anglosajones no estaban dispuestos a suplir.³⁸

Continuamente se exponían las “obvias” conveniencias de esta fuerza de trabajo: era barata, (el mexicano laboraba sin objetar por salarios que ningún otro trabajador, -ni siquiera siendo extranjero-, aceptaría dentro de los EU³⁹); era abundante (como vimos, el flujo era constante y por lo tanto siempre había una gran disponibilidad de trabajadores); era necesaria, porque los mexicanos hacían el trabajo que nadie más quería realizar; y sobre todo, era una migración temporal (la mayoría de los mexicanos regresaban a su país cuando el trabajo para el que habían sido contratados terminaba) lo cual anulaba el “peligro” de que estos trabajadores fueran potenciales ciudadanos non-gratos, y garantizaba que cuando no se precisara de ellos podrían ser devueltos a su país –cuestión por demás factible dada la cercanía geográfica y el ejemplo de las recientes deportaciones-; los mexicanos, -se llegó a afirmar en los debates del congreso norteamericano-, tenían un “instinto de hogar como los pichones” que los hacía regresar a sus lugares de origen.⁴⁰

Los argumentos a favor de la importación de mexicanos incluyeron frecuentemente ideas *quasi darwinistas* en cuanto a la habilidad de estos trabajadores para desempeñar las tareas más pesadas: se les consideraba especialmente aptos y resistentes para trabajar en el rayo del sol –en particular en los calurosos estados del sur de la Unión Americana,⁴¹ o totalmente adecuados para el trabajo en los campos de betabel donde a juicio de los granjeros, los mexicanos gozaban –debido a su corta estatura-, de cierta “ventaja” sobre sus

³⁸ Abraham Hoffman, *Unwanted Mexican Americans in the great depression. Repatriation pressures, 1929-1939*, Tucson, University of Arizona Press, 1974, p. 26-27

³⁹ Y de cualquier forma, -afirmaban-, los salarios a pesar de ser bajos dentro de los estándares norteamericanos eran mejores que los que cualquiera de estos trabajadores pudiera recibir en su país de origen. (argumento que no considera de ninguna forma las diferencias en los costos de vida entre un país y otro y que pretende ignorar el hecho de que los salarios que estos trabajadores recibían no eran suficientes para vivir en los EU).

⁴⁰ Citado por García y Griego, *The bracero policy...* p. 46

⁴¹ Cardoso, *Op. cit.* p.43

contrapartes de raza blanca, -más altos-.⁴² El presidente general de la Cámara de Comercio de Los Ángeles, George P. Clements, llegó a expresar de manera abierta que el norteamericano de raza blanca era físicamente incapaz de llevar a cabo todas aquellas faenas agrícolas que requirieran elasticidad alguna como agacharse o trabajar en cuclillas, posturas que en los orientales y mexicanos eran un hábito ya bien formado al cual los anglosajones nunca podrían acostumbrarse.⁴³

De esta forma se fue creando entre los empleadores norteamericanos una imagen del mexicano como el trabajador que todo lo aceptaba sin quejarse, sediento de trabajo, con deseos de aprender y la habilidad para hacerlo rápidamente. El mexicano era considerado como “el favorito entre toda la mano de obra barata que estaba disponible en el suroeste”.⁴⁴

El gobierno estadounidense, en tanto, tomaba medidas con el fin de ejercer un mayor control sobre la frontera sur y destinó un millón de dólares para la creación de la Patrulla Fronteriza en el año de 1924. El número de agentes asignados a esta instancia aumentaría gradualmente, puesto que una mayor vigilancia y regulación de la inmigración a través de la frontera sur significó también el aumento del número de traficantes de personas o *coyotes*, que por una determinada cuota ayudaban a los mexicanos a cruzar la frontera. En este mismo año se expidió una nueva Ley de Migración que establecía un procedimiento administrativo llamado “repatriación voluntaria” con el fin de agilizar la expulsión de inmigrantes ilegales, el cual sería ampliamente utilizado en los años venideros.

Sin embargo, la economía norteamericana y sus fluctuaciones probaron tener un efecto más inmediato en la entrada y salida de los mexicanos que las disposiciones administrativas antes mencionadas, pues la Gran Depresión que inició en octubre de 1929 marcó un período de brusco descenso en la migración de mexicanos hacia el norte y del mayor número de deportaciones masivas registradas hasta esa fecha.

⁴² El trabajo en los campos de betabel, en particular el del *desahije* ha sido considerado como uno de los más pesados físicamente debido a que la labor se lleva a cabo agachado la mayor parte del tiempo, provocando un intenso dolor de espalda.

⁴³ Clements fue uno de los más fervientes defensores del uso de la mano de obra mexicana en los campos agrícolas de los EU de 1917 a 1939; encargado del Departamento de Agricultura de la Cámara de Comercio de Los Ángeles, sus opiniones llegaron a tener una gran influencia en las políticas migratorias de estos años.

⁴⁴ Hoffman, *Op. cit.* p. 9.

1.5 El desplome de la economía norteamericana y las deportaciones masivas de mexicanos.

La recesión económica que inició con el desplome de la Bolsa de Valores de Nueva York provocó un desempleo masivo que afectó a todos los sectores de la sociedad pero que tuvo un impacto especialmente negativo en los trabajadores de origen mexicano, tanto los inmigrantes como aquellos nacidos en los EU de ascendencia mexicana. Desde principios de 1930 el gobierno federal y estatal urgió a los empleadores a despedir los mexicanos para ofrecer esos trabajos a los ciudadanos norteamericanos, acción que se repetiría bajo la presión de diversos grupos e individuos que abogaban por la expulsión de todos los extranjeros que en su opinión estaban ocupando los empleos de los nativos. En realidad, los trabajadores migrantes realizaban las labores que los locales rechazaban en tiempos de prosperidad económica, pero ante la fuerte crisis que se vivía en el momento cualquier ocupación era sumamente valorada. De esta forma, todos los sectores de la economía comenzaron a recortar miles de trabajadores mexicanos, que al encontrarse sin ningún medio para sobrevivir y sostener a su familias regresarían a México de manera voluntaria o forzados por las autoridades norteamericanas.

La situación pronto se agravaría con las medidas que el gobierno estadounidense puso en práctica para expulsar a los extranjeros ilegales, con el fin de ofrecer un mayor número de empleos a sus ciudadanos. Se inició una agresiva campaña nacional para deportar parte de los 400 mil migrantes ilegales que se calculaba vivían en territorio norteamericano, y aunque estas acciones se dirigían a todos los extranjeros, los mexicanos fueron uno de los blancos principales del Buró de Inmigración del Departamento del Trabajo. En 1932 en la ciudad de Los Ángeles, California, fueron deportados entre 50 mil y 65 mil mexicanos de los cuales la mayoría pertenecían al condado de Los Ángeles.⁴⁵

A pesar de que los primeros mexicanos que regresaron al país en el invierno de 1929 no fueron los más afectados económicamente, puesto que decidieron su regreso a México cuando aun poseían un cierto número de bienes y capital que les permitiría establecerse en su país de origen, aumentaba cada vez más el número de aquellos que encontrándose en la indigencia total y ante el temor de ser deportados por las autoridades

⁴⁵ Driscoll, *Op. cit.* p. 84

migratorias, acudían a los cónsules mexicanos en busca de ayuda para regresar a su país. Con este fin se formaron varios comités y asociaciones como la de Galvestón y Angelo Texas, identificadas con lemas como “Unión y Patria” o “Unión protección y Patria”, o el Comité Pro Repatriaciones de los trabajadores del betabel en Detroit, que solicitaban la protección del gobierno mexicano “considerando que podamos, en un futuro próximo, ser una vergüenza para el orgullo del mexicano que siempre hemos pretendido mantener incólume, y considerando a la vez, la imposibilidad de salvarnos de por sí, por la indigencia de solemnidad en que nos encontramos”.⁴⁶

El gobierno mexicano respondió de manera muy activa en este proceso de repatriación, y puso a disposición de sus connacionales transporte gratuito desde las ciudades fronterizas hacia el interior del país, así como la oferta de integrarlos al programa de distribución de la tierra.

Durante este período se intensificó la labor de las sociedades de beneficencia de mexicanos, muchas de las cuales se formaron ex profeso con el fin de ayudar a sus compatriotas en estos tiempos de necesidad; estos Comités de Auxilio o de Beneficencia, o Comisiones Honoríficas organizaban diversas actividades sociales con el fin de recaudar fondos para los necesitados. Muchas instituciones de caridad norteamericanas participaron en este proceso, al igual que algunos gobiernos locales, ambos convencidos de que en el largo plazo la inversión en la repatriación de los mexicanos resultaba menos costosa que el mantenerlos a través de la caridad. Entre las más afanosas estuvieron las de Los Ángeles, California, en donde el Board of Charities organizó la repatriación de cerca de trece mil mexicanos entre 1931 y 1934.⁴⁷ Los cónsules mexicanos, quienes desempeñaron un papel muy relevante en esos momentos, fungieron en diversas ocasiones como intermediarios entre estas organizaciones y el gobierno mexicano.

En México el constante arribo de los repatriados ocasionó una serie de dificultades en su recepción y reacomodo, de manera que la Secretaría de Gobernación convocó a una reunión con el fin de obtener ayuda de la iniciativa privada en este esfuerzo. El resultado

⁴⁶ Carreras, *Op. Cit.*, p.67

⁴⁷ Driscoll afirma que existen cálculos de que únicamente en California fueron repatriados entre 50 mil y 65 mil mexicanos en 1932, de los cuales la mayoría provenía del condado de Los Ángeles. Driscoll, *Op. cit.* p. 84.

fue la conformación del Comité Nacional de Repatriación, Acomodamiento y Reincorporación, que tuvo como objetivo el colocar a los repatriados en algún tipo de labor y así “convertir en elementos de producción y de consumo a los que de otra suerte degenerarán en mendigos y en factores de perturbación social”; se proponían así “explotar parte de una riqueza nacional tan lamentablemente relegada... que ha de ser grata a la nación y saludable a su economía”.⁴⁸

El capital recaudado por este fondo se destinó al transporte, alimentos, asistencia médica, ropa, artefactos para el hogar, herramientas, maquinaria y al proyecto de colonización que el gobierno diseñó para absorber a los miles que regresaban de los EU. La Colonia número 1, establecida cerca de El Coloso, Guerrero, y la Colonia número 2 en Pinotepa Nacional, Oaxaca fueron ambiciosos proyectos que terminaron en rotundos fracasos, pues los cientos de repatriados que fueron enviados a estas zonas con la promesa de una vivienda, tierras cultivables y apoyo económico, enfrentaron serios problemas en su intento de establecerse: desde las condiciones ambientales insalubres, hasta la carencia del apoyo prometido y los abusos por parte de los administradores de las colonias. En Pinotepa Nacional, de entre 500 y 700 repatriados que arribaron en abril y mayo de 1933, un año después solo quedaban ocho habitantes.⁴⁹

Como sucedió con las colonias, muchos de los esfuerzos que se hicieron en México por integrar a estos miles de connacionales que volvían de los EU fracasaron. La economía nacional no contaba con los suficientes recursos para absorber a toda esta población que los EU había recibido con beneplácito mientras servía a sus intereses económicos y que ahora desechaba. García y Griego cita un interesante reporte del Departamento de Estado norteamericano de 1950 en que se alegaba que durante la depresión de 1929 los trabajadores mexicanos llegaron a ser personas no gratas y se volvieron una pesada carga para las organizaciones de caridad en California. Sin embargo, -señala este mismo autor-, la condición de *personas non gratas* no fue un nuevo producto de la depresión, sino que los

⁴⁸ *Ibid.*, p. 92-94 El Comité de Repatriación estuvo activo hasta junio de 1934 fecha en que sería desintegrado luego de recibir agrias críticas por parte de la opinión pública y la prensa en relación con el manejo de los capitales recolectados.

⁴⁹ Hoffman, *Op. cit.* p.139-141 Según las estadísticas norteamericanas más de 450 mil mexicanos fueron deportados entre 1929 y 1937, p. 174 y 175

empresarios que antes habían defendido su ingreso y presencia en los EU, en esos tiempos de recesión no se atrevieron a “levantar un dedo en su favor”.⁵⁰

El período de 1929-1933 fue una época de intenso movimiento migratorio en el sentido contrario al que hasta entonces había predominado: mientras miles de personas regresaban a México, muy pocos se aventuraban a realizar el cruce hacia el norte.

Sin embargo, es interesante destacar que durante estos años el empleo de mexicanos en los EU no cesó por completo, tal como sucedió en la región del Pacífico Noroeste, donde según nos dice Erasmo Gamboa, la mano de obra mexicana siguió siendo contratada para las labores agrícolas. En algunos casos, los trabajos en la agricultura eran los únicos disponibles, pero aun en estos tiempos de necesidad los ciudadanos estadounidenses preferían enlistarse en las agencias de desempleados que aceptar los pocos salarios que ahí se pagaban por labores que no dejaban de ser desgastantes; muchos mexicanos en lugar de regresar a México se trasladaron de los estados del suroeste hacia esta zona del Pacífico Noroeste en donde eran fácilmente contratados por estar disponibles, aceptar los trabajos más duros y salarios más bajos, y no contar con ningún apoyo de los gobiernos federal o local como era el caso de los anglos.⁵¹

En México mientras tanto, la vida política continuaba su ritmo y con la llegada de Lázaro Cárdenas a la presidencia tuvo lugar la primera iniciativa oficial de llevar a cabo un programa oficial de repatriación en el que se ofrecían tierras en el norte del país para ser colonizadas; proyecto que no tuvo mayor respuesta por parte de los mexicanos residentes de los EU, que se comenzaban a colocar nuevamente dentro de una economía en recuperación y crecimiento debido a la proximidad de un nuevo conflicto bélico.⁵²

⁵⁰ García y Griego, *The bracero policy...*, p. 47 y 48

⁵¹ Gamboa, *Op. cit.* p.10-20.

⁵² Durante el sexenio de Cárdenas también se llevaron a cabo esfuerzos corporativos para tratar de organizar a los trabajadores mexicanos en los EU y mantener un control sobre los mismos. Fue a través de la participación del cuerpo consular mexicano, en particular en California, que se trató de intervenir en los movimientos organizativos de los trabajadores mexicanos, como ocurrió en la huelga de pizcadores de cítricos del condado de Orange en 1936. El cónsul mexicano Ricardo Hill y su representante en el condado, Lucas Lucio se involucraron en esta lucha de los pizcadores y tomaron el liderazgo del sindicato, eliminando a los elementos radicales. Juan Manuel Sandoval Palacios, “El estado mexicano versus los mexicanos en Estados Unidos; ¿dos proyectos de nación?”, Ponencia presentada en el *Coloquio Migración Internacional y socialización en un mundo globalizado*, Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, 11 y 12 de mayo del 2000.

No obstante, se percibía cada vez más claramente la necesidad de intervenir y regular con mayor efectividad la migración de connacionales hacia el norte, fenómeno que se vislumbraba ya imposible de detener.⁵³ Expertos como Gamio opinaban que la migración acarrea aspectos positivos al funcionar como “válvula de escape” y permitir la salida de la fuerza laboral que México era incapaz de absorber, además de considerar la importancia del envío de remesas para la economía nacional y el bienestar de muchas familias; el único peligro, -apuntaba- era la emigración permanente, por lo que el papel del gobierno debía ser el de estimular y regular una migración temporal.⁵⁴ De lo contrario, México continuaría pagando el precio de perder a su capital humano en tiempos de prosperidad y el de re absorberlo cuando era expulsado, sin que ni el gobierno ni los empresarios norteamericanos se responsabilizaran por él.

Hasta entonces, el trabajador mexicano había sido visto como el desempleado, como el criminal que violaba las leyes norteamericanas al introducirse de manera ilegal en suelo extranjero (en particular a partir de los años treinta); era un desafortunado ser que en su país no encontraba los medios para subsistir y se dirigía a los EU en busca de un trabajo, con la complacencia de algunos (los empleadores) y el pesar de otros (las organizaciones laborales y los políticos y sociedad racistas) y al que, en todo caso, se le hacía un favor al dejarlo entrar.

Sin embargo, al iniciar la década de los cuarenta el mundo se preparaba para un nuevo conflicto bélico de carácter internacional y la política de los EU hacia Latinoamérica en este período colocaría a México entre sus prioridades, al tiempo que éste entraba en una época de estabilidad política y crecimiento económico que le permitiría jugar un importante

⁵³ En un informe elaborado por orden del presidente Obregón en 1921, Eduardo Ruiz, cónsul de Los Ángeles, señalaba que la contratación de los mexicanos era inevitable, por lo que la decisión más apropiada por parte del gobierno mexicano era la de adoptar el papel de supervisor del proceso, e incluir en esta práctica a autoridades de distintos niveles como consulados y gobiernos locales. El informe concluía que la migración exponía a los compatriotas a un sinnúmero de abusos, además de representar una pérdida para México, pero en la medida en que debía ser tolerada, era menester eliminar el papel de los intermediarios o contratistas, y en su lugar deberían ser agencias gubernamentales las encargadas de vigilar el proceso. Las recomendaciones de Gamio asentaban de igual forma que la migración constituía una merma para el país pero dada la dificultad en controlarla, y la imposibilidad de prohibir la emigración de quienes quisieran salir de México, lo que el gobierno debía hacer era evitar las salidas ilegales y en general persistir en la mejoría económica de la nación

Citado en García y Griego, *The bracero policy...*, p. 58-63

⁵⁴ *Ibid*

papel en la organización continental frente a la guerra. Estas circunstancias influirían directamente en la forma en que se desarrolló el proceso migratorio en los siguientes años.

CAPÍTULO 2. EL PROGRAMA MEXICANO -- ESTADOUNIDENSE DE PRESTACIÓN DE MANO DE OBRA.

2.1 Hacia la firma de un acuerdo internacional

2.1.1 Las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos en el escenario de la Segunda Guerra Mundial.

En el año de 1940 Manuel Ávila Camacho llegó a la presidencia de México. En su sexenio –el cual sirve de marco temporal a los acontecimientos que nos ocupan en este capítulo–, inició una etapa de estabilidad política para el país que permitió concentrar la atención gubernamental en las estrategias de crecimiento económico.

Los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial en Europa pronto influirían en los destinos de los países del continente americano; en México, Ávila Camacho tempranamente hizo un “llamado a la unidad nacional”, con el fin de evitar la polarización de las fuerzas internas, y posponer la lucha entre las clases en nombre del “progreso y bienestar generales”,¹ mientras que en el plano internacional su administración continuó con la política cardenista de identificación con las fuerzas antifascistas.

Al mismo tiempo, el panorama de la relación con los Estados Unidos daría un giro importante que ya venía contemplándose desde hacía algunos años. La política estadounidense hacia Latinoamérica sugería cada vez más que la estrategia de intervención militar directa debía ser sustituida por una de negociación. Estas ideas se formalizaron en la presidencia de Franklin D. Roosevelt a través de la llamada Política de la Buena Vecindad, enunciada en su discurso inaugural en 1933 cuyo objetivo era “crear un espíritu de

¹ Lorenzo Meyer y Josefina Zoraida Vázquez, *México frente a EU (un ensayo histórico 1776-1993)*, México, Fondo de Cultura Económica, 3ª ed., 1994, p. 183.

colaboración y solidaridad con los demás gobiernos del continente”² a través de la no-injerencia en sus asuntos internos, por lo que en los acuerdos interamericanos de 1933 y 1936, los EU renunciaron al uso unilateral de la fuerza en los países del continente americano y en cambio promovieron una actitud de cooperación económica y entendimiento. Ejemplo de ello fue la salida diplomática del conflicto por la expropiación petrolera en México, que a pesar de las tensiones que provocó entre los dos países, no derivó en un enfrentamiento armado.

Esta política iniciada en los años treinta fue reforzada con la proximidad de la Segunda Guerra Mundial; se habló de la formación de un frente hemisférico en contra de los países del eje con el fin de asegurar la defensa del continente americano; los EU se encontrarían a la cabeza de esta estrategia en la cual México y Brasil resultaban elementos clave. Desde México se podría coordinar la defensa del Pacífico en caso de un ataque japonés, y de nuestro país saldrían también las materias primas que Norteamérica requería en su industria de guerra: hule, petróleo y fibras naturales entre otros; la cooperación del gobierno mexicano era igualmente necesaria para vigilar las actividades pro alemanas en Argentina.

Había, sin embargo, asuntos pendientes que los EU y México debían tratar antes de comprometerse plenamente en un acuerdo: las pláticas sobre la compensación a las compañías petroleras norteamericanas que fueron expropiadas en 1938, y el pago de la deuda externa y ferrocarrilera. El gobierno mexicano estaba dispuesto a cooperar con su contraparte norteamericana en el plan de defensa del hemisferio a cambio de lograr un acuerdo político general entre los dos países y resolver de una buena vez los antiguos problemas en sus relaciones diplomáticas. Las negociaciones en torno a los reclamos de las compañías petroleras dieron inicio en febrero de 1941 y para noviembre del mismo año se firmaron una serie de acuerdos entre los dos países en los que se asentaba la formación de una comisión conjunta que precisaría el monto de la deuda que México debía pagar y los plazos para liquidarla; la conclusión de dicha comisión dictaminó un pago menor al que las compañías esperaban, y a pesar de que inicialmente éstas no estuvieron dispuestas a

² Lorenzo Meyer, “La política de la buena vecindad: su teoría y práctica en el caso mexicano” en: *Extremos de México*, México, Colegio de México, 1971, p. 242.

aceptarlo, el gobierno norteamericano decidió que no las apoyaría más, pues la necesidad de establecer una buena relación con México ante la inminencia de la guerra resultaba más relevante en aquellos momentos.

Por medio de estos convenios se establecía también la compra anual de plata mexicana por parte de los EU y la emisión de créditos para la estabilización del peso y la construcción de vías de comunicación en México; dicha medida proporcionaba una prueba de la "sinceridad de la política del Buen Vecino"; arreglos análogos tuvieron lugar con relación al pago de la deuda externa en noviembre de 1942.³

De esta forma se allanaba el camino para una cooperación estrecha entre los dos países, los cuales declaraban estar "resueltos a garantizarse recíprocamente el disfrute de sus fortunas y talentos";⁴ dicha colaboración se intensificó luego del ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941, incidente que marcó la entrada oficial de los EU a la guerra. En enero del siguiente año se conformó la Comisión Mexicano-Norteamericana de Defensa Conjunta y se creó la Región Militar del Pacífico al mando del general y ex presidente Lázaro Cárdenas, con objeto de asegurar la defensa de los litorales en esta zona. México permaneció al margen del conflicto armado incluso después de que su buque-tanque petrolero *Potrero del Llano* fuera hundido por un submarino alemán en mayo de 1942; sin embargo, en menos de un mes tuvo lugar un segundo ataque a un buque mexicano, el *Faja de Oro*; estas agresiones, junto con los acontecimientos en la Alemania hitleriana, y la propaganda del gobierno mexicano, lograron que la opinión pública en México - inicialmente renuente a ver con buenos ojos la participación directa en la contienda armada- favoreciera la alianza con los EU y la colaboración activa en la guerra "en nombre de la lucha contra el fascismo".⁵ El presidente Ávila Camacho declaró el estado de guerra entre

³ Meyer y Vázquez, *Op. cit.* p. 183 y 184. Blanca Torres Ramírez, *Historia de la Revolución Mexicana, Tomo VII. México en la Segunda Guerra Mundial. Periodo 1940-1952*, vol. 19, México, El Colegio de México, 1979, p. 32 - 39.

⁴ "Convenio para el suministro recíproco de artículos de defensa y de informes sobre la misma" en *Tratados ratificados y convenios ejecutivos celebrados por México*, Tomo VII (1938-1942), México, Senado de la República, 1972, p. 733.

⁵ *Ibid.*, p. 186. Luis G. Zorrilla, *Historia de las Relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1800-1958*, tomo II, 2ª ed, México, Editorial Porrúa, 1977, p. 486. En México la opinión pública y buena parte de los círculos políticos se oponían a la participación directa de connacionales mexicanos en el frente de batalla; se consideraba que era un deber "luchar para impedir la victoria del fascismo en el mundo" pero

México y los países del eje reafirmando la postura de que el país no se comprometería militarmente en la lucha que tenía lugar en Europa pero sí en el resguardo de la seguridad hemisférica pues se consideraba que “la defensa de cada una de las Repúblicas Americanas [era] vital para la defensa de todas ellas”.⁶

Sin embargo, como Meyer y Vázquez señalan “desde un principio resultó claro que la mayor contribución mexicana a la guerra no sería la militar, sino económica, en apoyo al esfuerzo bélico del aparato productivo norteamericano”. Durante este período tuvo lugar un intenso intercambio económico en el que más del 90 por ciento de las transacciones comerciales mexicanas se efectuaron con los EU; con el fin de establecer las bases de dicho intercambio se firmó un tratado bilateral de comercio entre los dos países en diciembre de 1942 a través del cual se daría un importante impulso a la venta de productos mexicanos como petróleo, ganado, plata labrada, minerales y fibras estratégicas para la industria bélica, productos todos que la economía de guerra requeriría en grandes cantidades para estos años.⁷

2.1.2 La situación de guerra en Norteamérica y la expansión económica: los productores se enfrentan a la escasez de mano de obra.

Como había sucedido durante la Primera Guerra mundial, la economía norteamericana inició una etapa de intenso crecimiento impulsado por el conflicto armado que tenía lugar en Europa, al perfilarse los Estados Unidos como el proveedor más importante de pertrechos de guerra, víveres y fibras para alimentar y vestir a los ejércitos de los países aliados.

Incluso antes de su intervención directa en la guerra, la producción norteamericana en la mayoría de los ramos tuvo un incremento nunca antes visto. Los datos señalan que el índice de producción industrial creció de 125 en 1940, a 162 en 1941 y 199 en 1942.⁸ De

que el apoyo de México en esta lucha debía limitarse a la “ayuda material y moral”. Citado en Torres, *Op. cit.* p.67

⁶ *Tratados, Op. cit.* p. 733.- Torres, *Op. cit.* p. 103

⁷ Torres apunta que el gobierno enfrentó críticas por la firma de este tratado en el que no terminaba de estar claro qué país se beneficiaba más con el mismo, pues la salida de materias primas mexicanas a precios fijados por los EU no dejaba satisfechos a todos los productores nacionales. *Ibid.*, p. 162

⁸ Con una base de 100 en el período comprendido entre 1935-1939. Jorge Del Pinal, “Los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos”, en *El Trimestre Económico*, vol. XII, No. 1, abril-junio 1945, p. 1.

tal manera que muchos de los norteamericanos que aun se encontraban desempleados como producto de la Gran Depresión fueron ocupados de nuevo en la industria en un momento en que se levantaron muchas de las barreras que anteriormente existían para el empleo de grupos antes marginados como mujeres, negros y mexicanos.⁹ Estas facilidades aunadas a la atractiva posibilidad de obtener un salario más alto provocaron un éxodo de trabajadores de los campos agrícolas hacia las zonas industriales. Desde octubre de 1939 un reporte preparado por el Bureau of Agricultural Economics estimaba que aproximadamente un millón 695 mil trabajadores agrícolas abandonarían el campo para irse a las ciudades.¹⁰ Esta situación no era nueva, pero la rapidez con que la industria bélica se expandía como consecuencia de las demandas de la guerra, originó que este sector absorbiera miles de brazos que laboraban en el campo: entre septiembre de 1941 y septiembre de 1942 aproximadamente 921 mil peones agrícolas aprovecharon la oportunidad de obtener empleos más estables y mejor pagados en la construcción de barcos, aviones y en las refinerías de acero y petróleo.¹¹

Más aun, los productores no solo debían enfrentar esta competencia por la mano de obra con el ramo industrial, sino también el registro obligatorio de los ciudadanos norteamericanos en el ejército: en el mismo período de 1941-1942 casi 700 mil peones del campo fueron enrolados, a pesar de los esfuerzos del Secretario de Agricultura Claude R. Wickard, quien en 1941 ante la alarmante disminución de la fuerza laboral agrícola presionó a las autoridades militares para que se eximiera a los trabajadores del campo de ser enlistados; a finales de ese año consiguió que algunas áreas de cultivo fueran consideradas elementos clave para la defensa nacional.¹²

Esta situación fue especialmente evidente en estados como California, donde nuevas fábricas de material bélico se abrían continuamente —la construcción de barcos y aviones

⁹ Scruggs señala en su texto que uno de los motivos por los cuales en los EU los extranjeros y las minorías étnicas habían sido tradicionalmente empleados en la agricultura era que en la mayoría de los casos estaban prácticamente vetados de cualquier otra actividad en las ciudades o en las fábricas donde existían organizaciones laborales que protegían a los trabajadores y limitaban el acceso a las plazas disponibles. *Op. cit.* p. 31.

¹⁰ Peter N. Kirstein, *Anglo over bracero: a history of the Mexican worker in the U.S. from Roosevelt to Nixon*, San Francisco, R&E Research Associates, 1977, p. 12.

¹¹ Del Pinal, *Op. cit.* p. 2.

¹² *Ibid.*

incrementó de 31 mil y 96 mil en 1941 a 274 mil y 236 mil en 1943 respectivamente, absorbiendo la mano de obra de uno de los estados agrícolas más importantes de la Unión Americana; una situación similar se presentaba en la zona del Pacífico Noroeste, donde los empresarios agrícolas estaban acostumbrados a recibir las oleadas de trabajadores migrantes que viajaban en las temporadas de cosecha desde estados sureños como California, y que a partir de 1941 arribaron en cantidades muy reducidas. El problema en la zona del Pacífico se agravó en 1942 con la expulsión de los japoneses, entre los cuales iba un buen número de trabajadores agrícolas y sus familias lo cual resultó en la pérdida de 10 mil brazos para las faenas del campo.¹³

La escasez de trabajadores coincidía así con una gran demanda de productos agrícolas, que se incrementó cuando los EU ingresaron formalmente a la guerra: en los estados del Noroeste, por ejemplo, el gobierno comenzó a realizar inversiones con el fin de preparar la zona para una agricultura extensiva y en enero de 1942 anunció la compra de una importante cantidad de productos enlatados de las granjas de esta región. Como consecuencia comenzó a propagarse un “sentimiento de crisis” entre los granjeros ante el temor de que la escasez de mano de obra provocara la pérdida de las cosechas. En 1942 el Departamento de Agricultura declaró que el problema de la mano de obra era especialmente delicado en el área del Pacífico Noroeste. Para hacer frente a esta situación se comenzaron a tomar medidas extremas: en el Valle de Yakima las escuelas detuvieron sus actividades por dos semanas para permitir que los estudiantes colaboraran en la recolección de las cosechas; disposiciones similares fueron decretadas en Idaho donde varias comunidades cerraron sus escuelas temporalmente con la finalidad de que los jóvenes prestaran su ayuda en los trabajos del campo. En Washington, por su parte, los agricultores desesperados decidieron reclutar pacientes psiquiátricos del Northern State Hospital para que trabajaran en las faenas agrícolas por diez horas diarias; en Seattle se procedió a liberar reos de las prisiones a cambio de que trabajaran en la cosecha de manzanas.¹⁴ En estados como Texas y California las agencias estatales de empleo reclutaron todo tipo de personas para el trabajo en la agricultura, inclusive aquellos que

¹³ Galarza *Merchants of labor...*, p. 42. Del Pinal, *Op. cit.* p. 4.

¹⁴ Gamboa, *Op. cit.* p. 26-28

nunca antes habían desempeñado tales labores como amas de casa, estudiantes y “niños exploradores”, además de que se animaba a los funcionarios y empleados gubernamentales a cooperar los fines de semana en la cosecha.¹⁵

Durante los primeros meses de 1942 fue evidente que estas medidas eran insuficientes y que no aportaban soluciones de conjunto, y los agricultores comenzaron a presionar fuertemente para que se negociara un acuerdo de importación de trabajadores mexicanos. Desde el verano de 1941 el gobierno norteamericano había comenzado a recibir peticiones en este sentido por parte de los productores de algodón y remolacha de Arizona, Texas y Nuevo México; en California los granjeros estimaban que para las cosechas de 1942 serían necesarios 30 mil hombres; la compañía ferroviaria Southern Pacific Railroad por su parte expresó necesidades similares a las de los agricultores y solicitó la autorización del Servicio de Inmigración y Naturalización para emplear cinco mil peones mexicanos en el mantenimiento de vías.

No era una casualidad que los mexicanos fueran vistos como la solución “natural” a los carencias de mano de obra; ya hemos revisado la larga trayectoria histórica su empleo por parte de empresarios norteamericanos y la forma en que para mediados del siglo XX se había convertido ya en parte estructural de la economía del suroeste y algunos estados del norte. Sin embargo, los empresarios agrícolas hubiesen deseado repetir la estrategia de la Primera Guerra Mundial de contratación unilateral de trabajadores según sus necesidades, sin intervención de ninguno de los dos gobiernos y prácticamente sin ninguna protección real para los trabajadores. No obstante, como apunta Galarza, era claro para muchos de estos productores que sus agencias comerciales no tendrían la capacidad de conseguir la cantidad de peones que la situación de guerra demandaba, por lo que en este proceso era menester contar con la participación del gobierno federal.

La decisión de recurrir a la ayuda oficial implicaría un cambio en la política que las asociaciones de agricultores habían seguido hasta entonces: los asuntos que concernían a sus negocios se discutían únicamente entre los miembros y prácticamente sin la injerencia del gobierno, —en particular cuando se trataba de determinar el salario regional, cuestión sobre la que podrían perder cierto control en caso de darse una mediación gubernamental.

¹⁵ Driscoll, *Op. cit.* p.89.

Pero las ventajas que esta situación traería resultaban suficientemente atractivas como para aceptar los riesgos: un abastecimiento seguro de trabajadores seleccionados de acuerdo con los requerimientos de los granjeros; mano de obra que no estaría organizada en términos sindicales; los costos de un programa de contratación a cargo del gobierno y no de los productores; y sobre todo, la seguridad de que estos trabajadores por ley estarían sujetos a laborar únicamente en los campos agrícolas, lo cual disminuía el peligro de que tarde o temprano cambiaran esta actividad por un empleo en la industria.¹⁶

Inicialmente la respuesta oficial que obtuvieron fue negativa; en 1941 las agencias gubernamentales encargadas de atender estas peticiones, entre ellas el Departamento de Agricultura y la Comisión de Mano de Obra de Guerra¹⁷, juzgaban que se debía evitar en lo posible la importación de mano de obra que pudiese ocasionar un detrimento en los salarios de los trabajadores locales, y que éstos eran quienes debían ocupar los empleos disponibles; la Comisión misma consideraba que los bajos salarios que se pagaban en la agricultura eran el origen del problema de la fuerza laboral.¹⁸ Sin embargo, las continuas presiones de los grandes agricultores no cesaron, y los esfuerzos de las agencias de trabajo del gobierno norteamericano no parecían arrojar los resultados esperados para aliviar la crisis de mano de obra, pues el número de trabajadores que lograban colocar en las faenas agrícolas no dejaba de ser insuficiente.

Así, a finales de 1941 el desarrollo del conflicto bélico en Europa y el Pacífico ocasionó que en los EU se reconsiderara la situación de la producción nacional y la carencia de brazos que la ponía en peligro.

2.1.3 Las negociaciones para un convenio binacional: una situación sin precedentes.

El ataque a Pearl Harbor en diciembre de 1941 dio un giro importante a la actitud del gobierno estadounidense en torno a la contratación de trabajadores mexicanos, y luego de la declaración oficial de guerra se comenzó a analizar con mayor cuidado el problema de

¹⁶ Galarza, *Op. cit.* p.44 y 45.

¹⁷ En adelante se usarán los nombres de las agencias gubernamentales norteamericanas traducidos según se sugiere en Robert C., Jones, *Los braceros mexicanos en los Estados Unidos durante el periodo bélico. El programa mexicano-estadounidense de presión de mano de obra*, Washington, Unión Panamericana, Oficina de Información Obrera y Social, 1946 p. [51 y 52].

¹⁸ Gamboa, *Op. cit.* p. 39

la fuerza laboral. Como señala Driscoll, "la emergencia creada por la Segunda Guerra Mundial convirtió la disponibilidad de mano de obra en una obsesión nacional en Estados Unidos".¹⁹ En abril y mayo de 1942 tuvieron lugar una serie de reuniones entre representantes del Congreso, de los Departamentos de Agricultura, Justicia, Estado y Trabajo; entre los integrantes de la Comisión de Mano de Obra de Guerra, y el coordinador de Asuntos Interamericanos de los EU, de las cuales resultaría la formación de una comisión mixta que llevaría a cabo una investigación con objeto de determinar la necesidad real de trabajadores para el campo y la posibilidad de establecer un programa de contratación de mexicanos. Se hizo evidente desde entonces que para cualquier tipo de acuerdo sería ineludible contar con la aprobación del gobierno de México pues los problemas que el proceso de contratación unilateral de la Primera Guerra Mundial, y las deportaciones masivas durante la crisis económica ocasionaron a las autoridades mexicanas estaban aun presentes. Era claro que el gobierno mexicano no permitiría la contratación de sus ciudadanos sin ser partícipe del proceso, y que dada la relación de cooperación que existía entre los dos países -de conformidad con la Política de la Buena Vecindad-, sería necesario recurrir a la vía de la negociación.²⁰ Para el gobierno norteamericano era difícil calcular con precisión cuanto tiempo tendría que sostener su producción en los niveles que la guerra demandaba, por lo que se tendría que asegurar ante todo que el "frente interno" contara con los elementos necesarios para seguir cooperando en el esfuerzo bélico.

Los primeros acercamientos entre el embajador norteamericano en México, George Messersmith y autoridades mexicanas pusieron de manifiesto que en ambos países existía una conciencia clara sobre los problemas que la migración había suscitado en el pasado, y que debían evitarse a toda costa sucesos como los que se vivieron en la época de las repatriaciones. Según las instrucciones del Secretario de Estado norteamericano, Messersmith debía hacer hincapié en que su gobierno estaba dispuesto a "realizar todo

¹⁹ Driscoll, *Op. cit.* p.259-260.

²⁰ Scruggs, *Op. cit.* p. 164.

"The Secretary of State to the Ambassador in Mexico," 8 de junio 1942; en *Foreign Relations of the United States. Diplomatic papers. 1942, vol. VI The American Republics*, Washington, Government Printing Office, 1963, p. 537.

esfuerzo posible para prevenir las desafortunadas condiciones que los trabajadores mexicanos habían sufrido en el pasado”²¹.

Cuando Messermith presentó oficialmente la solicitud para un programa binacional de prestación de mano de obra en junio de 1942, el gobierno mexicano respondió que una comisión formada por diversas secretarías de estado analizaría cuidadosamente la propuesta. En pláticas con el embajador norteamericano, el subsecretario de Relaciones Exteriores Jaime Torres Bodet expresó que su gobierno estaba dispuesto a considerar el trabajo de sus connacionales en los campos de EU dentro del marco del esfuerzo continental frente a la guerra, pero que tomando en cuenta las amargas experiencias del pasado en materia de migración, en este asunto debía procederse con suma cautela con el fin de evitar cualquier situación que pusiera en riesgo la próspera relación existente entre los dos países.²²

Después de varias semanas de discusiones internas, la Comisión Intersecretarial mexicana –compuesta por funcionarios de las Secretarías de Gobernación, Relaciones Exteriores, y Trabajo y Previsión Social- inició finalmente las negociaciones con los representantes del gobierno estadounidense el día 13 de julio de 1942. El fruto de esas reuniones fue el acuerdo binacional que sirvió como base para el Programa Mexicano–Estadounidense de Prestación de Mano de Obra, mejor conocido como el Programa Bracero, que fue firmado el 23 de julio y ratificado en un intercambio de notas diplomáticas el 4 de agosto siguiente. En este convenio quedaron asentadas las condiciones bajo las cuales los trabajadores mexicanos prestarían sus servicios en los EU de manera temporal; dichas condiciones fueron determinadas en parte por la legislación mexicana (para todo trabajador nacional contratado en el extranjero, el artículo 123 de la Constitución señala la obligación del patrón de proporcionar un contrato por escrito y certificado ante un notario; la Ley Federal del Trabajo dispone en su artículo 29 garantías para el trabajador en materia de transporte, alimentación hospedaje y repatriación, gastos que debían ser cubiertos por el empleador) y en parte por las experiencias de los abusos que se cometieron en el pasado y que entonces se buscó prevenir.

²¹ *Ibid.*, p. 538.

²² “The ambassador in Mexico to the Secretary of State. 23 de junio de 1942”, *Ibid.*, p. 542-544.

obtener los trabajadores necesarios, el cual iniciaba con la firma de un contrato cooperativo de empleo y la presentación de solicitudes, previamente aprobadas por el Servicio de Empleo; la Comisión de Mano de Obra de Guerra consideraría las peticiones y la cantidad de trabajadores que se asignarían al empleador; esta agencia se encargaría finalmente de la transportación y entrega de los trabajadores. Inicialmente, la conducción del programa dentro de los EU estuvo a cargo de la Administración del Seguro Agrícola, pero en menos de un año sus funciones fueron transferidas a la Comisión de Mano de Obra de Guerra; el reclutamiento y selección de los trabajadores en México estuvo en manos del Departamento del Trabajo, mientras que el Servicio de Inmigración y Naturalización se encargó de los trámites de visa y permisos para la entrada de los mexicanos.

En México las secretarías de estado que participaron en este proceso fueron asignadas tareas específicas para asegurar que las cláusulas del convenio se llevaran a cabo con apego a lo acordado, desde la protección consular (Relaciones Exteriores); la designación de cuotas de braceros que saldrían de cada estado de la República Mexicana (Trabajo y Previsión Social); la difusión de información sobre los derechos laborales de los cuales gozarían los trabajadores contratados y el vigilar que no salieran del país braceros sin contrato (Gobernación) entre otras.²⁶

Para algunos políticos y observadores de la época, este convenio fue visto como un evento sin precedentes en la historia de la migración laboral de mexicanos a los EU, pues era la primera vez que el gobierno de México negociaba con su contraparte norteamericana la forma de regular y supervisar el trabajo de los mexicanos allende la frontera norte. Existía un consenso general en que a pesar de los defectos del programa y de los errores cometidos durante las negociaciones —debidos sobre todo a la falta de experiencia previa en un arreglo de este tipo—, el Programa Bracero denotaba un progreso importante en relación con el pasado, puesto que era “el primer movimiento migratorio mexicano en que el poder público ha intervenido regulando sus bases y vigilando su cumplimiento”. Un senador señalaría algunos años después que “los convenios primitivos no previeron todas las

número de braceros les fue devuelto este fondo en efectivo, mientras que muchos otros nunca recobraron aquellas sumas.

²⁶ Jaime Velez, “The Braceros”, en: John Mraz y Jaime Velez, *Uprooted: Braceros in the Hermanos Mayo Lens*, Houston, Arte Public Press, 1996, p. 35 y 36.

medalidades, pero sentaron un principio de igualdad económica y de respeto a la persona humana que antes no existía”.²⁷

En el pasado -se expresaba- el proceso migratorio había sido “desordenado” y la única regla existente era la demanda de mano de obra mexicana, de tal forma que el acuerdo binacional representaba una buena oportunidad para que los “efectos saludables de la intervención reguladora del estado” se hicieran presentes. De esta manera era posible asegurarse de que la fuerza de trabajo mexicana que salía, lo hiciera temporalmente, y no representase “un caudal definitivamente perdido para México”. Carey McWilliams, jefe de la División de Inmigración y Habitación del Estado de California, calificó al Programa como “un experimento sin precedente en la migración laboral interamericana”; consideraba que la migración entre México y EU -que en el pasado nunca había sido planeada, controlada o supervisada de manera efectiva-, estaba siendo manejada de “manera inteligente” entre los dos gobiernos, a diferencia de lo sucedido durante la Primera Guerra Mundial.²⁸

Sin embargo, en los EU el programa no fue visto por todos como un evento positivo. Por un lado estaba la oposición manifiesta de los grupos laborales norteamericanos; y por otro se encontraban los sentimientos racistas anti-mexicanos, que como vimos en el capítulo anterior habían venido creciendo con los años y con el incremento de la migración mexicana hacia el norte. Gamboa afirma que incluso en el área del Pacífico Noroeste, en donde estas manifestaciones xenofóbicas no habían sido tan fuertes, la opinión pública en general se expresaba en contra de la contratación de braceros. Para responder a ambos grupos se esgrimió el mismo argumento: los “nacionales” -como serían popularmente conocidos los braceros mexicanos en Norteamérica-, iban a trabajar en los campos agrícolas de forma temporal, bajo control y vigilancia de agencias gubernamentales de los dos países, y en cantidades reguladas por los dos gobiernos. Esta era una medida de emergencia frente a la guerra y era un deber moral apoyar el “esfuerzo

²⁷ Pedro de Alba, *Stete artículos sobre el problema de los braceros*, (s.p.i.), 1954, p. 9-10.

²⁸ *Ibid.* Guillermo Martínez, “Los Braceros Mexicanos en los Estados Unidos”, en *Revista de Economía*, Vol. X, nos. 4 y 5, mayo 31, 1947, p. 68. Luis M. Argoitia, Luis Fernández del Campo y Guillermo Martínez, *Los Braceros*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social. Dirección de Previsión Social, 1946, p. 10-12. Carey McWilliams, “They saved the crops” en *The Inter American*, Vol. II, No. 8, agosto 1943, p. 10.

bélico nacional” que requería de la participación conjunta de toda la nación, puesto que estaba en juego la producción de materias primas para la industria bélica y para alimentar a los civiles y a las tropas en el frente. Y lo más importante: una vez concluida la guerra, estos trabajadores regresarían a su país. Estas condiciones de control que el programa presentaba, lograron matizar las reacciones de rechazo en los EU.

2.1.4 El reclutamiento y contratación: salen los primeros

Una vez sentadas las bases del acuerdo, se acordó que el registro y los trámites para la contratación de braceros se localizaran en la ciudad de México, pues se pensó que de esta forma se tendría un mayor control sobre las operaciones administrativas del programa, además de que se absorbería a los muchos desempleados que habitaban en los alrededores de la ciudad; a pesar de que los funcionarios norteamericanos hubiesen deseado que el reclutamiento se llevara a cabo en alguna ciudad en el norte del país, el gobierno mexicano consideró que una oficina cerca de la frontera provocaría un éxodo de aspirantes hacia esa zona, atrayendo la mano de obra que laboraba en las industrias del norte y perturbando así la economía nacional; de la misma manera, sería imposible controlar la salida sin contrato de los cientos que encontrarían más sencillo cruzar la frontera sin documentos, que enlistarse en el proceso de reclutamiento. De esta forma, el centro de contratación tuvo como sede las oficinas de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, pero ante la gran afluencia de aspirantes se optó por trasladarlo al Estadio Nacional, en la Colonia Roma, y más tarde a la Ciudadela, en la zona centro.²⁹ Algunos reportes de la prensa informaban sobre las muchedumbres que “invadieron” la Secretaría del Trabajo a los ocho días de que se anunciara públicamente la contratación: “el primer día se habían inscrito 104; el segundo 211, luego 542 y 565; 2 018 el pasado miércoles, 1 215 el jueves, y el viernes 1330. Las colas alcanzan hasta la esquina de las calles de López y la Avenida Juárez, y los solicitantes llegan a la Secretaría del Trabajo desde las 4 a.m.”³⁰

²⁹ Scruggs, *Op. cit.* p. 195.

³⁰ Roberto Lozano, “Los trabajadores migratorios” en: Blanca Torres Ramírez, *Historia de la Revolución Mexicana Tomo VII. México en la Segunda Guerra Mundial. Periodo 1940-1952*, vol. 19, México, El Colegio de México, 1979, p. 251.

El proceso iniciaba con la notificación por parte del gobierno norteamericano del número de trabajadores requeridos, y las autoridades mexicanas se encargaban de determinar la cantidad de braceros que podrían ser contratados y de qué zonas saldrían. En los estados de la República que habían sido autorizados, se llevaba a cabo una selección general de candidatos que se presentaban en las ciudades o pueblos; a pesar de ello, una enorme cantidad de personas viajaba directamente a la Ciudad de México, con la idea de asegurarse un lugar entre los elegidos.³¹ En el centro de reclutamiento, el aspirante –una vez que había constatado su ciudadanía mexicana–, debía probar que estaba apto y sano para desempeñarse como bracero agrícola, de manera que era entrevistado por representantes de las secretarías del trabajo de los dos países, quienes verificaban que la persona en cuestión tuviese experiencia en el trabajo del campo –muchas veces por medio de preguntas sobre los ciclos agrícolas, cosechas, técnicas, etc.; y revisando que las manos del candidato presentaran las callosidades propias de quien desempeña estos trabajos–. Acto seguido era sometido a un examen de su condición física: médicos mexicanos y norteamericanos comprobaban la ausencia de enfermedades como sífilis y tuberculosis, y aplicaban vacunas en contra de la viruela. Los candidatos debían luego ser “desinfectados” por lo que desnudos, se les rociaba de insecticida. Finalmente, si la persona había probado estar físicamente apta para ser contratada, se le extendía un certificado firmado por autoridades de Salubridad Pública de México y del Servicio de Sanidad Pública de los EU.³² Con ello el aspirante estaba listo para que su documentación migratoria fuera preparada; representantes de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social explicaban a grupos de 25 a 30 individuos las cláusulas del contrato, y finalmente éste podía ser firmado. El bracero recibía así su contrato –que básicamente era un resumen del convenio

³¹ Esto llegó a crear una situación de caos en la ciudad, incluso en el tiempo en que la contratación se hacía en el estadio, ya que miles de aspirantes a braceros abarrotaban los alrededores, y al no contar con un sitio para pasar la noche, dormían en las calles; dada la lentitud de los trámites burocráticos y el elevado número de personas que se presentaban para ser enlistadas, habla quienes debían pasar semanas enteras vagando en la ciudad en espera de su turno. Por ello, en 1944 fueron abiertos nuevos centros de contratación en Guadalajara e Irapuato. Galarza, *Op. cit.* p. 52.

³² Jones señala en su texto que a pesar de la gran cantidad de aspirantes que se presentaban, muchos eran rechazados en el examen médico; apunta que esto fue especialmente visible en los primeros meses de la contratación, pero que una vez que se conocieron mejor entre la población los requisitos para ser enlistados, la cifra de rechazados se redujo notablemente. Jones, *Op. cit.* p.7.

binacional, redactado en inglés y español-, y le era asignada una fecha de partida, con lo que se completaba el proceso de contratación.

Así, los braceros salían de la estación de ferrocarriles de Buenavista en la ciudad de México acompañados siempre del personal de la Administración de Subsistencias Bélicas, el cual se encargaba de su alimentación y atención médica. En muchos casos durante el trayecto se pedía a los trabajadores que se dividieran en grupos y nombraran un representante. El largo viaje les permitía conocerse un poco y organizar grupos afines según lugar de origen, edad, etc. Ya en los EU, los distintos grupos eran distribuidos en las asociaciones de productores agrícolas, en donde los granjeros acudían a recoger a los trabajadores que habían solicitado.

Los primeros braceros llegaron a Stockton, California el 30 de septiembre de 1942 para ser empleados en los campos de remolacha. Los siguientes grupos, fueron enviados principalmente a los estados de Arizona, Washington y Colorado; en los años siguientes, California continuó siendo el principal empleador de braceros contratados, y en 1944 más de la mitad de los casi 120 000 braceros que habían sido contratados para laborar en los campos agrícolas lo había hecho en este estado. En este mismo año y de acuerdo con el número de trabajadores contratados, a California le siguieron Montana, Washington, Oregon, Colorado, Michigan y Arizona.³³ Más de 650 contratistas individuales y asociaciones de contratistas emplearon braceros en diversas labores, entre ellas la cosecha de remolacha, tomate, granos de envase, cítricos, algodón, etc., y el trabajo en algunos ranchos; en los estados montañosos cerca de 12 000 mexicanos representaron casi la mitad de la mano de obra que sembró y cosechó la remolacha.

Como antes mencionamos, las empresas ferrocarrileras habían expresado junto con sus contrapartes agrícolas su interés en la contratación de peones mexicanos para el trabajo de mantenimiento de vías. Sin embargo, desde un principio los sindicatos ferrocarrileros se manifestaron claramente en contra del empleo de mexicanos y afirmaron que dicha mano de obra no era necesaria. Tal como sucedió con los empresarios agrícolas, la respuesta

inicial del gobierno fue negativa; la Comisión de Mano de Obra de Guerra y las autoridades de inmigración se declaraban contrarias al empleo de mexicanos en labores no agrícolas.

A las líneas ferroviarias les tomó más tiempo convencer al gobierno de la carencia de trabajadores y la forma en que ello afectaría la economía norteamericana en tiempos de guerra. Compañías como la Southern Pacific reclamaban que la demanda de transporte que la guerra generaba aunada al reclutamiento por parte del ejército de miles de sus empleados provocaban que la planta laboral fuese cada vez más insuficiente, y que la continuidad y efectividad de sus servicios —que resultaban cruciales debido a la estratégica localización de sus rutas en el Pacífico—, peligraba de no conseguirse la mano de obra requerida.³⁴ Con estos argumentos, esta Compañía elaboró una vez más en julio de 1942 una solicitud de trabajadores mexicanos que fue nuevamente negada.

Los sindicatos, en tanto, argumentaban que los bajos salarios eran la causa de esta falta de trabajadores, pues comparados con los ofrecidos en la industria resultaban bastante pocos, y durante este período de guerra aprovecharon la oportunidad para exigir un aumento en el salario mínimo.³⁵ En un intento por atraer más trabajadores, la Administración Federal del Salario por hora decretó un aumento general en el pago de los empleados ferroviarios, pero esta medida no arrojó resultados efectivos, ya que las remuneraciones en el trabajo industrial llegaban aun a ser el doble de lo percibido en las vías. A fines de 1942 la ineficacia de estas y otras medidas adoptadas para proveer de trabajadores a las empresas ferroviarias, llevó a algunos líderes sindicales a entablar una serie de pláticas con los directivos de las empresas en torno a la posibilidad de contratar mexicanos en los términos que resultaran convenientes a ambas partes.

Al mismo tiempo, la Comisión de Mano de Guerra basada en reportes de la Junta de Retiro Ferrocarrilero afirmaba que no había dentro del territorio nacional suficientes trabajadores para el mantenimiento que las vías requerían, por lo que esta instancia informó

³³ Jones, *Op. cit.* p.26-27. En total, este autor enlista nueve estados más además de los arriba mencionados en los que trabajaron los mexicanos: Nebraska, Minesota, Wyoming, Nevada, Utah, Dakota del Norte y Dakota del Sur.

³⁴ En 1943 los ferrocarriles tuvieron un tráfico corriente de más del doble que en 1939, y con tal solo un tercio más de empleados. Jones, *Op. cit.* p. 29

³⁵ Estos esfuerzos rindieron frutos en 1944, cuando se consiguió un aumento al salario mínimo de los peones de vía, de 46 a 57 centavos de dólar por hora, mismo que se hizo retroactivo hasta febrero de 1943 y que benefició indirectamente a los braceros que en ese entonces estarían ya contratados. Kirstein, *Op. cit.* p.30.

según el acuerdo inicial fue ampliada gradualmente a 20 mil, 40 mil y 50 mil en julio de 1944. A pesar de que la Southern Pacific y la Santa Fe, Topeka and Atchinson, fueron las compañías que más mexicanos emplearon, muchas otras empresas solicitaron trabajadores a la Comisión de Mano de Obra de Guerra, entre ellas la New York Central; New York, New Haven and Hartford; Western Pacific; Pensilvania; Northern Pacific; Chicago, Rock Island and Pacific; Texas and Pacific; entre otras. Hacia finales de 1943 la mayor parte de las compañías ferroviarias que participaron en el Programa Bracero ya se habían inscrito en el mismo, y con ello se hizo evidente el alcance nacional y no sólo regional de la contratación de peones de vía mexicanos. Por otro lado, los registros de algunas de estas empresas reflejan el grado en el que los braceros fueron importantes en el mantenimiento de vías: según un artículo publicado en *Business Week* en marzo de 1944, en la Southern Pacific el 72 por ciento (8 325 de 11 560) de los trabajadores de vía eran mexicanos; la misma situación se pudo observar incluso en compañías que originalmente habían calculado usar un corto número de braceros, como es el caso de la Pennsylvania Railroad, empresa en la cual los trabajadores mexicanos contratados llegaban a ser casi el 50 por ciento del total de obreros; en esta misma compañía cerca del 20 por ciento de los trabajadores de los talleres eran braceros mexicanos. La Northern Pacific muestra datos similares, al contar con 2 600 mexicanos en las vías, de un total de 5 800.³⁸

2.1.5 Un "sentimiento de crisis".

Debemos reparar por un momento en el hecho de que la nombrada escasez de mano de obra fue cuestionada en los Estados Unidos desde un principio por diversos grupos: las organizaciones de trabajadores agrícolas afirmaban que no era tan grave como los productores pretendían y que la verdadera intención detrás de sus peticiones era la de contar con una abundancia de mano de obra para mantener los salarios tan bajos como fuese posible y conservar el nivel de ganancias al que estaban acostumbrados. La contratación de braceros mexicanos se veía también como una medida más de los grandes empresarios agrícolas —lo que Galarza ha llamado *Agribusiness*—, en contra de la organización de los

³⁸ El artículo es citado en Kirstein, *Op. cit.* p. 43. Driscoll, *Op. cit.* p. 229. Los últimos datos se refieren al auge del programa ferroviario, en mayo-julio de 1945.

trabajadores del campo.³⁹ Se argumentó que en los EU había suficientes peones desempleados como para cubrir las cuotas necesarias durante las siembras y cosechas, y que el problema principal era la reticencia por parte de los productores agrícolas –y como veremos más tarde también de las compañías ferroviarias- a pagar salarios más justos. Diversos grupos de mexicano-norteamericanos se pronunciaban también en contra de la importación de fuerza laboral mexicana por temor a una caída en los salarios.⁴⁰

García y Griego, por otro lado, cita un estudio acerca de las condiciones de la labor agrícola en California en el que se advertía de la relatividad del término “escasez de mano de obra”; dicho concepto, nos dice, reflejaba más bien el interés de los productores en minimizar cualquier riesgo de pérdida de cosechas por putrefacción o debido a inclemencias del tiempo, por lo que se procuraba levantar la cosecha en un mínimo de tiempo empleando el máximo posible de trabajadores. En caso de que los productores hubiesen estado dispuestos a arriesgar un poco sus ganancias, la necesidad real de mano de obra habría sido menor.⁴¹

Por otra parte Robert C. Jones de la Unión Panamericana señalaba en un informe elaborado en 1945 que “pese a la insistencia en la absoluta necesidad de internar braceros mexicanos en el país para salvar las cantidades enormes de productos de la tierra, se ha demostrado que en Estados Unidos el problema real consiste en la mala distribución de la población trabajadora... debido en parte a la falta de un programa coordinado de ámbito nacional para el reclutamiento, transporte y educación del bracero agrícola”.⁴² En su texto nos deja ver que en su opinión no había habido una disposición real por parte de las agencias gubernamentales y de los grandes productores agrícolas en llevar a cabo dicho programa de distribución de la mano de obra, que en algunas zonas existía en abundancia mientras en otras escaseaba, y apuntaba los problemas administrativos que los trabajadores enfrentaban en caso de emigrar de un estado a otro de la Unión Americana siguiendo el ritmo de las cosechas. Jones reconocía sin embargo, que en tiempos de paz un incremento

³⁹ García y Griego, *The bracero policy...*, p. 89-90.

⁴⁰ Véase *Boletín del Archivo General de la Nación*, Tercera Serie, tomo IV, no. 4 (14), oct.-dic. 1980, p. 6 y 12-13.

⁴¹ García y Griego, “The importation of Mexican...”, p. 89-90 *apud* Loyd Fischer, *The harvest labor market in California*, Cambridge, Harvard University Press, 1953.

⁴² Jones, *Op.cit.*, p.45-46.

salarial sería suficiente para atraer a las labores agrícolas la mano de obra migrante que se encontraba dentro del territorio norteamericano, pero que en el período de contingencia bélica la industria de guerra había atraído esa fuerza laboral y así nos dice: “La importancia del aporte de los mexicanos ha sido aún más grande de lo que se puede colegir a base de su número, pues su concurso en momentos de crisis ha venido a salvar la situación cuando no se disponía inmediatamente de ninguna otra clase de mano de obra.”⁴³

Para el caso del trabajo en los rieles, Kirstein apunta que los bajos salarios percibidos por los trabajadores en este rubro fueron la principal causa de la escasez de mano de obra, que era en realidad un rechazo por parte de los ciudadanos norteamericanos a aceptar este trabajo tan pesado y mal pagado. Las estadísticas que presenta son relativas a septiembre de 1945, momento en que los soldados estadounidenses volvían del frente y comenzaban a colocarse en el mercado de trabajo nacional. Este autor apunta que miles de ex combatientes (36 por ciento del total al que se ofreció este empleo) habían rechazado el trabajo como peones de vía aduciendo que los bajos salarios eliminaban cualquier incentivo de trabajo en esta actividad; por lo que este autor concluye que de haberse ofrecido una remuneración más alta en estas labores, gran parte de la contratación de trabajadores mexicanos para las vías pudiera haberse reducido o eliminado. Sin embargo, este mismo autor recalca que fue en los años en que se desarrolló el conflicto bélico que el empleo de mexicanos fue realmente una medida de emergencia y afirma: “la importación de fuerza laboral mexicana no fue necesaria para satisfacer las necesidades del trabajo doméstico excepto durante la Segunda Guerra Mundial”.⁴⁴

El hecho de que el programa se prolongara hasta 1964 únicamente en el área del trabajo agrario parece dar la razón a aquellos que desde sus orígenes lo consideraron como una estrategia empresarial para abatir los salarios en las actividades agrícolas⁴⁵. Como

⁴³ Jones, *Op. cit.* p.27.

⁴⁴ Kirstein, *Op. cit.* p.28-30 y iii. *Cursivas de V.D.L.*

⁴⁵ Un aspecto importante del trabajo agrícola en los EU es la histórica falta de organizaciones laborales con suficiente fuerza para incidir en la protección laboral de los agremiados. Los salarios han sido tradicionalmente establecidos entre los mismos productores, con el único fin de evitar la competencia entre ellos mismos, sin que los trabajadores tengan una influencia importante en este proceso. No ha sido este el caso de obreros de fábricas y otro tipo de trabajadores como los ferrocarrileros, que desde varias décadas previas al Programa Bracero contaban con grandes sindicatos que protegían los derechos laborales de los

Galarza señalaba en su "Memorandum acerca de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos", los patrones norteamericanos se encontraban sumamente satisfechos con los braceros, pues de no haber sido por ellos, "los pizcadores mexicanos locales estarían exigiendo un dólar la hora en lugar de setenta y cinco centavos por el trabajo en el campo y la cosecha", por lo que con un toque de ironía concluye este autor que "los mexicanos no sólo lograron mover las cosechas vitales para el esfuerzo bélico, sino también les ahorraron a los agricultores la diferencia entre la presente escala de salarios y la que habría prevalecido a no ser por la mano de obra importada"⁴⁶

Lo anterior parece indicar que el programa de contratación de braceros mexicanos sirvió desde sus inicios para evitar el incremento salarial de los trabajadores locales –en particular los agrícolas– que la situación de guerra originaba, pero que al mismo tiempo funcionó como la solución más factible –incluso a los ojos del gobierno norteamericano–, para hacer frente a una apremiante necesidad de mano de obra.

A pesar de que esta tesis no se ha propuesto establecer el grado en que la mano de obra mexicana fue realmente necesaria en los EU, es importante señalar que de acuerdo con las fuentes consultadas, fue en todo caso durante la primera parte del Programa Bracero (1942-1947) que se pudo hablar de una escasez de mano de obra originada concretamente por la circunstancia de emergencia bélica, aunque quizá no en los términos que los grandes productores agrícolas manifestaron. No obstante, es importante para esta tesis tomar en cuenta que –como lo indica García y Griego– en 1942 existía en Norteamérica la percepción general de una inminente falta de trabajadores, idea que se propagó en varios estados de la Unión Americana y distintos sectores de la población;⁴⁷ Se puede incluso pensar que en muchos casos este sentimiento fue animado por las experiencias de los ciudadanos norteamericanos que colaboraron directamente en la recolección de cosechas como parte de

trabajadores. Como veremos más tarde, esta diferencia entre los ramos ferroviario y agrícola sería decisiva en el fin del programa bracero ferroviario y la continuación del programa agrícola.

⁴⁶ Ernesto Galarza, "Memorandum acerca de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos", Washington, 28 agosto de 1944. Publicado en *Boletín del Archivo General de la Nación*, tercera serie, tomo IV, no. 4 (14), oct.-dic. 1980, p.41

⁴⁷ Cuando en el estado de Oregon, previo a la firma del Programa Bracero, se pensó en crear un "ejército de mujeres" para que colaboraran en el trabajo del campo, en un mensaje por radio a la nación el secretario de agricultura norteamericano invitó a las ciudadanas de otros estados a seguir esta iniciativa y "ayudar a aliviar la crisis de mano de obra". Gamboa, *Op. cit.* p.29.

las medidas de emergencia adoptadas antes de la firma del Programa Bracero para evitar la pérdida de los cultivos.

Dicha percepción general de crisis de mano de obra llevó a la administración norteamericana a proponer ante su contraparte mexicana un acuerdo de gobierno a gobierno, entre naciones “amigas” que “luchaban por la misma causa”. Y como ha sido señalado por algunos autores, esta situación dio a México un poder de negociación en materia migratoria que nunca antes había tenido (ni tendría en el futuro) frente a los EU. Por vez primera el trabajador mexicano no estaba solo frente a los empleadores norteamericanos, sino que contaba –al menos por escrito, según lo estipulado en el acuerdo binacional y en su contrato individual- con el respaldo y protección de su propio gobierno y de las autoridades estadounidenses, con las que el estado mexicano se encontraba en un momento de óptima cooperación. Desde los primeros acercamientos previos a la negociación del acuerdo binacional, los EU mostraron disposición de proceder en gran medida con apego a las condiciones y términos impuestos por el gobierno mexicano.

Lo anterior se vio en más de una ocasión a lo largo de la primera fase del programa, como sucedió por ejemplo con la negativa que el gobierno mexicano expresó desde la firma del convenio a aceptar la contratación de trabajadores para el estado de Texas, en donde los problemas de discriminación hacia los mexicanos eran particularmente graves. Esta prohibición, que provocó el enojo de los productores agrícolas texanos, llevó al gobernador de este estado a entablar correspondencia con el secretario de relaciones exteriores en México, Ezequiel Padilla, con el fin de llegar a un acuerdo para levantar “el castigo” al estado sureño y formar una “Comisión del Buen Vecino”, que tuvo como objetivo “estudiar los actos discriminatorios y desplegar todas las actividades útiles para combatirlos”.⁴⁸

La expedición de la Ley Pública 45 en abril de 1943 proporciona otro ejemplo en este sentido; este decreto, por un lado autorizaba y reglamentaba la entrada de los braceros, y disponía que la Administración de Subsistencias Bélicas estuviese a cargo del Programa Bracero tomando el lugar de la Administración del Seguro Agrícola; por el otro, esta ley contenía una disposición en la que se permitía la contratación unilateral de trabajadores

extranjeros basada en la Ley de Inmigración de 1917, tal como había sucedido en la Primera Guerra Mundial. Ello dio lugar a que un buen número de empleadores, entre ellos varios oriundos del estado de Texas, se dirigieran a región fronteriza a contratar a los mexicanos que se aglomeraban en esta área con la idea de entrar a los EU sin documentos. Ante esta situación el gobierno mexicano expresó formalmente su desacuerdo frente a su contraparte en los EU y anunció que de no cesarse esta contratación de mexicanos fuera del programa, cerraría la frontera a la salida de todo trabajador nacional, con lo que el mismo Programa Bracero estuvo en peligro de desaparecer. Dado que, como apunta García y Griego, en estos primeros años el gobierno estadounidense estuvo dispuesto a ceder a las condiciones de México con tal de garantizar la continuación del programa, la respuesta norteamericana fue la suspensión de esta sección de la Ley Pública 45 en el caso de trabajadores mexicanos.⁴⁹

Es así como podemos observar que en los primeros años, las negociaciones y decisiones tomadas dentro del Programa Bracero mostraron una relación más equilibrada entre el trabajador y su patrón en relación con la migración de años anteriores. Como lo indicó Manuel Gamio al presidente Ávila Camacho en un informe confidencial de noviembre de 1944: “en términos generales, las condiciones de los braceros son incomparablemente mejores que las que observé al estudiar la inmigración mexicana en los EU desde 1927 a 1929... los braceros que entraron de contrabando... deben estar en muy mala situación porque no los protege el contrato, quedando sujetos al tratamiento que quiera darles el patrón”⁵⁰. Como veremos más adelante, dentro del mismo programa las condiciones de trabajo de los braceros cambiarían sustancialmente con los años, inclinando la balanza de poder nuevamente hacia los empleadores.

⁴⁸ “El esfuerzo de los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos es una de las formas de nuestra cooperación”, en *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores, septiembre 1942-agosto 1943*, Tomo I, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1943, p. 515.

⁴⁹ García y Griego, *The bracero policy...*, p. 116-118.

⁵⁰ “Informe confidencial que el Doctor Manuel Gamio presenta al señor presidente de la Republica, General Don Manuel Ávila Camacho, sobre la situación de los braceros mexicanos en Estados Unidos, prejuicios de que son objeto, etc, noviembre 22 de 1944, en: *Boletín del Archivo General de la Nación*, tercera serie, tomo IV, no. 4 (14), oct.-dic. 1980, p. 39.

2.2 Un programa “heroico”: el discurso / justificación que acompañó al Programa Bracero en su primera etapa.

2.2.1 ¿“Soldados de la Producción” o desempleados migrantes?

La migración laboral de trabajadores mexicanos a los EU no era, como ya lo hemos visto, una situación novedosa originada por la guerra; era un proceso que había iniciado décadas atrás y que hasta entonces no se había desarrollado del todo libre de problemas. A los ojos de algunos políticos de la época, este fenómeno era una circunstancia que tenía su origen en la desigualdad social y en la falta de oportunidades, situaciones ambas a las que los “gobiernos de la Revolución” debían dar solución.

Por ello, la propuesta estadounidense de un programa de contratación temporal de mano de obra fue recibida en México con actitudes ambivalentes; por un lado, se pensó que la emigración en masa de trabajadores representaba un peligro para la economía nacional, ya que esos brazos eran necesarios en la producción agrícola y la industria: los braceros eran parte de la “riqueza demográfica” que el país no debía perder⁵¹; pero por otro lado, la realidad que México vivía dejaba claro que la Revolución no “había hecho justicia” a todos; cientos de campesinos perdían cada día la esperanza de ser beneficiados por el reparto agrario, al mismo tiempo que en las ciudades abundaban los desempleados. Con el pesar de los políticos nacionalistas, era necesario reconocer que la situación económica nacional no se encontraba en condiciones reales de absorber la mano de obra disponible: al país le sobraban trabajadores y le hacían falta empleos.

Muchos veían que la migración hacia el norte se perfilaba ya como un fenómeno imposible de detener, como lo evidenciaba el gran número de mexicanos que se había trasladado a los EU desde que iniciaron los primeros rumores en México de que en aquel país se necesitaban urgentemente trabajadores. Se pensaba que estos migrantes que habían cruzado la frontera sin ningún contrato y sin estar amparados por ninguna ley, se verían sujetos a los abusos de los empleadores quienes podrían, como en los tiempos de la Primera

Guerra Mundial, deshacerse de ellos en el momento en que no los considerasen necesarios, dejando de nuevo al gobierno mexicano el problema de reacomodarlos en el apretado mercado laboral nacional. Por lo tanto, la decisión más apropiada era la de usar estratégicamente el proceso migratorio como una “válvula de escape” para el desempleo que aquejaba al país. Tal como apunta Roberto Lozano, ante las insistencias por parte de varios grupos políticos e individuos de que México necesitaba más que nunca sus trabajadores para contribuir a la producción nacional, “el Secretario de Agricultura sabía bien que había desempleo en el país, y se mostró más cauto o más realista al señalar que aquellos brazos se podían utilizar al ponerse en marcha el plan agrícola *que se tenía en mente*, pero dijo que los trabajadores podrían enviarse temporalmente para que regresaran cuando fuera necesario”⁵². Lo cual era prácticamente un reconocimiento de que en las circunstancias imperantes, no había posibilidades reales de empleo para todos en México.

La determinación que el gobierno de México debía tomar –teniendo en cuenta las enseñanzas del pasado y las recomendaciones de expertos como Gamio,⁵³ era la de supervisar y regular este proceso para garantizar a los trabajadores migrantes las mejores condiciones de trabajo y vivienda posibles, y evitar abusos por parte de los empleadores; de esta manera la migración representaría para México una fuente controlada de trabajo e ingresos.

No obstante, la participación del gobierno mexicano en el reclutamiento de sus ciudadanos para trabajar en el extranjero podría interpretarse como una forma de reconocer implícitamente el fracaso de un gobierno que no lograba cumplir con las “promesas y principios de la Revolución” en materia de justicia social; fracaso de la reforma agraria en otorgar a los campesinos una parcela de tierra; fracaso de una economía en supuesto crecimiento que no lograba absorber su propia fuerza laboral; fracaso de México como nación “que no era capaz de proveer a sus hijos de un lugar atractivo para vivir”.⁵⁴ Como apunta Lozano, refiriéndose al momento en que se firmó el convenio internacional: “no

⁵¹ Cabe anotar que se llegó a dar el caso de una falta de trabajadores agrícolas en México durante los años en que el programa estuvo en marcha pero fue un fenómeno muy local y que afectó de manera temporal a los estados de alta tradición migratoria como Jalisco y Guanajuato.

⁵² Lozano, *Op.cit.*, p. 251. Cursivas de V.D.L..

⁵³ *Vid. supra*, p. 34.

⁵⁴ Véase García y Griego, *The bracero policy...*, p. 103.

faltó quien viera la emigración como 'la condenación más clara del embuste de que con la política agraria ha mejorado la situación de los campesinos' ".⁵⁵

Ante este panorama, podemos decir que la situación de guerra y la previa relación de cooperación que existía entre México y los EU proporcionó el marco ideal para que el gobierno mexicano justificara ante la opinión pública y los círculos políticos el en-otras-circunstancias-indecoroso envío de los "nacionales". En lugar de verse como un vergonzoso fracaso, la salida de los braceros se cubrió de una ola de heroísmo, puesto que la cooperación de México en el programa estadounidense de "Alimentos para la Victoria" era vista como parte de su deber en la lucha continental por la democracia y en contra de las fuerzas nazi-fascistas.

Esta situación no resultaba extraña a la gente, dado que en el mismo Mensaje Presidencial a la Nación en que se anunció el estado de guerra en México, se hizo hincapié en el hecho de que México participaría primordialmente en la "batalla de la producción": "México está en aptitud de organizar su trabajo para contribuir de manera eficaz al incremento industrial de América, perfeccionando así la capacidad de resistencia del Hemisferio".⁵⁶ Por ello, el Programa Bracero fue considerado, según un texto de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social de 1946, como un "movimiento migratorio cuya más alta significación consiste en un esfuerzo de valor histórico dentro de la lucha de las naciones democráticas contra el fascismo; y define el papel que en el éxito de esta empresa desempeñaron los trabajadores mexicanos".⁵⁷

Si México había de proporcionar su ayuda en forma de fuerza de trabajo, los trabajadores mexicanos debían ser como consecuencia los protagonistas de esta historia, los "héroes anónimos" que "habían contribuido con su sudor para que no se paralizaran muchas actividades del frente doméstico"⁵⁸.

Una gran cantidad de discursos, textos y documentos elaborados en los círculos políticos del momento y años posteriores están llenos de esta retórica, tal como podemos

⁵⁵ Lozano, *Op. cit.* p.254.

⁵⁶ Torres, *Op. cit.* p. 103.

⁵⁷ Argoitia *et.al.*, *Op. cit.* p. 18.

⁵⁸ Alba, *Op. cit.* p. 14.

leer en un artículo escrito por el Senador Pedro de Alba, publicado en 1954 dentro de la última fase del programa (1951-1964):

...en algunas conferencias internacionales, cuando se hablaba de los contingentes para que la guerra se ganara, los mexicanos afirmábamos con plena autoridad que habíamos contribuido con más de 100 000 hombres, ya que nuestros trabajadores de granjas, fábricas, caminos, muelles y puertos habían hecho posible el envío al frente de los norteamericanos que antes se dedicaban a esas tareas. Los nuestros ayudaron a sostener la moral en el frente interior contribuyendo para el abastecimiento de los mercados y la expedición de las comunicaciones. Esta era una actitud correcta bajo el punto de vista internacional y siempre fue reconocido ese contingente nuestro para que se ganara la guerra. Por lo tanto, los braceros debían ser merecedores de la gratitud de propios y extraños porque habían formado un ejército de gañanes que sufrió muchas penalidades y que tuvo también pérdidas en sus filas.⁵⁹

En los EU este argumento fue reforzado desde el momento en que se firmó el acuerdo; el presidente Franklin D Roosevelt hizo énfasis en "la naturaleza militar del programa bracero como la forma de proveer de cultivos estratégicos para la causa democrática en la Segunda Guerra Mundial" y calificó al Programa Bracero como "un testigo elocuente del importante papel que México estaba jugando en la guerra de la producción alimentaria, de la cual depende el éxito de nuestro programa militar". Los peones de vía compartían con sus compañeros del campo esta "responsabilidad", pues según palabras de funcionarios norteamericanos "El transporte es hermano de sangre de la producción y de la acción de guerra."⁶⁰

Muchos de los documentos oficiales generados dentro del programa hacían especial énfasis en esta cuestión, comenzando por el "Contrato Individual de Trabajo" que firmaba y conservaba cada trabajador; dicho documento manifiesta en su declaración primera: "El gobierno de los Estados Unidos y el trabajador mutuamente desean que el trabajador se emplee ventajosamente en los Estados Unidos de América con el fin de resolver la presente escasez de trabajadores agrícolas en este país y para coadyuvar al éxito de la guerra".⁶¹ Un

⁵⁹ *Ibid.*, p. 12.

⁶⁰ Kirstein, *Op. cit.* p.15 y 32.

⁶¹ Documento proporcionado por Juan Saldaña Bravo uno de los ex braceros entrevistados. Existe un numeroso archivo en copias fotostáticas de los documentos conservados por miles de ex braceros que se han

folleto que fue distribuido entre los braceros titulado *Consejos a los trabajadores mexicanos que pasan a los Estados Unidos contratados por la War Food Administration (Administración de Alimentos en Tiempo de Guerra)*, impreso por el Departamento de Información para el Extranjero de la Secretaría de Relaciones Exteriores en 1944 explicaba:

México, al igual que los Estados Unidos, la Gran Bretaña, la Unión Soviética y muchos otros Estados que comúnmente se designan en la actualidad como las Naciones Unidas, se halla en guerra con Alemania, Japón y otros países que los ayudan con objeto de destruir las libertades del hombre.

El gobierno de los Estados Unidos tiene necesidad de llevar trabajadores agrícolas mexicanos, debido a que los norteamericanos se hallan actualmente en el ejército o en algunas industrias indispensables para obtener la victoria.

Así pues es necesario que los trabajadores agrícolas mexicanos se den cuenta de que al pasar a la Unión Norteamericana no sólo persiguen un lucro, sino que van en una misión patriótica. Esta debe ser la principal consideración que tengan presente y a ella ajustar su conducta.⁶²

Los trabajadores eran constantemente recordados de la importancia de dicha misión, desde que eran contratados hasta el momento de su salida. En mayo de 1943, cuando los primeros braceros ferroviarios partieron de la estación de trenes de Buenavista, el Secretario del Trabajo y Previsión Social, Francisco Trujillo Gurría despidió a los trabajadores con las siguientes palabras:

Ustedes constituyen la primera brigada de trabajadores de vía que van a cooperar al mantenimiento y extensión de las redes de comunicación de nuestros aliados en los Estados Unidos del Norte. Representan a uno de los elementos más eficaces con los que México cumple sus compromisos para

registrado dentro de la campaña de la Alianza Braceroproa, al cual tuve acceso y del que pude obtener varios materiales para esta tesis. Dado que el archivo no se encuentra catalogado de manera alguna, se cita únicamente como Archivo de la Alianza Braceroproa.

⁶² Departamento de Información para el Extranjero, Secretaría de Relaciones Exteriores, *Consejos a los trabajadores mexicanos que pasan a los Estados Unidos contratados por la War Food Administration (Administración de Alimentos en Tiempo de Guerra)*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1944, p. 3. Archivo de la Alianza Braceroproa. Cursivas de V.D.L.

ayudar a las democracias, a vencer las fuerzas de la barbarie. Desechen de su espíritu cualquier sentimiento de inferioridad, pues van a un país hermano, donde han sido abolidas las diferencias políticas y raciales. Lleven la frente muy alta, seguros de que cumplen con el máspreciado deber que corresponde a un hombre en estos momentos históricos. Son ustedes SOLDADOS DE LA DEMOCRACIA, SOLDADOS DE MÉXICO, que van a luchar con ese espíritu que vibra en todo mexicano.⁶³

La misma prensa reportaba, con cierto tono irónico que las condiciones de trabajo de los braceros eran buenas en general, pero que los mexicanos tenían que “pasar por ciertas penalidades como la falta de chile y sal, lo que compensan con la idea de que están sirviendo directamente a la causa de la democracia”.⁶⁴ Dentro de este contexto, los trabajadores mexicanos desempeñaban un papel especial como representantes de México en la lucha por la democracia: “y como esos braceros deben ser considerados *no como emigrantes*, sino como ciudadanos mexicanos en comisión, debe recomendarse a nuestros cónsules una atención especialísima, autorización y facilidades para que ejerciten sus derechos políticos de ciudadanos y el suministro de información periodística mexicana oportuna y completa”.⁶⁵

2.2.2 Finaliza la época de plena colaboración: la conclusión de la Segunda Guerra Mundial y su impacto en el Programa Bracero.

Tras la explosión de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, Japón presentó su rendición el 14 de agosto 1945. Estos acontecimientos anunciaron el fin del conflicto bélico y, de acuerdo con lo establecido en el convenio internacional, también la terminación del Programa Bracero. Sin embargo, el cese de las hostilidades en Europa y Asia no puso fin por completo al programa de contratación de mano de obra. Por el contrario, una nueva era daba inicio ya sin la justificación de la guerra, en la que fue contratado el mayor número de braceros y que se prolongaría por varios años más. Únicamente una parte del Programa Bracero terminó al volver la paz como había sido previsto: el reclutamiento de trabajadores mexicanos para las líneas ferroviarias de los EU concluyó en 1945 ante la presión de los

⁶³ *Excelsior*, 14 de mayo de 1943, p. 8. Junto al texto aparece una foto de decenas de braceros con banderas mexicanas de papel en las manos. Cursivas de V.D.L..

⁶⁴ *Tiempo*, No. 54, 15 de enero de 1943.

⁶⁵ *El Nacional*, 3 de febrero de 1947.

sindicatos ferrocarrileros. La guerra había finalizado, alegaban las organizaciones laborales, y miles de ciudadanos norteamericanos volvían del frente a ocupar los empleos disponibles, por lo que la crisis de “mano de obra” había concluido, argumento que contó con el apoyo de la Comisión de Mano de Obra de Guerra.⁶⁶ Las empresas ferroviarias en cambio elaboraban peticiones a favor de la continuación del programa, aduciendo que los trabajadores mexicanos serían necesarios por lo menos un año más.

A pesar de que, como antes mencionamos, muchos de los ex combatientes rechazaron el trabajo en las vías a causa de los bajos salarios ofrecidos, el argumento de la emergencia de guerra había dejado de ser válido y, por lo tanto, se consideraba un deber de las empresas ferrocarrileras proporcionar salarios lo suficientemente altos para atraer trabajadores a estas labores. De esta forma, el 30 de agosto de 1945 la Comisión de Mano de Obra de Guerra informó oficialmente a las compañías ferroviarias que el programa había llegado a su final; éstas últimas, junto con los directivos de las empresas y funcionarios de los dos gobiernos acordaron que los trabajadores regresarían a México gradualmente en un lapso de seis meses, según fuesen concluyendo sus contratos.

Muy distinto fue el destino del programa de braceros agrícolas, pues su contratación continuó hasta el año de 1964. El Secretario de Agricultura de los EU manifestó que incluso después del final de la guerra los mexicanos eran aun necesarios en varias partes de la Unión Americana, por lo que solicitó que el programa fuera extendido hasta el siguiente año. Tal como sucedía con las plazas disponibles en el mantenimiento de vías, los ciudadanos norteamericanos que volvían de la guerra y se reincorporaban al mercado laboral rechazaban terminantemente las faenas del campo, por las razones ya mencionadas. La situación fue prácticamente la misma para los productores agrícolas y las compañías ferroviarias: ambos se habían beneficiado largamente del trabajo temporal de los mexicanos; más allá de la necesidad de brazos como consecuencia de la guerra, hemos visto cómo el empleo de braceros resultó sumamente redituable y conveniente para los empleadores, incluso dentro de los términos del convenio. La mecanización de la labor agraria provocaba que los trabajadores fuesen requeridos en grandes cantidades únicamente

⁶⁶ Driscoll, *Op. cit.* p.236.

durante la cosecha, de forma tal que un programa de este tipo les aseguraba a los grandes agricultores la mano de obra ideal: abundante, barata y temporal.⁶⁷

La diferencia radicaba en que los trabajadores agrícolas no contaban con organizaciones laborales con la fuerza e influencia necesarias para demandar al gobierno norteamericano que se suspendiera la contratación de mano de obra mexicana; los sindicatos ferrocarrileros jugaron un papel clave en la terminación del programa, argumentando que la abundancia de mano de obra tendría como consecuencia la caída de los salarios y el deterioro en las condiciones laborales de los trabajadores. En el caso de la agricultura, las grandes asociaciones de productores tuvieron la última palabra.

De esta forma, la Ley Pública 269 extendió la duración del programa de trabajadores agrícolas hasta diciembre de 1946. Nuevas presiones de los agricultores hicieron que se expidiera un decreto similar (Ley Pública 521) que prolongaba las provisiones del programa de tiempos de emergencia bélica hasta junio de 1947, aunque las agencias federales encargadas de la administración del programa durante la guerra —la Administración de Subsistencias Bélicas y la Comisión de Mano de Obra de Guerra— dejaron de operar. Ello dio lugar al inicio de la segunda fase del Programa Bracero conocida como “de libre contratación”, en la que los empleadores estuvieron encargados directamente del proceso de contratación, sin la intervención de las agencias gubernamentales, y que se extendió hasta 1950.

Según nos dice Lozano, una vez desaparecida la razón que le había dado vida, en nuestro país “el nuevo programa había de justificarse como una contribución al alivio de la ‘crisis económica que afectaba a las Naciones Unidas’”, puesto que el gobierno nacional “se sentía obligado a contribuir a resolver la crisis alimenticia” que se vivía en el mundo.⁶⁸

Sin embargo, en México esta situación no pasaría desapercibida por aquellos que desde el inicio habían sido críticos del programa, y que lo habían visto más como una vergüenza para el país que como un acto de solidaridad continental. Tempranamente fue observado y expresado el hecho de que las condiciones bajo las cuales se negoció el programa y se claboró el acuerdo binacional terminaron con la guerra, por lo que éste debía

⁶⁷ Lozano, *Op. cit.* p.266.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 267-268.

llegar a su fin; algunos de los funcionarios oficiales cercanos al proceso de contratación en sus primeros años señalaban la necesidad de terminar con un programa que ya no tenía razón de ser, argumentando que el hecho de que las instancias gubernamentales encargadas del programa hubieran desempeñado un buen papel, no significaba que se debiera aceptar la salida masiva de la fuerza laboral mexicana “como una situación deseable y permanente. Por el contrario –se afirmaba- nuestro gobierno ha sostenido de manera invariable que la contratación organizada de nuestros trabajadores con destino al extranjero, solamente ha sido aceptada como arreglos transitorios, temporales y por el lapso preciso que dure la situación de emergencia que la justifica”.⁶⁹

El Programa Bracero, sin embargo, se prolongó por casi dos décadas después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Una gran parte de los textos escritos en México en torno al mismo centra su atención en la última fase del convenio, la cual dio inicio en 1951 y se prolongó hasta 1964; en la década de los cincuenta tuvo lugar el mayor número de contrataciones,⁷⁰ pero fue también una momento en que las condiciones laborales de los braceros y la protección que les garantizaba su contrato sufrieron un continuo deterioro, del cual dan cuenta un buen número de obras producidas tanto en México como en los EU. Las circunstancias históricas que le habían dado al gobierno mexicano un importante poder de negociación durante los primeros años del programa se desvanecieron junto con la guerra y con el cambio de intereses norteamericanos sobre México. Éste dejó de ocupar la posición de “privilegio” de la cual había gozado durante la guerra, y pasó a un segundo plano en la agenda norteamericana.

La mayor parte de los autores mexicanos que escribieron acerca del “Acuerdo sobre Contratación de Trabajadores Agrícolas Mexicanos”, como se le llamó oficialmente al programa a partir de agosto de 1951, se refieren a él como “el problema de los braceros”⁷¹.

⁶⁹ Véase: Martínez, *Op. Cit.* P. 68 y Calderón, *Op. cit.* p. 531.

⁷⁰ Para 1950 se registraron cerca de 400 mil salidas de trabajadores contratados. García y Griego, *The bracero policy...*, p. 87.

⁷¹ Véase entre otros:

- José Lázaro Salinas, *La emigración de braceros: visión objetiva de un problema mexicano*, México, [Cuauhtémoc], [1955].

- Pedro de Alba, *Siete artículos sobre el problema de los braceros*, (s.p.i.), 1954.

- Miguel Calderón, “El problema económico y social de los braceros”, en *México, Realización y Esperanza*, México, Ed. Superación, 1952.

Dichos autores vieron la migración laboral de mexicanos contratados en los EU como una evidente muestra del fracaso en el desarrollo económico y social del país, y como un fenómeno que reflejaba la magnitud del problema agrario nacional. Se hablaba de la falta de tierras cultivables, de los pocos ingresos de los campesinos, y se hacía énfasis en la necesidad de incrementar la industrialización y acelerar la economía en su totalidad como la única forma de retener el “nocivo éxodo” de trabajadores.

Mientras que para muchos allegados a los círculos políticos “el problema de los braceros [era] en último término un problema de dignidad humana y de decoro nacional”,⁷² quienes no habían encontrado mejor forma de subsistencia que la de migrar hacia los EU con un contrato en las manos –o incluso sin él-, abogaban de manera más pragmática a favor de que se continuara con esta práctica. Una vez concluida la guerra y en un momento en que parecía que el acuerdo entre los dos gobiernos finalizaría, un grupo de ex braceros demandó al gobierno que se llevaran a cabo los prometidos planes de industrialización y reparto de tierras o que en su defecto se negociara un nuevo convenio entre ambos gobiernos “ya que es de necesaria urgencia que se ponga fin al estado de miseria que reina dentro de nuestro campesinado y muy especialmente en aquellos que carecen de parcela ejidal”.⁷³

El fin de la guerra se llevó consigo la “gloriosa” justificación que el programa tuvo en sus primeros años y con ello saltaron a la vista las decadentes condiciones del campo mexicano que impulsaban al gobierno a exportar el excedente nacional de mano de obra. El

- Ignacio García Tellez, , *La migración de braceros a los Estados Unidos de América*, México, s/e, 1955.

- O.R.I.T., *La ORIT y el problema de los braceros mexicanos*, México, s/e, 1953.

- Mario Ojeda Gómez, , “Estudio de un caso de decisión política: el programa norteamericano de importación de braceros”, en *Extremos de México*, México, El Colegio de México, 1971.

- Luis G. Zorrilla, *La emigración de braceros y la economía nacional*, México, (s.p.i), 1963.

⁷² Alba, *Op. cit.* p. 29.

⁷³ Del Secretario General de la Alianza de Braceros Nacionales de México en los Estados Unidos de Norteamérica al presidente de la República Mexicana, Manuel Ávila Camacho, 27 de noviembre de 1945, en: *Boletín del Archivo General de la Nación*, tercera serie, tomo IV, no. 4 (14), oct.-dic. 1980, p. 17. Las promesas de un gran avance en la industrialización del país y de la profunda planeación del desarrollo agrícola fueron parte del discurso político de esos años que se relacionó con el Programa Bracero; en este sentido, el secretario de Relaciones Exteriores afirmó en agosto de 1943 que el empleo en los EU daba a los braceros la oportunidad de aprender nuevos procedimientos agrícolas, y que “el gobierno de la República ha planeado para el regreso de los trabajadores mexicanos el poder recibirlos en tierras preparadas para que puedan inaugurar su regreso a las labores del campo”. *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores*, septiembre 1942-agosto 1943, Tomo I, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1943, p. 516.

conflicto bélico había quedado atrás, y con ello los años de “amistad” entre México y Norteamérica en pro de la defensa continental. Los trabajadores mexicanos dejaron de contar con el “trato preferencial” del que gozaron en un principio, inclinando nuevamente la balanza de poder hacia los grandes agricultores norteamericanos, que a partir de 1951 contaron con todo el apoyo de su gobierno; ellos establecieron las condiciones bajo las cuales los mexicanos prestaron sus servicios durante los siguientes años, mostrando el poder que los *agribusiness* norteamericanos tuvieron y que hoy en día siguen detentando.

Por ello este trabajo se ha propuesto analizar la forma en que algunos ex braceros percibieron su trabajo en los EU durante el corto pero especial período de la Segunda Guerra Mundial, en el cual fueron vistos como una parte muy importante de la “contribución humana” de México al esfuerzo de los aliados. En el siguiente capítulo se analizan las entrevistas hechas a diez hombres que laboraron en los EU como peones de vía o braceros agrícolas, entre los años de 1943 y 1947.

CAPÍTULO 3: *SOLDADOS DEL SURCO Y DE LA VÍA*: EL PROGRAMA BRACERO VISTO POR SUS PROTAGONISTAS.

Hemos revisado los elementos a escala macro que dieron lugar al Programa Bracero: los antecedentes históricos, las relaciones entre México y los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, las negociaciones entre los dos países y la justificación que se dio al programa en su primera etapa como el aporte de México a la “lucha contra el totalitarismo”. En el presente capítulo nos ocuparemos de estudiar la forma en que algunos de los ex braceros partícipes de estos acontecimientos recuerdan su experiencia de trabajo en los EU: cómo se vieron a sí mismos dentro de este proceso; cómo entendieron su trabajo dentro de los EU; qué motivos los impulsaron a acudir al centro de reclutamiento; y en especial, cómo fue que el particular contexto de la guerra y el discurso patriótico alrededor del programa influyó en ellos. Consideramos que esta es una parte relevante en este proceso histórico, pues tal como tempranamente lo destacó Ernesto Galarza:

A causa del contexto político internacional, del convenio, del número de hombres que intervinieron, y de las duras impresiones de este país que los trabajadores mexicanos recibieron y siguen recibiendo, el programa de reclutamiento de mano de obra tendrá efectos a largo plazo, no menos importantes que el éxito obtenido como simple expediente de guerra.

Estas consecuencias afectarán principalmente las actitudes de los millares de trabajadores al regresar a su país y al influir en las opiniones de sus vecinos, sus amigos, las organizaciones a las que pertenezcan como trabajadores y como ciudadanos. *Los trabajadores al volver, mirarán las relaciones entre México y Estados Unidos después de la guerra, la cooperación interamericana y la política del Buen Vecino a través del prisma de su vivida experiencia personal.* Esta experiencia sólo puede descubrirse en pláticas personales con los hombres y con las personas que trabajaron íntima y continuamente con ellos.¹

¹ Galarza, “Memorandum...”, p. 41. *Cursivas de V.D.L.*

Más allá de los discursos oficiales, y de las palabras registradas en los documentos, las narraciones de estos señores nos permiten acercarnos al proceso de contratación de una manera más humana y centrada en el individuo. La historia oral nos permite arrojar nuevas luces al estudio del Programa Bracero pues esta disciplina ha sido definida como: “una metodología creadora o productora de fuentes para el estudio de cómo los individuos .. perciben y / o son afectados por los diferentes procesos históricos de su tiempo”.²

La historia oral ha sido particularmente útil en el análisis de los procesos migratorios pues los relatos de primera mano de los migrantes nos brindan la oportunidad de acceder a información muy rica que de otra forma podría ser inaccesible. La evidencia oral “proporciona un registro esencial de la historia oculta de la migración”³, y “permite comprender cómo las fuerzas sociales cambiantes impactan y dan forma a los individuos, y cómo éstos a su vez, responden, actúan y producen cambios en la amplia arena social”.⁴ Además, el testimonio personal que se obtiene a través de la historia oral permite conocer no sólo los acontecimientos que tuvieron lugar, sino los sentimientos y percepciones individuales de los migrantes mismos; es, como señala Isabelle Bertaux, tanto una descripción de las situaciones como una descripción de la reacción de las personas a dichas situaciones.⁵

Este elemento subjetivo que se aprecia en las entrevistas de historia oral –afirma Alessandro Portelli– medible o no es en sí mismo un hecho, un ingrediente esencial de nuestra humanidad, y adquiere una gran importancia cuando consideramos que la subjetividad –los sentimientos, fantasías, esperanzas y sueños– de individuos, familias y

² Ma. Del Carmen Collado Herrera, “¿Qué es la historia oral?”, en: Graciela de Garay (coord.), *La historia con micrófono*, México, Instituto Mora, 1994, p. 13.

³ Citado en: Alistair Thomson, “Moving stories: oral history and migration studies” en: *Oral History Society*, vol. 27, no. 1, primavera 1999, p. 26.

⁴ Rina Benmayor y Andor Skotnes: “Some reflections on migration and identity” en: *International Yearbook of Oral History and Life Stories, Vol. III Migration and Identity*, New York, Oxford University Press, 1994, p. 14.

⁵ Paul Thompson, Luisa Passerini, Isabelle Bertaux-Wiame y Alejandro Portelli: “Between social scientists: responses to Louise A. Tilly, en: *International Journal of Oral History*, vol. 6, No. 1, febrero 1985, p. 26.

comunidades delinean y nutren de información las experiencias migratorias, y es a su vez transformada por éstas.⁶

3.1 Las historias de la “bracereada”

A continuación presentamos los relatos de diez hombres, cuatro de los cuales prestaron sus servicios como peones agrícolas, cinco en el mantenimiento de vías y uno en ambas actividades, todos ellos braceros mexicanos que trabajaron en los EU durante los años en que se desarrolló la Segunda Guerra mundial e inmediatos posteriores.

*Mariano Chores Alarcón: “éramos los soldados de la agricultura y del ferrocarril”.*⁷

Nacido en 1919 en Santa Clara Coatitla, Estado de México, Mariano Chores decidió en abril de 1943 acudir al Centro de Contratación de Braceros en la ciudad de México después de haber escuchado entre sus compañeros de trabajo las historias de quienes habían sido contratados: “se hablaba como ahora de oídas: ‘no, que está muy bonito y que la gente es muy buena y que esto y que lo otro’”. Proveniente de una familia de comerciantes, el señor Chores se encontraba casado y con dos hijos al momento en que se registró como bracero. Él contaba con un trabajo estable en la industria de la serigrafía –ocupación a la que se dedica aun en la actualidad-, en el que su salario no era muy alto pero le permitía vivir tranquilamente; su motivación para conseguir un contrato por lo tanto, no fue económica sino tal como el mismo lo relata, se originó en el mero deseo de conocer EU: “¡se me alborotó el gusanito! [risa] y dije: –voy a ver de qué se trata. Entonces fui de una manera, digamos, casi inconsciente”. Acostumbrado a las labores arduas, no le inquietaba la idea de trabajar como bracero agrícola, y aunque no tenía familiares o amigo alguno que hubiese trabajado anteriormente en los EU, los comentarios de la gente en torno a la

⁶ Alessandro Portelli, *The battle of Valle Giulia: oral history and the art of dialogue*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1997, p. 82.

Thomson, *Op. cit.* p.29.

⁷ Entrevista con Mariano Chores Alarcón, Santa Clara Coatitla, Estado de México, marzo 2001

contratación lo animaron a buscar un lugar entre los seleccionados; a pesar de los falsos rumores que existían en esos días de que los braceros serían enviados al frente de batalla, el señor Chores no se atemorizó, pues la situación de guerra únicamente aumentó su deseo de ir a conocer y vivir una experiencia en “el norte”: “fijese que no tenía temor de irme por la guerra –afirma-. Pues *si yo lo que quería era pasar una aventura* más bien; o sea que muchos me platicaban o así se oía en pláticas que los mandaban a fábricas donde se fabricaban elementos bélicos y todas esas cosas, en el campo, en el ferrocarril, en la pesca de salmón, de sardina que para mandar al frente de batalla.”

Ese “espíritu aventurero”, como él lo llama, le hizo tener una actitud muy abierta en cuanto al trabajo que desempeñaría, pues iba dispuesto a tomar “lo que le tocara”. Así, contrato en mano llegó a Oslo, Minesota en mayo de 1943, en donde fue asignado junto con otros tres braceros a un rancho productor de betabel de remolacha. Recuerda que sus jornadas de trabajo duraban aproximadamente diez horas, seis días a la semana y los domingos podían acudir al pueblo a realizar sus compras, lo cual también les servía de esparcimiento y de contrapeso al aislamiento en que vivían el resto de la semana: “íbamos todos para distraernos en el pueblito aquel... era para distraernos porque todo el tiempo ahí en la granja esa, ni gente a quien ver ni nada”; narra que en este lugar logró desarrollar una buena relación con el granjero y su familia quienes después de un tiempo decidieron encargarse de la alimentación de los trabajadores y compartir la mesa con ellos (al principio, el señor Chores y sus compañeros debían organizarse para preparar sus comidas con las provisiones otorgadas por el granjero).

Cuando terminó la cosecha en este lugar, el señor Chores decidió renovar su contrato y fue trasladado a Arizona en donde trabajó en dos ranchos cuyos dueños sabía que eran italianos, pero a los que nunca conoció ya que como él mismo señala, eran agricultores a gran escala. En estos sitios –ranchos Sunshine y South Ranch- trabajó hasta principios de 1946 en la cosecha de vegetales como papa, zanahoria, brócoli y espárrago para las enlatadoras. Ahí vivió en “casas rodantes que desecha[ba]n del ejército” y en casas de madera que pertenecían a un ex campo de concentración; él recuerda que ambos sitios eran cómodos en general y estaban suficientemente equipados para albergar a los braceros; en su tiempo libre Mariano Chores gustaba de ir a cazar al desierto con algunos de sus

compañeros, o de visitar las ciudades cercanas de ambos lados de la frontera: Tucson, Phoenix, Nogales. Durante su estancia en estos lugares, el señor Chores tuvo también la oportunidad de suscribirse al periódico *La Opinión* de Los Ángeles, California, de lo cual se enteró por medio de una estación radiofónica en español y que le permitía mantenerse al tanto de los acontecimientos de la guerra; gracias a este periódico y a la radio se enteró de la existencia de cursos por correo y decidió suscribirse a uno de mecánica diesel, aunque no lo pudo concluir.

El señor Chores nos deja ver en su narración que desde el principio fue una persona interesada en conocer su contrato y que estuvo consciente de los derechos que éste le garantizaba, además de conocer a la persona indicada para atender las quejas de los braceros, que el señor Mariano identifica como un "representante del Departamento de Agricultura". En más de una ocasión él hizo uso de estos conocimientos para beneficio suyo y de sus compañeros braceros, como sucedió en Minesota cuando a falta de trabajo para los cuatro braceros contratados el granjero decidió que los emplearía por día, según se necesitara: "le hablé yo al representante de agricultura... la verdad no nos convenía: o que nos pagaban todo el contrato así como estaba, como habíamos firmado, o nos veníamos para México." O cuando en Arizona él y otros compañeros fueron enviados a ayudar a un cliente del rancho y decidieron abandonar ese trabajo ante el trato despótico del comprador; que el hecho de que su patrón los hubiera respaldado en este incidente -considera el señor Chores- no fue un mero acto de buena voluntad sino que simplemente estaba cumpliendo con las obligaciones a que estaba sujeto según el convenio binacional (asentadas igualmente en el contrato individual de trabajo): "Pues si porque si nosotros hubiéramos puesto nuestra queja al Departamento de Agricultura, a él lo hubieran amolado, porque la obligación o el contrato era trabajar con el patrón, no con los demás."

Esta misma conciencia de la protección y derechos que le otorgaba el contrato firmado en México fue la que lo detuvo en su intento de abandonar el trabajo como bracero para buscar un empleo en la industria pesquera: "francamente me retracté, porque había muchos inconvenientes: en primer lugar, desertar como quien dice del gobierno de aquí, para irse *pa' llá*, no. En segundo lugar, parece que ya los gobiernos ya lo dejaban a uno, se iba uno y ya se fue; si se murió, pues bien muerto, como no se supo mucho de aquellos."

Sin embargo, este conocimiento de sus derechos no le fue de ninguna utilidad cuando él y sus compañeros se enfrentaron a una situación de discriminación fuera del ambiente laboral, y el señor Chores relata este episodio con el enojo que los años no han podido borrar: hacia el final de su primer contrato él y los otros tres braceros con que trabajaba acudieron al pueblo de Oslo, Minesota, para hacer algunas compras. Para esos días el invierno había llegado a la región, por lo que el frío extremo ocasionó que el más grande de los cuatro braceros sufriera de un episodio de hipotermia; con el fin de ayudarlo a recuperarse, el señor Mariano y sus compañeros buscaron refugiarse de la nieve en un restaurante, del cual fueron expulsados, situación que se repitió pero de manera violenta en el siguiente local –un bar- al que trataron de acceder. Únicamente una pareja de judíos que hablaba español les ofreció ayuda y bebidas calientes.

Esta discriminación, según nos dice el señor Mariano Chores, fue la que impidió a una parte del pueblo norteamericano reconocer a los braceros como lo que fueron: *“éramos los soldados de la agricultura y del ferrocarril, los que estaban en el ferrocarril, los de la agricultura... pero nunca lo reconocían a uno como tal. La discriminación como le digo, la discriminación racial; entonces por eso nos veían como cualquiera... nosotros ocupamos el segundo lugar después del ejército, pero nada más de dicho, por supuesto, porque allá la discriminación es tremenda”*. Y es que en su opinión los braceros no eran *“Cualquiera”*: *“si no ha sido por los agricultores mexicanos –que fueron millones-, [los EU] no hubieran ganado la guerra tan fácil, les hubiera costado mucho trabajo”*.

Para el señor Chores como para algunos otros braceros esta situación fue evidente pues ellos mismos pudieron percatarse de la falta de trabajadores que había a su alrededor: *“en esa época como toda la juventud de allá estaba acuartelada, no había gente joven; andaban los que salían mal de la sangre, los lisiados, los que venían de la guerra que ya no podían trabajar, los veteranos... las mujeres andaban trabajando allá con sus tractores, unas hasta monjas y todo de chóferes, en todo andaban trabajando porque no había hombres para trabajar...”*.

Cuando el señor Chores afirma que así como fueron necesitados los braceros en aquellos años *“todavía los necesitan, porque el trabajo duro, el trabajo más fuerte lo hacen los mexicanos...”* nos sugiere que hoy en día él ve la historia de los braceros como parte de

una historia más amplia, la de los trabajadores mexicanos que se van a los EU en busca de un mejor salario y que son objeto de abuso y discriminación, situación que ellos vivieron entonces y que llega hasta nuestros días.

En su narración es evidente que el resentimiento provocado por las actitudes racistas dejaron una huella profunda y le dieron un sabor amargo a su etapa como bracero, pero además, es interesante notar algunas de sus vivencias de aquellos años en el momento le trajeron satisfacciones que a la distancia con vistas por él como un error; así sucede con el hecho de que a diferencia de otros braceros él no ahorró ningún capital, y que buena parte de su salario fue destinada al entretenimiento en su tiempo libre: “sí, la verdad sí fue un error...” afirma.

Pero también nos deja ver que él juzga su etapa de bracero basado en su opinión actual acerca de los EU y como parte de una larga historia de explotación de los trabajadores mexicanos y de intervención en los asuntos de México que continúa desarrollándose hoy en día; afirma sentirse arrepentido de haber sido bracero “por el trato que me dieron allá, y este otro que estamos recibiendo aquí por parte de ellos, de ver la ambición que tienen sobre nuestro país, ¿qué le parece a usted el corredor de Puebla... Panamá?, la bota de los malditos imperialistas donde quiera.”

Sin embargo, en su mismo relato es posible percatarse de que durante los tres años que él trabajó al servicio de los agricultores norteamericanos también vivió experiencias positivas; prueba de ello es ante todo el hecho de que para ser animado por la necesidad económica él renovó su contrato en repetidas ocasiones. Además, al ser cuestionado por los problemas laborales que él y sus compañeros enfrentaron en aquellos años nos dice que en general no fueron muchos: “fíjese que no, como le digo, no tuvimos problemas fuertes... no fuimos con el cónsul para nada.” Sus malos ratos tuvieron mucho más que ver con la discriminación racial que sufrió fuera del campo de trabajo que con las condiciones laborales como bracero; por ello decidió en 1946 que aunque él “quería andar en toda la Unión Americana” los incidentes de racismo le convencieron de que era tiempo de regresar a México, y nos dice: “ya que vi que de allá para el norte había mas discriminación, como en Texas, en Texas hay mucha discriminación, y en Oklahoma también... eso fue lo que ya me desanimó”, además de que él percibió que con el fin de la guerra, el trato que los

braceros recibían por parte de los norteamericanos se deterioró, con lo cual decidió que lo mejor era volver. Así terminó una etapa de su vida que para él inició como una mera aventura.

*Máximo Butanda Pérez: "llevábamos un título como de soldado"*⁸

Nacido en el estado de Guanajuato, el señor Máximo Butanda residía en la ciudad de México cuando iniciaron las contrataciones para el Programa Bracero; a pesar de que contaba con un trabajo como zapatero, en 1943 decidió probar suerte y acudir al centro de reclutamiento, en donde obtuvo un contrato de seis meses, que renovó para permanecer en los EU por un total de nueve.

El señor Butanda fue seleccionado para trabajar en una asociación de productores agrícolas cercana al Indio, California; ahí, él y sus compañeros fueron recibidos en grupos que habían formado durante el trayecto y les fue asignada una vivienda, que él recuerda como una "casa de campaña" muy cómoda y con todos los servicios necesarios. En este campo de trabajo laboró entre otras cosas en el desahije de betabel, diversas actividades relacionadas con el cuidado de los cultivos, e incluso en una empacadora de nueces.

El señor Butanda nos dice que regularmente trabajaba seis días por semana con jornadas laborales de diez horas diarias, finalizando sus tareas alrededor de las cinco de la tarde; recuerda que durante su "vida de bracero" pocas fueron las quejas que él o sus compañeros tuvieron y que presentaron ante las autoridades; quizá la más importante estuvo relacionada con la mala calidad de la comida que les servían, problema que se solucionó ante la protesta conjunta de los trabajadores, quienes decidieron nombrar un cocinero mexicano seleccionado de entre los mismos braceros. Desde entonces, la comida en el campo resultó "un alimento buenísimo" según se decía; después de comer, el señor Butanda y los demás braceros tenían la oportunidad de acudir a un salón en donde podían escuchar el radio, consumir algunos refrescos, y pasar el resto de su día cantando, jugando cartas e incluso, por si acaso alguien supiera cómo, tocando el piano. Sin embargo, para él estas distracciones ofrecidas a los braceros no eran suficientes, y es evidente que el aislamiento en que vivían en los campos de trabajo y la monotonía de las rutinas diarias

llegó a ser un elemento de incomodidad, que le hizo afirmar: “allá no hay nada que hacer”. En su narración señala haber echado de menos la “libertad” que tenía en México, de la cual sentía que en los EU no gozó, y que para él significaba tener la oportunidad de desplazarse libremente después de las horas de trabajo, cuestión que para los braceros llegó a estar muy limitada, sobre todo por la distancia entre los campos de trabajo y los pueblos de los alrededores, así como por la falta de un transporte propio y la obligación de dormir temprano.

A pesar de ello la narración del señor Butanda está cargada de comentarios que describen su tiempo en la “bracereada” como una experiencia en general positiva, como un período en el que los braceros recibieron un trato generalmente bueno; pero es importante señalar que él hace una distinción muy interesante cuando dice: “un servicio, pero fenomenal que teníamos nosotros los primeros braceros que llegamos. Una atención que teníamos...”. Con ello nos sugiere una conciencia de que la experiencia de trabajo en los EU no fue igualmente buena para todos los braceros contratados, y que fueron justamente los primeros quienes disfrutaron de mejores condiciones de vida y trabajo; de un mejor trato dentro del sitio donde laboraban -en donde afirma haber recibido “una atención tremenda” o “un servicio pero fenomenal”, refiriéndose al hecho de que les llevaban la comida en termos calientes-; o fuera de él: “a donde quiera que íbamos, pues un respeto absoluto”.

Para él, la condición de braceros que él y sus compañeros sostenían les granjeó ciertos privilegios como el de no ser acreedores a una multa por cruzar la calle a la mitad y no en la esquina; pero estas prerrogativas, en su entender, no venían del simple hecho de ser braceros, sino de que ellos llevaban un cargo especial: “íbamos como soldados”. “Nosotros íbamos contratados como braceros, a desempeñar lo de los campos, pero llevábamos un título como de soldado, no para ir a la guerra... lo que nos dijeron a nosotros [fue]: –ustedes van como si fueran soldados, pero van de braceros...”. Al preguntarle en dónde les dirigieron este mensaje, el señor señala que fue desde que salieron de México, en el mismo Estadio Nacional: “ya íbamos con eso, ya íbamos sabiendo”, afirma.

⁸ Entrevista con Máximo Butanda Pérez, marzo del 2001, Iztapalapa, D.F.

No obstante, el señor Butanda sufrió un accidente que le impidió continuar con sus actividades de “soldado del surco”, cuando al regresar de un paseo por Los Ángeles, el automóvil en que viajaba se impactó con otro vehículo ocasionándole una fractura en la mano derecha. Debido a este incidente se vio obligado a permanecer en el hospital por un período de tres meses, pasados los cuales volvió a sus labores, no en los campos agrícolas propiamente, sino en una empacadora de nuez en donde le fue asignado un trabajo menos pesado en consideración a su convalecencia. Al no recuperarse por completo de este percance, el señor Butanda decidió regresar a México una vez concluido su contrato con la idea de buscar atención médica para su mano; fue de esta forma como finalizó el episodio de su vida que él mismo ha llamado “la vida de bracero”, que para el señor Butanda no es sino una muy pequeña parte de su historia.

José Pablo Miramontes: “estaba tapado de a tiro...”⁹

Nacido en Momax, Zacatecas, en 1924, José Pablo Miramontes llegó al centro de contratación de braceros ferroviarios en Querétaro acompañado de un allegado de la familia con la que se crió, luego de que esta persona sugiriera a sus familiares adoptivos que le permitieran ir con él “al norte”. Huérfano y sin gozar de una relación especialmente cálida con sus parientes adoptivos, a José Pablo no le fue difícil despedirse de ellos y partir, más como una aceptación pasiva de los planes que otros habían hecho para él que como una iniciativa propia. A sus veintiún años, nunca había salido de su lugar de origen ni siquiera para ir a la capital de estado, aunque por los comentarios que hacía la gente de su pueblo con alguna experiencia migratoria, el señor Miramontes se imaginaba los Estados Unidos como “una ciudad muy grande”, “sin campo”: “allá oía yo las personas mayores: que Chicago, que Chicago; sí me imaginaba yo que sería alguna ciudad como lo es, es una ciudad grande...”.

El señor Miramontes obtuvo su contrato en los últimos días de diciembre de 1944, e inició su trabajo en enero de 1945. Él recuerda que en aquel momento el temor de ser enrolados como soldados era bastante fuerte entre los aspirantes, y que por lo mismo “casi

andaban rogando porque no quería la gente irse”; esta aprensión generalizada le causó un cierto escepticismo, pues él consideraba que no era posible llevar al frente a gente sin experiencia: “... y yo pues francamente dije: no pues eso es una mentira, dije; ¿a poco si yo no se agarrar un arma me van a meter a mi a...? *nooo*, mentiras!”

Los recuerdos de su primer contrato como bracero están fuertemente marcados por la novedad que este viaje le significó; José Pablo fue empleado en el estado de Wisconsin, y sus alrededores; durante su estancia en esta región tuvo la oportunidad de visitar la ciudad de Chicago, Illinois, en compañía de otros braceros algunos de los cuales habían estado ahí antes; en ese entonces él no sabía leer lo cual hacía que el explorar la ciudad sin compañía alguna fuese toda una aventura; en su narración se percibe la desconfianza y temor que le inspiraba la gran urbe: “entonces los ratos que no había con quién salir, salía yo así a la esquina, fijándome bien –porque yo no conocía nada las letras- las conocía, pero no sabía que decían... *’tons* caminaba poco otro día, caminaba otro cachito más y así, y así, me regresaba. Me ponía listo, ponía señales... ¡ya mero me fijaba en los perros que vienen!: ¡no, pues es allí donde está un perro echado! [fuertes risas], ¡¿a poco todo el tiempo va a estar el perro echado allí?! Pero yo me fijaba en cosas así”.

José Pablo trabajó en el mismo campo ferroviario de la “compañía Milwaukee”¹⁰ por once meses; él recuerda que al principio los braceros estuvieron inconformes con la calidad de los alimentos proporcionados en el carro comedor de dicho campo. A pesar de las constantes quejas presentadas ante el intérprete, la situación no mejoró y el descontento llegó a un punto extremo cuando varios de los trabajadores se enfermaron del estómago sin recibir ninguna atención por parte del intérprete encargado de ellos; esto provocó que un grupo de braceros, entre ellos el señor Miramontes decidieran tomar la justicia en sus propias manos y se dirigieran él en una especie de ultimátum colectivo; el incidente desembocó en la intervención de la policía y José Pablo, que había sobresalido como líder de los “quejosos”, fue aprehendido y llevado a la cárcel por unos días.

Lo anterior nos deja ver un momento de choque entre algunas costumbres de los trabajadores contratados y la cultura norteamericana: para los braceros, y en particular para

⁹ Entrevista con: José Pablo Miramontes, marzo 2001

¹⁰ Posiblemente la Chicago, Milwaukee and Pacific Company.

el señor Miramontes el camino más viable fue solucionar este conflicto sin mediación alguna. Ante la indiferencia del intérprete que les había sido asignado en el campo de trabajo, no había más remedio que actuar directamente, pero en el contexto norteamericano le costó un inmediato arresto. El asunto se complicó cuando se descubrió que el señor José Pablo cargaba una daga que había comprado en EU, a pesar de saber que cargar con un arma blanca estaba penado; pero tal como él lo explica: "... impuestos a como acá, acá así cargaba uno su daguita, su cuchillito, lo que sea, y ese día lo traía." Después de permanecer en la cárcel por tres días, la presión que ejerció un grupo grande de trabajadores sobre el intérprete logró que este último se encargara de la liberación del señor Miramontes; él señala, sin embargo, que a pesar de este incidente la calidad de la comida no mejoró en mucho.

José Pablo recuerda con detalle las faenas que realizó como peón de vía, y de acuerdo con sus memorias este trabajo no fue excepcionalmente extenuante, pues según señala, en México los campesinos como él estaban "impuestos a trabajar", y en México su trabajo era incluso más pesado: "aquí si era friega desde que sale el sol hasta que se mete... y en el campo, pues en el campo sí se trabaja...", mientras que las jornadas en el ferrocarril eran de ocho horas diarias, y con descansos todos los domingos. José Pablo recuerda que su salario como bracero no era una gran cantidad en dólares, pero le permitía comprarse ropa y sobre todo, enviar dinero a sus familiares adoptivos en México, a quienes pidió que lo invirtieran en la compra de maíz. Recuerda con gran precisión la paga por hora que obtenía (57 centavos) y el tipo de cambio de aquel entonces (\$4.80 por un dólar), lo cual hacía rendir los dólares que enviaba a sus parientes.

Las imágenes de la guerra que integra en su relato tienen que ver con los trenes cargados de soldados que veía pasar continuamente. Las noticias del conflicto bélico le llegaban a través de los radios que algunos braceros poseían y gracias a las traducciones de aquellos que entendían un poco de inglés. En aquellos años recuerda el señor José Pablo haber visto muy pocos trabajadores norteamericanos jóvenes, pues la mayoría era gente de edad avanzada: "todos los jóvenes, los buenos para la guerra tenían que andar por allá, entonces hasta en el trabajo había pocas personas mayores, y pues allí puros viejitos". Ello le confirmaba lo dicho por el intérprete que fue asignado a su tren durante el viaje desde

Querétaro hasta Wisconsin, en el sentido de que los braceros iban a sustituir a los trabajadores norteamericanos que estaban enrolados en el ejército. Por ello, no le sorprendió que su contrato terminara con el fin de la guerra.

José Pablo regresó a los EU en la década de los cincuenta como bracero agrícola, y fue contratado en Arkansas y California; sus recuerdos de estas ocasiones no son gratos, y los distingue de la primera contratación como un tiempo evidentemente más difícil, en el que los braceros tenían que esperar hasta un mes para recibir contratos de cuarenta días y porque entonces el trato que les dieron no fue el mismo que en los años de la guerra “entonces sí nos trataron mal”, afirma.

Al recordar esta parte de su vida a la distancia, después de haber trabajado en EU en varias ocasiones y de haber vivido en un ambiente urbano –la ciudad de México- por muchos años, él se ve a sí mismo como una persona que salió de su pueblo con un mundo muy reducido: “estaba *tapado de a tiro*... ahora estoy más tapado porque ahora no veo nada!”¹¹ [risas] pero entonces mentalmente también.” Él confiaba en que la persona con quien viajaba –que contaba con varias experiencias laborales en la Unión Americana, incluso antes del Programa Bracero-, le serviría de guía en su destino final de trabajo: “sí, porque yo iba pues atenido a él, iba yo así muy *humildito*, pues no sabía yo nada, ¡pues *tapado de a tiro!*”. Esta experiencia de trabajo en los EU le dio la oportunidad de conocer otros ambientes, otras posibilidades de vida más allá de las que se le presentaban en su pueblo.

*Liborio Santiago Pérez: “estábamos también nosotros en pie de guerra”.*¹²

Originario de Santos Degollado, un pequeño pueblo del municipio de Etlá, Oaxaca, Liborio Santiago supo del reclutamiento de braceros en una visita que hizo a la ciudad de Oaxaca. Huérfano, soltero y dedicado a las tareas del campo, a sus 19 años tomó la decisión de dejar no sólo su pueblo natal -del que nunca había salido- sino su país, con el fin de prestar sus servicios como bracero agrícola en los Estados Unidos. Para el señor Liborio el Programa Bracero significó la realización de sus anhelos de salir de Etlá y conocer otros

¹¹ Se refiere a un problema de salud que le ha hecho perder la vista casi por completo.

¹² Entrevista con Liborio Santiago Pérez, marzo del 2001, Tlalnepantla, Estado de México

sitios, deseos que se habían frustrado cuando no fue seleccionado como uno de los conscriptos que hacían su servicio militar fuera de Oaxaca. Por ello, cuando se enteró de las contrataciones, buscó de inmediato un lugar entre los seleccionados: “yo deseo salir de mi tierra, a ver qué aires me... pueden tocar”.

Él pensaba que los EU le permitirían llevar a cabo sus planes de conocer otros lugares, otras formas de vivir distintas a la que él había llevado hasta entonces y en las cuales no veía un futuro promisorio: “porque más que nada la provincia es muy dura, trabaja uno mucho y pues no tiene una opción de hacer un progreso de tener dinero o equis, entonces la ambición de uno, pues salir uno de su tierra, e ir a otras partes que es donde se puede uno superar.”

Con estas ideas el señor Santiago partió de Oaxaca con rumbo a Irapuato, Guanajuato, en el año de 1944¹³; ahí recibió su contrato, a pesar de que inicialmente lo consideraron demasiado joven –pues la edad mínima que se requería era veintiún años-. La explicación que él nos ofrece sobre la decisión final de las autoridades del centro de reclutamiento resulta muy interesante: “necesitaban tanto la gente que pues ya no me pusieron peros y me dieron mi contrato y me fui.”¹⁴ Y así, luego de probar su experiencia en las labores del campo respondiendo a las preguntas obligadas –“que si era uno campesino, y qué guarnición llevaba la yunta de bueyes, y cómo trabajaba uno el terreno, y cómo se levantaban las cosechas, cuándo se sembraba el frijol, el trigo...”- tomó su tren hacia la Unión Americana “a puro valor mexicano”, pues al saber que la guerra “estaba en su apogeo” Liborio –como muchos otros trabajadores- llegó a considerar la posibilidad de que los braceros fueran enganchados como soldados: “muchos estábamos indecisos... había rumores de que nosotros íbamos a la guerra”, y en su opinión eso hacía que el trabajo en los EU fuera rechazado por un buen número de personas: “mucha gente le rehuía por la cuestión que decían que los iban a mandar al frente”.¹⁵

¹³ Aunque el señor Liborio no recuerda con precisión la fecha, señala que pudo haber sido 1942, pero en este año el centro de contratación en Irapuato al cual se refiere aun no existía, y fue abierto precisamente en 1944, por lo que considero que fue en este año cuando él fue contratado por primera vez.

¹⁴ Esta idea de que los braceros eran sumamente necesarios en los EU en los primeros años del programa es repetida más adelante, cuando el señor Liborio recuerda su relación con los patrones.

¹⁵ Esta parece ser una memoria compartida con el señor Miramontes. *Vid supra* p. 81.

Y es que tal como él lo señala estos rumores eran alimentados por las personas a su alrededor, ya que en las estaciones del tren por donde pasaban “se salía mucha gente y ya nos echaban la bendición, y por ese simple hecho [los braceros] se sugestionaban, decían: –no, pues cuándo voy a volver.” A pesar de que hoy puede fácilmente afirmar que “era mentira todo eso”, en aquellos años le asaltó la duda, aunque en menor grado que a aquellos que vio desertarse en el camino; sin embargo, él concluyó al igual que el señor Miramontes que los braceros no podrían ser elementos de combate útiles dada su falta de entrenamiento: “no lo van a llevar a uno para que lo maten a boca de jarro, necesita ir uno preparado, entrenado”, aunque en los momentos de temor adoptaba una actitud un poco más resignada: “pues ya qué, ya lo que Dios diga, ya va uno decidido”.

Con todo y estos temores, él señor Liborio advirtió y conservó entre sus recuerdos de esta experiencia el hecho de que una vez contratados y en camino a los EU, las autoridades norteamericanas estaban encargadas del bienestar de los braceros: “porque ya si en un accidente –que no lo quiera- pudiera tener alguien, ya estaba uno a responsabilidad de ellos.”

Una vez en suelo norteamericano, el señor Santiago fue asignado a una granja de ganado vacuno en Santa Rosa, California, en donde llevó a cabo diversas actividades desde el desazolve de los canales de desagüe, hasta la preparación del alimento para el ganado; posteriormente trabajó en un campo semillero y en la recolección de uva y ciruela para conservas. Recuerda que en general sus condiciones de vivienda y trabajo fueron aceptables, a pesar de que se enfrentó a cultivos y técnicas novedosos, como el *desahije* de betabel, que él mismo como campesino no conocía en México. Ello no le impidió salir adelante en el desempeño de sus labores, y pronto le redituó en lo que él había añorado: un salario con el cual pudo “vestirse bien”, “comer bien”. Recuerda haber tenido una buena relación con sus compañeros de trabajo, y no haber sufrido nunca un incidente de racismo, aunque admite que existía una cierta desconfianza hacia los mexicanos en las tiendas, lo cual en su opinión se justifica porque las “mañas” de algunos que entraban a robar dejaron un mal precedente para los demás. Además de que los mexicanos –asienta el señor Santiago-, no se encontraban segregados en la forma en que lo estaban la población negra, y que en los lugares públicos se les permitía la entrada junto con los anglosajones.

Es importante señalar que para Liborio el trato digno que recibieron los braceros por parte de los norteamericanos, tanto de los habitantes de pueblos y ciudades, como de los patrones con los que laboraban se debía a su condición de trabajadores que colaboraban en el esfuerzo de la guerra: “pues nos dieron un lugar más o menos como debe de ser, no con discriminación, al estar trabajando nosotros estamos *por una causa* y no había problemas con todos los que estábamos allá”; por ello mismo afirma: “yo nunca tuve problemas con los patrones, porque ellos estaban muy conscientes de que necesitaban el trabajo que hacía uno, nada de que le pusieran peros a uno...”. En su narración es muy claro el papel que en su opinión tuvieron los braceros en el conflicto armado: “aunque no agarramos las armas fuimos parte de la guerra por la cuestión de ir a recoger las cosechas, sembrar en parte lo que podíamos y recoger cosechas para que se alimentara el pueblo norteamericano”¹⁶ y ello –nos dice el señor Liborio- era sabido por algunos de los braceros: “muy ignorante sería aquel que no supiera a lo que estaba, nosotros estábamos conscientes porque inclusive estábamos también nosotros en pie de guerra, porque estábamos allá y estábamos trabajando para que se alimentara el pueblo norteamericano, si no por nosotros, ¿qué iban a hacer?, ¿quién les iba a levantar las cosechas?”.

El señor Santiago continuó yendo a los EU como bracero una vez terminado el conflicto armado y de hecho sólo dejó de enlistarse cuando no hubo más oportunidades de conseguir un contrato, en la década de los sesenta; no fue de su interés trabajar en la Unión Americana sin el amparo de un contrato, pues sabía que estaba a merced de las autoridades de migración, que él recuerda muy estrictas; ello nos permite, como sucede con el señor Chores, distinguir en las memorias de Liborio Santiago los cambios que percibió en su etapa de bracero durante la guerra, y en los años posteriores; en su caso, un aspecto digno de notar es que las oportunidades de obtener un contrato durante la guerra eran más amplias que en los años posteriores.

De esta forma, la oportunidad de haber trabajado en los EU durante los primeros años del Programa Bracero le dejó al señor Liborio un recuerdo de orgullo por haber tomado una decisión que en aquel momento parecía muy riesgosa, tal como él lo indica:

¹⁶ *Ibid*

“yo estoy muy contento, que pues me haya jugado una aventura, en aquel momento tan crítico, tan peligroso, tan difícil”.

*Aurelio Torres Martínez: “soldados de la guerra, pero en la agricultura”.*¹⁷

En el año de 1942, Aurelio Torres Martínez, joven de veintiún años, soltero y oriundo de Pénjamo, Guanajuato, supo a través de sus vecinos del rancho en que vivía que estaban contratando braceros para trabajar en los campos agrícolas de EU. Animado por el deseo de mejorar la difícil situación económica de su madre viuda y sus hermanos, luego de que la familia fuera despojada de las tierras que el reparto agrario le había otorgado, partió hacia el centro de reclutamiento en la ciudad de México, que en aquel momento se encontraba aun en el Estadio Nacional.

Al tomar esta decisión, Aurelio recuerda no haber tenido “ni idea de nada” en relación con la vida en los EU y con el posible trabajo que desempeñaría, puesto que para él “la cosa era ganar dinero”; sin embargo, el señor Torres compartió con los otros candidatos a braceros los temores que la situación de guerra despertaban. Al igual que lo recuerda el señor Liborio Santiago, Aurelio señala que las personas a su alrededor estimulaban estas sospechas: “ya desde que salía el convoy para allá ya decían: -se los van a llevar a la guerra... las gentes acá, se quedaban [pensando]: ‘po’recitos’... y los compañeros también pensaban... que nos íbamos a... que llegando allá nos iban a embarcar al barco o avión lo que sea, o ferrocarril, pero a la frontera y... para embarcarnos a la guerra, que entonces estaba muy fuerte”.

Dominando estos temores Aurelio Torres abordó el tren que lo llevaría al estado de Montana en donde él y otros seis trabajadores fueron asignados a un rancho cercano a Sydney en el que se encargaron de los sembradíos de remolacha y realizaron actividades diversas de ayuda al granjero, que era el dueño de la plantación y con quien el señor Aurelio mantuvo una buena relación incluso fuera de las horas de trabajo; pese a ello, las faenas de recolección de betabel son recordadas como sumamente pesadas, y él nos dice que los braceros mexicanos eran los únicos que estaban dispuestos a realizar este trabajo,

pues ni los trabajadores anglosajones ni los negros lo aceptaban: “si porque... [estaba] empinado todo el día; yo llegaba a la... por decir algo a la cabecera que le nombramos acá, al final donde estaba los bordos estos de la regadera... me la ponía acá en la espalda para descansar, porque estábamos encorvados siempre; nomás así, de repente se enderezaba uno así pero volvía otra vez a la misma posición, pues era terrible.”

Posteriormente fue trasladado a Minnessota, estado en el que cosechó elotes dulces y chícharos para las empacadoras; en este se desempeñó también como ayudante de cocinero; sus últimas actividades como bracero agrícola las llevó a cabo en Colorado y Iowa. En todos estos lugares recuerda haber tenido un lugar limpio para vivir, ya fuese en una “casa campestre”, con otros braceros, o en grandes dormitorios del campo de trabajo.

Sobre su trabajo en el campo, el señor Torres nos dice que a pesar de no haber tenido ninguna experiencia previa en estas labores –como hijo del administrador de una hacienda en Pénjamo siempre había estado cerca de estas faenas pero nunca las desempeñó directamente sino hasta ser contratado como bracero-, y de que inicialmente sus compañeros de labor se burlaran de él, rápidamente logró aprender sus tareas y consiguió el aprecio de sus patrones.

Finalizado su contrato en la agricultura, regresó a México en 1943 con el ánimo de volverse a enlistar, y en esta ocasión fue seleccionado como peón de vía. En Querétaro el señor Aurelio obtuvo un nuevo contrato para laborar en el mantenimiento de vías de la empresa ferrocarrilera Southern Pacific. Durante su estancia en este campo de trabajo – localizado cerca de los poblados de Caliente, Beaville y Tehachapi, California- Aurelio habitó en una casa que compartió con otros braceros. En el aspecto laboral, él no recuerda que hubiera ninguna queja frecuente entre los braceros; personalmente, su desempeño en el mantenimiento de las vías le valió un ascenso como ayudante del mayordomo, cargo en el que su salario aumentó de los 57 centavos por hora que como el resto de los braceros ganaba inicialmente, a 87 centavos: “en ese entonces casi pocos nos dábamos cuenta de los sueldos, de los sueldos que pagaban allá... cincuenta y siete centavos la hora pues... una barbaridad, ¿no?. Después cuando yo agarré esa situación del ayudante, de ayudantía pues ya me subieron a ochenta y siete... por eso me decía el mayordomo: –no enseñes tu

¹⁷ Entrevista con Aurelio Torres Martínez, marzo de 2001, México, D.F

cheque”.¹⁸ Él señala que a pesar de esta diferencia, no se suscitaron problemas, puesto que “muchas gente va, y se conforma con lo que le pagan, no protesta”.

A pesar de esta diferencia salarial –ignorada por la mayoría de los braceros-, en opinión del señor Torres, la labor en el ferrocarril resultaba más atractiva que el trabajo agrícola debido a la regularidad y seguridad del salario recibido, que no dependía en absoluto de las condiciones ambientales o de la abundancia de las cosechas: “allá teníamos un horario, y ese horario tenía su tarifa.”

En cuanto a la relación de los braceros con el conflicto armado que tenía lugar en aquel momento, el señor Torres nos dice que los braceros eran “*soldados de la guerra, pero en la agricultura para darles de comer a aquellos*”. Él afirma que entre los trabajadores contratados había muchos que estaban conscientes de ello, pero que muchos otros no lo estaban, en particular aquellos originarios de regiones rurales apartadas que en ocasiones hablaban pobremente el español. En opinión del señor Aurelio, la única “noción” que estos trabajadores tenían era la de cómo llevar a cabo su labor, la cual no parecía tener mayor significado que el de ser un trabajo más. Él, sin embargo, sí consideraba que los braceros estaban colaborando en este esfuerzo, pues recuerda que la misma radio en los EU así lo mencionaba.

Un incidente relatado por el señor Torres nos permite observar la conciencia que él tenía acerca de la importancia de los trabajadores mexicanos y cómo ello debía repercutir en el trato que los braceros recibían; estando en Colorado, Aurelio Torres y otro bracero originario de Jalisco acudieron a un restaurante en donde el dueño del lugar se negó a darle servicio a éste último: “a ti sí, pero a él no”, le dio a entender al señor Torres: “como no sabía español el *gringo* éste, nomás hacía la seña que no, que a él no...”. Él sabía que el gobierno mexicano había enviado un inspector para supervisar que el trabajo de los braceros se desarrollara conforme a lo convenido en el contrato, y para recibir las quejas de los trabajadores y tratar de resolver los problemas que se presentaran: “para lo que se ofreciera –señala Aurelio Torres-, ponerse a las órdenes de nosotros, de todos los braceros,

¹⁸ *Ibid* Es interesante notar que el señor Aurelio Torres, al igual que algunos otros braceros entrevistados, recuerda con precisión su salario como peón de vía; evidentemente para los trabajadores resultó mucho más sencillo comprender y recordar su sueldo cuando éste era una cantidad fija por hora –como fue el caso del

de los que estuvieran ahí”; este inspector había proporcionado a los braceros el número telefónico en el que lo podían encontrar, por lo que el señor Torres decidió llamarle y exponerle la situación que tenía lugar en el restaurante: ...que agarro el teléfono, le llamo: -oiga usted señor Casillas, que aquí tenemos el problema este, que no nos quieren dar de comer... y que llega: “-a ver, ¿qué pasa aquí?”, -nosotros seguíamos sentados ahí en el gabinete, no nos salíamos, hasta que llegó... se dirigió con el dueño: “-¿por qué?”... -bueno, en inglés-; agarra el teléfono, trae a la policía, llegó luego: “oficiales, aquí este señor, no quiere dar servicio aquí a estos señores, mexicanos, braceros mexicanos [énfasis en la palabra braceros] -dice-, *están prestando servicio, colaborando en la agricultura...* ¿qué pasa?”, no pues que no sé que... “¿por qué no les da servicio?”.

El final de esta historia les hizo ver al señor Torres y a su acompañante que si bien no todos los norteamericanos comprendían la importancia del trabajo de los mexicanos, aquellos que mostraban actitudes discriminatorias podrían ser castigados, puesto que según su narración el dueño del establecimiento no cedió a su negativa de atenderlos, y en cambio prefirió aceptar la multa que los oficiales de policía le dieron, además de la clausura temporal del restaurante.

Él afirma que este fue el único caso de discriminación que presencio durante su estancia en los EU, y piensa que quizá el resto de la población sabía de la obligación de servir a los braceros: “ya aquellos estaban casi avisados -tal vez-, de que tenían que darnos servicio donde fuera: entrar al cine, entrar a donde fuera, un espectáculo cualquiera, o tomar café, un helado, en fin, todo...”.

Aparte de este suceso, que en opinión del señor Torres fue más bien aislado, su relato esta cargado de episodios positivos acerca de la forma en que él logró salir adelante en sus distintos trabajos, de la facilidad y rapidez con que aprendió sus tareas y del aprecio que logró por parte de sus patrones, historias a las que en más de una ocasión se entrelaza un romance o incluso ofertas de matrimonio que le fueron hechas. La suya es una historia de iniciación, de su primer trabajo, de la manera en que se formó como una persona responsable y trabajadora, que finalmente realizó su plan de enviar dinero a su familia: “yo

fui a hacer dinero para mi gente, lo cumplí, eso es todo”. Aunque le fue ofrecido un empleo en los EU luego de que el Programa Bracero ferroviario fuera suspendido, el señor Torres optó por regresar a México impulsado por el deseo de estar con su familia, y una vez aquí consiguió un trabajo con el que estuvo satisfecho, por lo que decidió no recontratarse una vez más.

Nahum Mosso Calleja: “para mí no fue un trabajo fue una aventura, bonita, de veras.”¹⁹

A sus ochenta años, el señor Nahum Mosso Calleja describe la época de su vida en que trabajó como bracero como una aventura. Originario de Tlapa, Guerrero, vivía con una tía en la ciudad de México cuando a finales de 1943 decidió que quería unirse al contingente de braceros que prestaba sus servicios en los EU. En ese momento el señor Mosso trabajaba en la Secretaría de Relaciones Exteriores como elevadorista del servicio diplomático; ahí tuvo la oportunidad de conocer al titular de esta institución, Ezequiel Padilla y fue ahí mismo donde se enteró de las contrataciones de braceros.

Joven y soltero, Nahum Mosso nos dice que lo que le motivó a acudir al centro de reclutamiento no fue la necesidad económica, sino simplemente vivir una experiencia: “nada más de loco”, “yo me fui porque... pues por azares de la vida, por una cosa de una aventura nada más. Pero así que digamos yo me voy porque voy a hacer dinero no, no.”

Y de esta forma firmó en la ciudad de Querétaro su contrato como peón de vía; ahí inició su largo viaje en tren hacia Portland, Maine a donde llegó justo antes de la Navidad de 1943. En su narración del viaje y del arribo a su destino resalta la clara conciencia que el señor Mosso tenía de la responsabilidad de los empleadores sobre los braceros “—desde que nos subimos aquí al ferrocarril ya se hizo cargo la compañía de toda esa gente”— y se refiere continuamente a la forma en que los atendieron durante el viaje: “ahí teníamos comida, ahí teníamos todo... y llevábamos nuestro intérprete”, por lo que a él los rumores de que podrían ser enrolados en la guerra no le atemorizaron. Nos narra que una vez llegando a Portland el personal de la compañía ferroviaria se encargó de proteger a los braceros de los catorce o quince centígrados bajo cero que los esperaban en este lugar: “no nos dejaron asomarnos, las ventanillas cerradas, todo cerrado, porque ya era problema de los

americanos si nosotros nos enfermábamos o nos moríamos; entonces no nos dejaron bajar... [hasta que] llegaron dos carros con calefacción y todo; se acomodaron a la ventanilla, la puerta del tren, del vagón y ahí nos empezaron a sacar... sin nada de frío.”²⁰

Una vez instalados, y luego de disfrutar del “fandango con violín... y acordeón” que les organizaron como bienvenida, el señor Nahum y sus compañeros fueron provistos de ropas especiales para el frío, cuyo costo les sería descontado de sus salarios semanales. Sus jornadas, recuerda, duraban normalmente ocho horas, seis días a la semana, con la opción – aclara que no obligación-, de trabajar tiempo extra. Nos dice que los mayordomos los trataban muy bien, y que incluso les recomendaban que trabajaran bien, pero sin excederse físicamente: “porque al mexicano le gusta trabajar ¡rápido!, y nos decían: “take it easy boys, take it easy”, “poco a poquito para que...”, y no nos dejaban, que nos matáramos así”, y que incluso a él, por ser el más joven de la cuadrilla no le permitían realizar los trabajos más pesados.

El campo de trabajo donde él vivió parece destacarse por una serie de comodidades a la disposición de los braceros que fueron de su agrado:

nosotros vivimos bien allá, bien [énfasis]; nosotros teníamos todo... En las barracas a donde nosotros llegamos, teníamos tres baños de agua caliente y vapor. Teníamos dos peluquerías...un cuarto grande con mesas para jugar cubilete, cartas, o lo que uno quisiera. Teníamos un radio –porque en aquellos tiempos no había televisión-, un radio grande donde agarraba la XEW aquí también para tener música; tenían el nuestro buzón para las cartas... papel para sobres para cartas...

En su relato los episodios más detallados están relacionados con el uso de su tiempo libre: hace referencia a la amistad que él y otros braceros entablaron con trabajadores norteamericanos; narra sus paseos a las playas y a las ciudades cercanas como Boston señalando que en estas andanzas no encontraron actitudes discriminatorias por parte de la población local: “nosotros no éramos discriminados ahí: a los mejores salones de baile si

¹⁹ Entrevista con Nahum Mosso Calleja, marzo del 2001, México D.F

²⁰ En la mayoría de las ocasiones los trabajadores no iban preparados para el frío extremo, particularmente en los estados del norte; las compañías ferroviarias se encargaron de proveerlos de las ropas necesarias a través de un sistema de tienda de raya, en que los braceros pagaban en partes con descuentos en sus salarios semanales.

queríamos ir, a los mejores cines, ¡ah no!, nosotros éramos bien recibidos; nosotros salimos muchas veces allá en el periódico, viera usted, el buen comportamiento que teníamos nosotros los mexicanos.” Recuerda que de hecho cuando regresaban de los EU a México, a él y a otro bracero les asignaron asiento junto con los anglosajones y separados de la población negra: “ustedes no pueden ir con estas personas –les indicaron en el tren-, acomódense con los americanos”.

Sin embargo, el señor Mosso reconoce que en aquel momento el desarrollo de la guerra y los acontecimientos relacionados con ella no eran de su interés, lo cual hoy en día es visto por él como un error de juventud: “estaba bruto” –nos dice-, “estaba yo completamente cerrado”. A pesar de que al recordar los 18 meses que estuvo contratado como bracero –él renovó su contrato en tres ocasiones- lo hace de manera muy positiva – “una cosa maravillosa”, “una cosa bonita, de veras”-, también nos dice que en aquel momento él era “una persona desorientada”, que gustaba de beber y gastar su salario en apuestas. Considera que en parte fue un error no haber ahorrado ningún capital en esos tres años, como hicieron algunos conocidos suyos que se contrataron como braceros y lograron acumular suficientes ahorros para iniciar un pequeño negocio propio.

*José Concepción Trejo Domínguez: “fuimos una cosa muy grande para los Estados Unidos”.*²¹

Aunque es originario de Querétaro, Querétaro, para 1943 José Concepción Trejo Domínguez vivía con su madre y hermanos en la ciudad de México. Luego de haber vivido algunos años de su niñez en los EU, el señor Trejo Domínguez conocía algunos aspectos de la vida en este país, pero recuerda que en ese momento lo que más le atraía era la idea de enrolarse como soldado. Por ello decidió en abril de 1943 acudir al centro de reclutamiento, con la esperanza de que una vez en los EU quizá tendría la oportunidad de ingresar al ejército; y por eso mismo los comentarios de la gente durante el trayecto no lo intimidaban: “que les van a romper su... ya ustedes ya no regresan... nos decían muchas cosas feas...”, amenazas que hicieron desertar a otros ya contratado “por mieditis”.

²¹ Entrevista con José Concepción Trejo Domínguez, marzo del 2001, México, D.F.

Para su decepción, en su primer lugar de trabajo –Lovelock, Nevada-, no encontró manera de llevar a cabo sus planes: “allí no había más que puras piedras, papas y *traque*”, recuerda. Y en este aislado campo de trabajo laboró por seis meses, con jornadas diarias de ocho horas por seis días a la semana, aunque en ocasiones tuvieron la oportunidad de ganar un poco de dinero extra en sus días de descanso –los domingos- colaborando en una empacadora de papa que se encontraba cerca del campo.

En este lugar, el señor Trejo y los otros once braceros de su sección vivían en barracas que contaban con baños, lavaderos y estufas donde debían cocinarse sus alimentos diarios. Comenta que la comida fue un problema serio para él, pues la falta de práctica en la cocina resultaban en alimentos fueran de muy mala calidad: “puras porquerías comíamos o hacíamos”, nos dice.

Al finalizar su primer contrato el señor Trejo regresó a México en donde estuvo un corto tiempo antes de volver a contratarse, esta vez para ser enviado a California; el relato de su tiempo en este campo de trabajo nos deja ver que las condiciones de vida y de trabajo de los braceros llegaron a variar de manera importante de acuerdo con circunstancias muy particulares del lugar donde prestaran sus servicios (como veremos más adelante, esta fue una característica sobresaliente del Programa Bracero en sus primeros años); en su segundo contrato, el señor Trejo laboró entre los poblados de Eureka y Oakland, en donde recuerda que su trabajo era menos pesado y su calidad de vida mejoró substancialmente, pues allí la comida corría a cargo del comedor de la compañía: “nos daban todo, allá fue muy diferente la segunda vez, ya no batallé nada... ya no me cansaba, ya no fue el mismo trabajo de allá.”

Desafortunadamente, fue en California donde sufrió un accidente de trabajo que desde entonces le ha causado algunos problemas de salud: al paso de un tren el señor Trejo fue golpeado por un barril de agua que se encontraba en un pequeño vagón en el que transportaban las herramientas de trabajo, lastimándose la columna vertebral y un brazo; este accidente lo obligó a permanecer con el tronco enyesado por casi tres meses, tiempo que pasó internado en un hospital. Ello no le impidió renovar su contrato, esta vez para trabajar en el estado de Arizona, en donde –tal como nos narra- gozó de las consideraciones del mayordomo, a quien piensa habían avisado de su delicada condición física y quien le asignó los trabajos menos pesados como el de aguador: “muy sencillo todo, ya no trabajé

gran cosa. Entonces me recuperé mas rápido, más bien.” Este último contrato quedó inconcluso, afirma, porque al finalizar la guerra, los trabajadores de su sección fueron enviados de regreso a México.

El señor José Concepción recuerda que aunque en aquellos años no sabía leer, no le preocupaba el hecho de no conocer su contrato, pues al igual que arriba lo señaló el señor Aurelio Martínez, “ni le interesaba a uno”; pero en su relato sugiere que era la información de boca en boca la que le parecía más fácilmente accesible.

En cuanto a la participación de los braceros en la guerra, él opina que tanto bracero agrícolas como ferroviarios lo colaboraron de manera indirecta: “Porque sí, a nosotros, tanto los del campo, los que se fueron a trabajar al campo sostuvieron el... el campo... porque [los norteamericanos] necesitaban también que comer; y los del traque, pues nosotros haciendo vías y corrigiendo lo que había...”. “Fuimos una cosa muy grande para los EU, *porque ayudamos en cierta forma, para que la victoria llegara*”. Y aunque admite que en aquel momento no todos los braceros platicaban de este asunto, piensa que el trabajo de los trabajadores mexicanos fue de gran importancia para los EU; esta afirmación está basada en parte en el hecho de que él, al igual que muchos otros braceros, se percató de que había a su alrededor una gran cantidad de trabajo por hacer, y muy pocos trabajadores locales disponibles: “fuimos casi indispensables, sino es que de veras indispensables; había mucha ruta había mucha cosa, como los de la papa, *no había quién trabajara. Había puros niños y viejitos que ya no podían trabajar. Y nosotros, muchachones...*”.

Esta situación, considera él, fue reconocida por las autoridades norteamericanas y se reflejó también en el trato que los braceros recibieron: “...como ya estábamos como trabajadores nacionales, nadie nos podía decir en la entrada que no podíamos entrar... pues podíamos ir a todos los cines, circo, lo que hubiera, no, no, no, nadie nos decía nada”.

El señor Trejo Domínguez narra su experiencia de bracero como una etapa en general positiva, pues recuerda incluso que además de las quejas por la comida, él no tuvo nada que reportar a los inspectores que ocasionalmente visitaban el campo de trabajo: “pues

yo nunca dije nada porque para mí yo sentí que todo estaba muy bien.”²² Recuerda satisfecho que gracias al dinero ahorrado en aquel momento pudo apoyar económicamente a su madre y hermanas, e incluso comprar un coche y algunos terrenos: “muchos no mandaban nada pa’ su casa, muchos mandaban todo su dinerito pa’ su casa. Los que mandamos nuestro dinerito pa’ nuestra casa más o menos creo que nos fue bien... yo sí lo aproveché, gracias a Dios”.

Alfonso Lara López: “¿¿a quién le dan un paseo gratis?!”²³

A sus 86 años Alfonso Lara López recuerda con agrado su experiencia de bracero; aunque es originario de Acámbaro, Guanajuato, habitaba en la ciudad de México con su esposa y sus dos hijos cuando en 1944 decidió enlistarse para trabajar en Norteamérica. Afirma que lo que le animó a contratarse como bracero fue “más bien conocer Estados Unidos”; ahorrar un poco de dinero fue otra de sus motivaciones, pero no la principal puesto que en ese entonces él contaba con un trabajo fijo como conductor de autobús mismo que conservó durante su ausencia y al que volvió a su regreso.

El señor Lara tenía claro que un contrato en el mantenimiento de vías era mejor que uno en las labores agrícolas por la regularidad y seguridad que el primero ofrecía: “porque ya amigos que tenía ya me habían platicado que yendo al ferrocarril era más seguro, porque lloviera o no lloviera había trabajo; y luego si agarraba uno el agua trabajando, pues no trabajaba uno... y de todos modos ganaba uno. Y en cambio en el campo no: si no se podía trabajar, no ganaba, y dije: –no, pues yo me voy a los ferrocarriles, más seguro”.

Alfonso sabía de los rumores en torno al posible reclutamiento de los braceros como soldados pero afirma que no le intimidaron, pues sabía de antemano que desde México iban contratados para trabajar, no para ir al frente. De esta forma acudió al Estadio Nacional en donde inició los trámites de contratación, mismos que finalizó en Irapuato, de donde partió hacia California para ser empleado en las líneas férreas de la compañía Santa Fe, Topeka and Atchinson, en una sección cercana a los poblados de Hinkley y Hodge. Recuerda que

²² Es interesante notar que él señor Trejo recuerda con precisión a estos inspectores y los identifica como “el de la War Man Power Comisión” y “otro que era de la CIO”, uno de los sindicatos más importantes de los EU.

²³ Entrevista con Alfonso Lara López, marzo del 2001, México D.F.

en esta región más bien desértica no había casas alrededor más que las viviendas de los mayordomos y de los ocho peones de su cuadrilla, que contaba con algunos servicios básicos pero no con una regadera, misma que él y sus compañeros tuvieron que “improvisar”.

“No es por presumir, pero fui cumplido en mi trabajo”, afirma el señor Lara, y considera que por ello nunca tuvo problemas serios con sus supervisores a pesar de haber tenido una relación un tanto áspera con uno de los mayordomos de la sección: “cumpliendo uno en su trabajo no tienen porque meterse con uno, así es que yo iba acostumbrado en la línea [de autobuses] a trabajar... ya iba yo ejercitado a cumplir con mi trabajo... no por presumir, –reitera- pero no daba yo motivo a que me llamaran la atención.” La clave para el éxito era hacer bien su trabajo pero “sin matarse”, pues estaba consciente de que con el pago por hora que recibía no tenía que trabajar más de lo que consideraba necesario: “¡a mí me pagan por hora, no por destajo!”, solía decir a sus compañeros.

El señor Lara recuerda con satisfacción la relación amistosa que entabló con el telegrafista de la sección y con su familia, con quienes pasó buen parte de sus días de descanso, divirtiéndose “sanamente”, lo cual era sinónimo de, entre otras cosas, un consumo moderado de alcohol; en las ocasiones en que visitó los poblados aledaños al campo de trabajo, afirma no haber tenido ningún problema de discriminación, pues de acuerdo con su relato los braceros estaban “catalogados como blancos”, y les permitían entrar a cualquier lugar siempre y cuando estuvieran limpios: “si venía uno aseado entraba uno; el chiste estaba en asearse, aunque sea ropa de mezclilla, pero aseado...”.

Es interesante observar, por otro lado, que en su narración el señor Alfonso Lara hace referencia a los migrantes de hoy en día y los compara con sus contemporáneos, los trabajadores del Programa Bracero: “ahora muchos se quedan allá por la facilidad que hay, y ya no regresan para México”; ello nos sugiere que para él, como para algunos otros braceros, la época de la “bracereada” es ciertamente vista como un episodio de una historia de mayor alcance que continúa desarrollándose hasta nuestros días: la historia de la migración laboral de mexicanos a los EU.

Sin embargo, en el caso de los braceros su estancia en suelo estadounidense contó con un elemento especial que los distinguió de otros trabajadores migrantes: “*nosotros fuimos*

soldados de la producción, fuimos a la guerra pero a sustituir a los que fueron a la guerra, fuimos soldados de la producción, yo siempre les he dicho eso, y así es.” El señor Lara señala que él, a diferencia de otros, sí estaba consciente de este importante papel: “fuimos soldados de la producción, –les decía yo- ellos ni sabían...”, y al decir “ellos” se refiere a otros braceros que no se percataban de este hecho, pues en su opinión: “no se daban su lugar; había gente muy pobre, por decirlo, ignorante; uno como ya está... yo me crié aquí en la ciudad, en otro medio...”. Lo anterior nos remite de nuevo a la idea generalizada entre algunos de estos hombres de que los braceros originarios de ámbitos rurales apartados no estaban “enterados” de la magnitud de su labor, a diferencia de aquellos con orígenes urbanos.

Al finalizar su contrato de seis meses, y a pesar de que le ofrecieran renovarlo y trabajar en las instalaciones de la Santa Fe en el pueblo de Hinkley, el señor Lara tomó la decisión de regresar a México debido al estado de enfermedad de su hijo, a la negativa de su esposa por unírsele en los EU, y al hecho de que su permiso de ausencia en la línea de autobuses donde trabajaba estaba por vencerse. Sin embargo, su regreso no fue fácil, pues le informaron que no había pases de regreso a México; ello le llevó a buscar el auxilio del cónsul mexicano en Los Ángeles quién inicialmente le reclamó: “la venida de los braceros fue para la gente que no tenía trabajo”, a lo que rápidamente el señor Lara contestó: “¿a quién le dan un paseo gratis?!... me vine yo por conocer EU, me di un paseo, conocí, pero vine y cumplí con mi trabajo y estoy libre”; “... ya cumplí mi contrato por seis meses –explicó el señor Alfonso- nomás que no quieren dejarme ir porque dicen que no hay pase para mi para México, quieren que *renove* [sic] otro contrato, estoy trabajando a lista de raya, esperando a ver si *renovo* otro contrato. Escribí yo a mi casa, y no quieren darme permiso del trabajo y ya me quiero regresar”; ante esta explicación, el cónsul no tuvo más remedio que responderle: “está muy bien... la supo usted hacer... Váyase sin cuidado, esta semana yo le arreglo y va a tener su pase para México”.

De esta forma concluyó Alfonso Lara su experiencia como bracero y regresó a su antiguo trabajo como conductor de autobús; sus recuerdos de esta época en general son positivos, y expresa reiteradamente comentarios como “me la pasé bien” o “fue una

experiencia muy buena para mí”, pues logró lo que se propuso: viajar, conocer, sin descuidar económicamente a su familia.

*Juan Saldaña Bravo: “no éramos unos trabajadores, éramos unos soldados”.*²⁴

Nacido en Coyoacán, Distrito Federal en el año de 1925, Juan Saldaña Bravo contaba con apenas veinte años cuando escuchó a su cuñado hablar de las maravillas que se encontraban al trabajar “del otro lado”: “Me decía que era pues muy bonito y que allá se ganaban los dólares...”; gracias a los relatos de su cuñado se imaginaba al vecino país del norte como “un *montonal* de fábricas... máquinas de vapor.. y ciudades que estaban muy sucias, por el hollín de los ferrocarriles...”.

A pesar de que él contaba con un trabajo como maquinista en una empresa maderera, la idea de percibir un salario en dólares le atrajo fuertemente pues le pareció una muy buena oportunidad de apoyar económicamente a su familia y aliviar la carga de trabajo de su madre; él pensaba que con su estancia en los EU podría ahorrar un capital para mudarse de casa y poder “vivir en un lugar más habitable”. Con esta determinación, los rumores en torno al posible reclutamiento de los braceros como soldados no lo intimidaron: “toda la gente que conocía yo era lo que me decía: -no, lo que pasa es que a ti te van a llevar a la guerra, estando allá te van a llevar como soldado-, pero no me importó, yo lo que quería ahora si era ir a ganar dinero”.

Y así fue como se dirigió al centro de contratación en la ciudad de México, donde inició los trámites para obtener su contrato, mismo que finalmente firmó en la ciudad de Querétaro; de esta ciudad partió el tren que lo llevaría hasta Pensilvania, para laborar en una cuadrilla de la empresa Pennsylvania Railroad. El señor Saldaña recuerda las inconveniencias del largo viaje de dos días y dos noches hasta su destino: los alimentos que les fueron proporcionados no eran suficientes, por lo que tenían que contener el hambre con cigarros; nos relata también que durante el trayecto los recién contratados braceros no dejaban de pensar en la guerra y en el peligro de ser reclutados, por lo que “muchas gente ya se quería regresar”.

²⁴ Entrevista con Juan Saldaña Bravo, marzo del 2001, México, D.F.

Sin embargo, al arribar al campo de trabajo de East Liberty, no lejos de la ciudad de Pittsburg estos temores seguramente aminoraron ante la festiva recepción que les organizaron la compañía ferroviaria y los vecinos del lugar: “llegando llegando, nos alimentaron, nos atendieron bastante bien, nos hicieron prácticamente una fiestecita...”.

Recuerda que el “jacalón en el que vivieron él y los aproximadamente 150 braceros que trabajaban en esta sección estaba limpio, y contaba con agua caliente e instalaciones para que los braceros mismos lavaran su ropa. Al regresar de sus jornadas de trabajo —que regularmente iniciaban a las siete de la mañana y finalizaban a las tres de la tarde— él señor Saldaña se dirigía junto con sus compañeros al comedor del campo, donde la comida estaba ya servida; relata que los alimentos eran de su agrado porque estaban preparados por cocineros mexicanos. Luego de comer, se reunía con otros trabajadores en el patio del campo: “ahí nos poníamos en las tardes a platicar, a cantar; ya íbamos cerca de allí había una tienda, comprábamos uvas, peras, manzanas...”.

El señor Saldaña nos relata que los braceros contaban en algunas ocasiones con la oportunidad de trabajar tiempo extra en las madrugadas; dado que sus jornadas diurnas no eran tan pesadas, los diez puestos que se ofrecían eran peleados entre los trabajadores, ya que para ellos les representaba un ingreso complementario.

No obstante que en palabras del señor Juan, la relación con sus supervisores era generalmente buena, recuerda que en una ocasión uno de los mayordomos obligó a un bracero a trabajar cuando éste se encontraba enfermo. y ello le ocasionó la muerte; este incidente llevó a otros trabajadores a organizarse para protestar, aunque el señor Saldaña recuerda que entre las autoridades que atendieron su queja nadie hablaba inglés.

Pero este incidente no parece oscurecer el relato del señor Saldaña, quien conserva en general recuerdos positivos de la “aventura” —como él mismo la llama— que vivió en sus siete meses como bracero. Ni tampoco parecen incomodarle sus memorias de la segregación racial que observó en lugares públicos de los poblados que visitó; ello —nos explica— porque los braceros habían sido advertidos de esta situación: “pues no, no nos sentíamos mal, porque pues desde el primer día que llegamos nos dijeron lo que teníamos que hacer y lo que no teníamos que hacer”. Probablemente estas experiencias negativas fueron matizadas por el hecho de que durante su tiempo libre —recuerda el señor Saldaña—

los habitantes de la zona en donde estaba situado el campo de trabajo mostraban interés en acercarse a los trabajadores: “había jovencitas que los domingos iban a platicar con nosotros... había veces que nos iban a visitar, señores, señoras... familiares, nos iban a visitar precisamente para tratar de convivir”

Y es que los braceros en esos años, a decir del señor Juan Saldaña, tuvieron un destacado papel: “en realidad tuvimos una cosa muy importante de los braceros allá, ¿por qué?, porque fuimos trabajadores en tiempo de guerra... ¿con qué fin lo hicimos y con qué fin lo hicieron los gobiernos?: para salvar su economía porque era lo que estaba en juego, la economía de EU. Si no hubieran llegado trabajadores mexicanos se hubiera ido para abajo en su economía...”; y señala que él no era el único que pensaba de esta forma: “todos era lo que decíamos: que estábamos... *prácticamente no éramos unos trabajadores, éramos unos soldados* porque estábamos supliendo a los soldados; eso, y también que nosotros *teníamos la conciencia de que era una obligación para nosotros ir a trabajar allá...* y siempre el mexicano se distinguió siempre por su trabajo y por la capacidad, que nunca hubo digamos un mexicano que fuera flojo allá... porque siempre en cualquier lugar que viera usted mexicanos, mexicanos que estaban trabajando...”.

Indudablemente, la experiencia como bracero trajo consecuencias positivas en la vida del señor Saldaña, pues tal como él mismo nos refiere, con un trabajo que no recuerda como especialmente pesado –nos dice incluso que en más de una ocasión él y sus compañeros tuvieron la oportunidad de tomar una siesta durante las horas de trabajo– logró su meta de enviar dinero suficiente a México para que su familia se mudara a una mejor vivienda y la amueblara; ello además en un ambiente que fue de su agrado, y que de hecho le produjo cambios físicos evidentes, pues no sólo regresó a México con mejores ropa –“de tela buena”–, sino que las tres y media comidas que les servían a él y a los demás trabajadores, le hicieron subir de peso. El señor Saldaña narra divertido la anécdota de que su novia en aquellos años –su esposa en la actualidad–, no lo reconoció cuando lo vio por primera vez después de haber regresado a México. El señor Juan ve su tiempo de bracero como una experiencia que le permitió madurar como una persona adulta, y así nos dice: “eso me ayudó a ser más responsable”.

Genaro Cortés García: "aunque no fue uno a la guerra, pero estaba uno trabajando allá por los que andaban fuera".²⁵

Genaro Cortés García contaba con 26 años cuando en 1944 consideró la posibilidad de ser contratado como bracero. Originario de Tacubaya, D.F., en aquel momento el señor García vivía con su esposa y sus tres hijos en el norte de la ciudad de México; a pesar de ser albañil de oficio y de haber trabajado por varios años con los familiares que le enseñaron el oficio, en 1944 se encontraba desempleado y con la necesidad de sostener a su familia, situación que lo motivó a buscar un contrato como bracero: "pues no tenía trabajo y me animé a ir a ver cómo estaba la cosa, y me dijeron que sí me presentara para un examen médico."

Sin embargo, esta no fue una decisión fácil pues la misma familia que lo animaba a buscar un trabajo temporal en el extranjero, lo detenía en el intento: "yo decía: ¿pues cómo le hago yo con mi esposa y mis hijos?... no sé si iría a regresar porque decían –rumores de la gente- que eso no era así, sino era para enganchar a la gente y mandarla al Pacífico a pelear." Aunque sus temores aminoraron un poco al ver que la salida de trabajadores era realmente para "ocupar los lugares del personal que salía a la guerra de allá... ya fuera al campo o a las vías de ferrocarril", el señor Cortés recuerda que se enlistó sin estar completamente seguro de cuál sería su suerte: "me decidí ahora sí que jugándome un albur... y me animé, me hice de un corazón grande...". Y así se dirigió al Estadio Nacional con el fin de iniciar sus tramites de contratación. mismos que concluyó en Querétaro; de aquí partió el tren que lo llevaría a California para unirse a las filas de la empresa ferroviaria Santa Fe, Topeka and Atchinson.

Genaro Cortés fue empleado en los campos de trabajo cercanos a Richmond, Madera, Bakersfield y Tulare todos ellos en el estado de California. Recuerda que el trabajo que desempeñó en estos lugares no le pareció pesado, dado que él como albañil conocía bien el manejo del pico y la pala, los instrumentos más usados por los peones de vía en sus faenas. El señor Cortés describe con sumo detalle y con los tecnicismos propios del oficio las diferentes tareas que llevó a cabo en el mantenimiento de vías y en el taller de máquinas donde laboró los últimos meses como arenero, aguador y lubricador. Admite que a pesar

²⁵ Entrevista con Genaro Cortés García, abril del 2001, México, D.F.

de que este trabajo no fue una carga para él, antes de enlistarse como bracero le preocupaba que lo enviaran a trabajar a los campos agrícolas, pues había escuchado los rumores en torno a lo pesado que eran las tareas ahí ejercidas, como en el caso del *desahije* de betabel: “ese era mi temor de ir para allá, de los que regresaban de allá para acá platicaban su forma de sufrimiento... decían que había unos que a veces no podían brincar... no brincar, sino levantar el pie para subir del piso a la banqueteta.”

El señor Genaro y sus compañeros dormían en los mismos carros del ferrocarril acondicionados con literas que él recuerda bastante incómodas. La comida sin embargo, no fue motivo de queja en esta sección, pues un bracero mexicano había sido designado como cocinero. En sus ratos libres, el señor Cortés aprovechaba la oportunidad para escribirle a su familia, enviar sus giros a México y en ocasiones incluso visitar las ciudades aledañas. Recuerda que muchos de sus compañeros pasaban largos ratos en las cantinas más cercanas, en donde nostálgicos bebían y lloraban junto a la sinfonola que tocaba canciones mexicanas; él nos dice que personalmente estas escenas le producían gran tristeza pues le hacían pensar en su esposa y sus hijos, por lo que trataba de evitarlas.

En su relato, el señor Genaro Cortés señala que su relación con los mayordomos transcurrió en general sin grandes dificultades, pese a que uno de ellos no se portara especialmente amistoso con los braceros y se dirigiera a ellos de manera irrespetuosa: “porque era el que más le apuraba a uno a trabajar”; y aunque no descarta la posibilidad de que en algunos otros lugares o compañías los braceros no hubiesen tenido la misma suerte, él afirma: “al menos yo no recibí mal trato”. Él no recuerda ninguna queja especial entre los trabajadores, pero sí señala que el miedo a ser enrolados en el ejército no desapareció al llegar a los EU sino que en momentos se acrecentó, pues él y sus compañeros continuamente observaban los aviones que regresaban destrozados de los frentes de batalla: “entonces era el temor de uno de que a la mera hora... pues que le dijeran a uno: ¿saben que? vamos a ir más adelante, súbanse, pero no... [sino] también que echaran mano con uno”.

Nos dice que en sus visitas a Los Ángeles algunas personas mostraban cierto recelo al ver a los braceros dentro de las tiendas lo cual él atribuye principalmente a que muchos de ellos llevaban sus ropas de trabajo sucias; pero en su opinión, este era un

comportamiento erróneo por parte de los ciudadanos del país en el que los braceros estaban cooperando: “unos si saludaban, otros no... –nos dice-, pero pues *uno iba en plan de ayuda de trabajo*, verdad, al gobierno, y... pues como que no.” Por esto mismo, su interpretación del buen trato recibido por otros norteamericanos en general se relaciona con el hecho de que en su opinión, los trabajadores mexicanos cumplían con una misión especial: a pesar de que ellos percibían un salario por sus labores, el trabajo de los braceros servía un propósito de ayudar a los EU en tiempo de emergencia: “aunque le pagaban a uno, andaba uno colaborando con su servicio de trabajo allá.”

Esta situación dio lugar a que –en opinión del señor Cortés- los empleadores se mostraran muy satisfechos con el trabajo de los braceros mexicanos y que decidieran renovar su contrato y el de otro compañero: “estaban contentos por el servicio que había ido uno a prestar verdad, aunque no fue uno a la guerra, pero estaba uno... trabajando allá por los que andaban fuera”. Genaro Cortés sabía que terminando su segundo contrato de seis meses no habría oportunidad de renovarlo más, pues para él estaba claro que el fin del conflicto armado significaba el cese de las contrataciones de braceros: “Se terminó la guerra y se terminó el trabajo para el mexicano allá.”²⁶

A más de cincuenta años de distancia, el señor Cortés nos dice que su trabajo como bracero le dejó varias satisfacciones, entre ellas el haber podido conseguir un empleo que le permitiera sostener a su familia, que era además una forma de cooperar en el esfuerzo bélico: “a pesar de que tuve sueldo, fue mi deseo de, aunque no fui al frente verdad, fui al trabajo donde se necesitaba porque andan las vías del ferrocarril, que pues era una necesidad de la transportación de los hermanos que se iban al frente... no fui al frente directamente pero fui a un trabajo que era el trabajo de ellos, pero no podían hacerlo por ir a defender su patria”.

²⁶ Como sabemos las contrataciones continuaron de hecho hasta el año de 1964 aunque sólo para trabajadores agrícolas. Sin embargo es interesante notar que para los trabajadores del ferrocarril era un hecho claro que su trabajo terminaría con el fin de la guerra.

3.2 “Los que venimos a trabajar” y “los que vienen a parrandear”.

A lo largo de las historias antes presentadas es posible percatarse de la variedad de experiencias vividas por los ex braceros; ellos prestaron sus servicios en distintas actividades, lugares y para diferentes empleadores y en sus narraciones nos dejan ver un abanico de vivencias. Sin embargo, es posible notar que en esta diversidad sobresalen al mismo tiempo algunos aspectos comunes a estos trabajadores, relacionados con la forma en que entendieron su labor dentro del marco de la Segunda Guerra Mundial.

Debemos antes que nada reparar en la diversidad de las razones que motivaron a estos diez hombres a acudir al centro de contratación. El texto titulado *Los Braceros* – publicado por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social en 1946 y citado con anterioridad en este trabajo- presenta una serie de datos estadísticos en torno a los aspirantes a braceros, entre los cuales se incluyen las razones para ser contratados. En orden de importancia, el 71 por ciento de los encuestados afirmó que su objetivo era “ganar más dinero”, mientras que un 14 por ciento lo hacía “por motivos afectivos” (“reunirse con familiares en EU, apoyar a su familia: sostener a la familia”) y un 14 por ciento señaló que su motivación fue “buscar una aventura” (conocer EU; probar fortuna; cambiar de suerte; deseo de matrimonio.)²⁷

Las historias de los diez braceros entrevistados nos ofrecen un panorama similar: hubo quienes fueron motivados principalmente por cuestiones económicas, como sucedió con Genaro Cortés quien vio la posibilidad de trabajar en los EU como una buena forma de hacer frente a su situación de desempleo y proveer a su familia de lo necesario; casos similares fueron Juan Saldaña y Aurelio Martínez, ambos atraídos por el canto de las “sirenas del dólar” como la mejor forma de acumular un capital para ayudar económicamente a la familia. Hubo también quien expresó razones más peculiares como José Trejo Domínguez, quien inicialmente concibió el trabajo de bracero como una especie de trampolín para entrar en el ejército. Pero tenemos también el caso de los que simplemente buscaban una aventura, entre los cuales están aquellos que trataron de combinar el viaje para “conocer y pasear” en los EU con la idea de contar con un salario que les permitiría continuar sosteniendo a su familia.

²⁷ Argoitia, et.al, *Op. cit.* p.58.

Es de notarse que a pesar de que el gobierno mexicano planeó que el Programa Bracero debía absorber la mano de obra desempleada, una buena parte de los braceros contaba con un trabajo cuando acudió al centro de contratación impulsados ante todo por el deseo de vivir una aventura (como afirmó el señor Lara -“¿a quién le dan un paseo gratis?”- cuando el cónsul mexicano en Los Ángeles le reclamó que “la venida de los braceros fue para la gente que no tenía trabajo”). Esta situación fue notoria y preocupó a los políticos de la época, en especial a quienes consideraban la migración laboral como un aspecto vergonzoso de la situación económica del país y se oponían a la salida de trabajadores mexicanos, como sucedió con el senador Pedro de Alba quien escribió:

entre los braceros hay unos que forman parte de la caravana del hambre según el decir de los pesimistas; otros son impulsados por la curiosidad de cruzar fronteras y de asomarse a un mundo distinto del suyo. Así hemos visto que algunos trabajadores calificados como mecánicos de talleres, expertos en artes y oficios y algunos con ciertas profesiones lucrativas, se han incorporado en la gran marcha de emigrantes sin causa justa o necesidad manifiesta.²⁸

La intención del gobierno, como vimos en el capítulo anterior, fue que el convenio binacional resolviera al menos parcialmente “el problema de desocupación de trabajadores no calificados” por lo que se debía evitar la contratación de ejidatarios, trabajadores especializados, o cualquier otro ciudadano con ingresos suficientes para satisfacer sus necesidades económicas y las de su familia. Según indicaciones del mismo presidente de la república, se permitiría “solamente la salida del excedente de brazos que en forma temporal desocupa nuestra agricultura”; Ezequiel Padilla, titular de la Secretaría de Relaciones Exteriores, afirmó por su parte que el programa debía emplear a “la población flotante en las ciudades que puede encontrar oportunidades de trabajo, de ahorro, de salarios y de aprendizaje.” A pesar de ello, en los primeros años las autoridades laborales se manifestaron alarmadas por el hecho de que 45 por ciento de los registrados contaban un empleo y que éste no tenía relación alguna con la agricultura.²⁹

²⁸ Alba, de, *Op. cit.* p. 24.

²⁹ “Contratación de braceros” en *El Nacional*, 7 de septiembre 1942, p. 6. Calderón, *Op. cit.* p. 527. “El esfuerzo de los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos es una de las formas de nuestra cooperación”

Pese a las intenciones del gobierno, los planes de que únicamente los desempleados acudieran al centro de contratación no fueron necesariamente respetados por los aspirantes; el hecho de que ciudadanos mexicanos se dirigieran a los EU con la idea de buscar aventuras y no por necesidad económica no era nada nueva y con el tiempo llegó incluso a ser explicada en términos de “la forma de ser del mexicano”³⁰. En las entrevistas realizadas por Gamio entre 1926 y 1929 es evidente que este deseo de aventura fue la razón que motivó a más de uno a migrar hacia el norte: “para que los muchachos de mi pueblo que ya habían estado aquí no me fueran con cuentos y para convencerme con mis propios ojos de lo que decían”, afirmaba uno de los entrevistados mientras que otro apuntó: “como había oído mucho de los EU mi sueño era venir aquí”.³¹ Estas citas nos dejan ver que desde años antes de la puesta en marcha del Programa Bracero existía una serie de imágenes e historias en torno a la vida en tierras norteamericanas que circulaban entre algunos sectores de la población, en particular en las regiones con alta tradición migratoria; estos relatos “de los habían estado allá” sirvieron como un importante estímulo para muchos potenciales migrantes que decidieron conocer estos lugares y contar con una experiencia de primera mano, decisión que en muchas ocasiones fue tomada sin relación alguna con la situación económica del migrante: “Vine a los EU con el único y exclusivo propósito de conocer este país y recorrerlo como aventurero –declaró Bonifacio Ortega-. En mi pueblo me iba muy bien... recibimos cartas de amigos que teníamos aquí y sentimos el deseo de venir a conocer este famoso país”.³²

Fuentes de la época confirman que entre los primeros braceros que llegaron a los EU había quienes se contrataron por mera curiosidad, por el afán de conocer aquel “famoso” país del cual habían escuchado por boca de otros, a través de las películas norteamericanas que pudieron ver en México o incluso por lecturas previas: José de la Serna, zacatecano que trabajaba como contador en una oficina gubernamental antes de ser

entrevista con Ezequiel Padilla en: *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores*, septiembre 1942-agosto 1943, *Op. cit.* p. 516.

³⁰ “El afán por evadirse de la realidad no es exclusiva de nuestros trabajadores emigrantes, esa inquietud se extiende a la mayoría de los mexicanos”; “en el caso de los braceros además de los factores económicos figura el afán de aventura: los mexicanos somos inclinados a conocer tierras lejanas y a explorar caminos peligrosos.” Alba, *Op. cit.* p. 23.

³¹ Gamio, *Op. cit.* p. 85 y 95.

³² *Ibid.*, p. 101.

contratado como bracero fue entrevistado por Carey McWilliams en 1943, a quién señaló que él había leído mucho sobre California y que por ello quería saber *cómo era realmente*.³³

Como vimos anteriormente, más de uno de los braceros entrevistados para este trabajo fue animado por los rumores y comentarios que circulaban entre la gente. De acuerdo con los reportes de la prensa “los aprendices de braceros han oído contar maravillas a los que regresaron recientemente del Valle Imperial... las condiciones de trabajo son buenas en general; los braceros afirmaban haber ganado 4.80 dólares al día (23.28 pesos mexicanos)”.³⁴ Como lo señala Jesús Topete en su obra *Aventuras de un bracero*, “los relatos de nuestros conocidos que volvían de la aventura” eran confirmados por los evidentes cambios en su aspecto físico: mejor vestidos y con dólares en el bolsillo; “llegó el tiempo –escribe Topete– en que entre “nosotros los pobres” no se hablaba de otra cosa que de las fortunas que traían consigo los paisanos que regresaban del país del dólar.”³⁵

Si bien es cierto que no todas las historias acerca del trabajo en los EU eran positivas, parecía haber entre algunos de los aspirantes a braceros la creencia de que las malas experiencias de los que regresaban tenían su origen principalmente en el hecho de que era gente que no estaba acostumbrada al “trabajo duro”, como nos dice el señor Genaro Cortés: los que “no conocían de trabajo” eran los que más renegaban y volvían a México molestos.³⁶ Topete nos ofrece otro ejemplo de la forma de reaccionar de quienes escuchaban testimonios *braceriles* no tan gratos: “a esos no les hacíamos caso, por lo

³³ Mc Williams, *Op. cit.* p.12.

³⁴ *Tiempo*, número 54, 15 de enero 1943, p. 33. Si se toma en cuenta que el salario mínimo por día en el Distrito Federal era de 2.50 pesos diarios, (*El Popular* 14 diciembre 1941) y el salario promedio de media de los obreros en general era de 5.00 pesos diarios- la diferencia es notoria.

³⁵ Jesús Topete, *Aventuras de un Bracero*, México, Editora Gráfica Moderna, 2ª ed., 1961, p. 7 y 8. Topete fue un trabajador ferrocarrilero originario de Jalisco que escribió el único relato de primera mano de uno de los primeros braceros que se ha publicado. Es interesante observar que la mejoría en la vestimenta de los braceros que regresaban es un aspecto que resalta tanto en las entrevistas aquí realizadas, como en las mismas encuestas de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social: entre las adquisiciones más frecuentes de los braceros se encontraban camisas, pantalones, sombreros y ropa en general, que ellos recuerdan como muy barata: “yo traía bastante ropa –afirma el señor Juan Saldaña-, por eso le digo que ahora sí que me fui con un pantalón de tirantes y regreso ya con camisa y pantalón de tela buena”. Entrevista con Juan Saldaña Bravo. Los autores de *Los Braceros* opinan que el cambio en las ropas de los trabajadores mexicanos que volvían de los EU estaba relacionado con “el deseo de mostrar visible originalidad y el hecho de ser especiales por haber visitado EU.” Argoytia, *et.al.*, *Op. cit.* p.70.

³⁶ Entrevista con Genaro Cortés García.

empleadoras se encargaban de ellos desde el momento de abordar el tren, hasta el regreso a México; “era responsabilidad de ellos”, “estábamos a cargo de ellos” “tenían el compromiso de...” son algunas de las expresiones con que los braceros relacionan la protección de la cual gozaron al estar contratados, o tal como lo expresó Nahum Mosso: “ya era problema de los americanos si nosotros nos enfermábamos o nos moríamos” o en palabras de Liborio Santiago: “ya que estaba uno a la responsiva de los americanos”; en este mismo sentido en los relatos de estos ex braceros encontramos episodios en los que algunos de ellos estuvieron plenamente conscientes de que los gobiernos habían puesto a su disposición personal para atender sus quejas.

Al mismo tiempo, algunos de los braceros como el señor Chores sabían que esta atmósfera de protección en la que trabajaban los braceros en EU se limitaba a aquellos que respetaban su contrato, y que uno de los riesgos de abandonar la labor para la que fueron contratados era que a partir de ese momento estarían a merced propia sin ningún amparo del gobierno mexicano y como transgresores de la ley estadounidense, por lo que lo mejor era no desertar si no se querían perder estos “privilegios”. El folleto de recomendaciones para los braceros emitido por la Secretaría de Relaciones Exteriores citado en el capítulo anterior incluye entre sus consejos a los trabajadores mexicanos: “por ningún motivo los braceros deberán abandonar su trabajo para desempeñar otro en la misma localidad o fuera de ella, independientemente de la empresa que lo contrató, pues quedarían sin la protección que su contrato establece y sujetos a deportación y a las sanciones que determinan las leyes norteamericanas”.³⁹ No debemos olvidar, sin embargo, que disposiciones como ésta tuvieron el propósito de mantener a los braceros dentro de las actividades para las cuales fueron contratados, y evitar así que abandonaran su contrato por un trabajo mejor pagado en la industria bélica como había sucedido con los trabajadores locales, quienes a diferencia de los braceros tenían la oportunidad de emplearse donde mejor les conviniese.

Independientemente del motivo que llevó a estos hombres a buscar un contrato, la protección ofrecida por los dos gobiernos fue un punto que quedó muy marcado en sus memorias; ya fuese en busca de una aventura o de mejorar su situación económica, para as

señores saber que contaban con el amparo oficial fue importante. Mc Williams nos ofrece un ejemplo más en este sentido: el mismo bracero entrevistado al que antes nos referimos, José de la Serna, declaró que “había venido a los EU sin el menor temor porque sabía que todos los acuerdos habían sido elaborados entre los dos gobiernos. Él no habría hecho este viaje bajo ninguna otra circunstancia” –apunta el autor.⁴⁰

Sin embargo, en las entrevistas aquí realizadas sobresale un hecho que en pocos textos se ha observado y que a pesar de las garantías antes mencionadas, logró amedrentar a más de uno: en los primeros años del Programa Bracero circuló entre los candidatos y en la población en general el rumor de que los trabajadores mexicanos contratados serían enviados al frente de batalla tan pronto cruzaran la frontera. Hemos visto que en los relatos aquí presentados hubo quienes afirmaron no haber temido un posible reclutamiento dentro del ejército –José Pablo Miramontes, Nahum Mosso- e incluso hubo a quien le sirvió de acicate –José Concepción Trejo, quien de hecho quería en esos años ser parte de las fuerzas armadas-. Pero para algunos otros esta fue una sospecha que les hizo dudar en el momento de contratarse y los atemorizó hasta el momento de cruzar la frontera –los señores incluyen en sus narraciones ejemplos de aquellos braceros que con su contrato en la mano, decidieron abandonar el tren que creían los llevaría directamente a las puertas del ejército. O como el caso más extremo de Genaro Cortés, para quien el temor de ser reclutado como soldado fue una amenaza omnipresente que no desapareció al llegar a suelo norteamericano y ser empleado en el mantenimiento de vías; por el contrario, sus temores incrementaron una vez que se encontró dentro de un país en el que la situación de guerra era palpable, y en el cual en más de una ocasión fue testigo de los destrozos provocados por el conflicto armado, al presenciar el regreso los restos de los aviones y barcos militares que eran traídos del frente.

Algunos de los braceros afirman que cuando ellos fueron contratados la gente no quería ir a EU precisamente por este miedo que existía: “porque le tenían miedo a la guerra”, dice José Pablo Miramontes; o en palabras de Liborio Santiago: “mucha gente pues le rehuía por la cuestión que decían que los iban a mandar al frente”. De manera muy

³⁹ *Consejos a los trabajadores...* p. 4.

⁴⁰ Mc Williams, *Op. cit.* p. 12

interesante, este temor llegó a ser expresado en una de las formas musicales más populares: el corrido. Un interesante ejemplo lo encontramos en el corrido “La despedida de los reenganchados”:

Voy a ver a los gringos para ver qué quieren
 con los mexicanos que vienen a traer
 al fin que los hombres donde quiera mueren
 y voy a su tierra, pues qué me han de hacer.
 Dicen que me quieren para que trabaje,
 cuatro pesos dólar me van a pagar;
 si es para otra cosa no crean que me raje,
 que también el rifle lo se manejar.
 Voy al otro lado con los americanos,
 para demostrarles que no soy *coyón*,
 que sepan los *güeros* que los mexicanos
 son muy hombrecitos de corazón.⁴¹

En la letra de este corrido es posible percatarse de la desconfianza hacia las intenciones de los norteamericanos quienes, necesitan tanto a los trabajadores mexicanos que los vienen a buscar a su propio país. El corridista, sin embargo, advierte que incluso si el verdadero interés de los estadounidenses fuera el de enviarlos a luchar en el ejército, no dudaría en seguirlos. La sospecha inicial va acompañada de una especie de reto y arrojo que es posible percibir en las palabras de algunos de los entrevistados cuando afirman no amedrentarse -al menos en palabras- ante la posibilidad de ser incorporados en el ejército, como señaló el señor Chores: “no tenía temor de irme por la guerra”.

Aunque no ha sido posible localizar el origen de estos rumores⁴² podemos pensar que considerando el ambiente general que se vivió en aquel momento, en que el gobierno mexicano emitía constantemente discursos acerca del importante papel que el país jugaba en el plan de defensa continental -si bien principalmente en materia de soporte económico como vimos en el capítulo anterior-, no parece difícil imaginar que se extrapolara el alcance de dicha obligación hacia el envío de soldados al frente. Después de todo, México se encontraba en estado de guerra y se tomaban medidas oficiales en consecuencia: el

⁴¹ Publicado en Merle Simmons, *The Mexican corrido as a source for interpretative study of modern Mexico (1870-1950)*, Bloomington, Indiana University Press, 1957, p. 455. El uso del corrido como fuentes documentales que reflejan la forma en que los estratos bajos y medios de la sociedad mexicana interpretan los acontecimientos históricos de su época será discutido más adelante.

⁴² Merle Simmons afirma que sin duda alguna estos rumores fueron diseminados por simpatizantes de los países del eje. Simmons, *Op. cit.* p.454.

gobierno llamó a los ciudadanos al servicio militar, se llevaron a cabo ensayos de apagones en la ciudad y el desarrollo del conflicto bélico en Europa ocupaba buena parte de las primeras planas nacionales.

Más aún, dado que fue el mismo gobierno mexicano quien le diera un toque “bélico” al Programa Bracero otorgando a los trabajadores el título de “Soldados de la Producción” podemos pensar que no era tan difícil para muchos de estos hombres extrapolar este concepto de “Retaguardia productiva” al de “Retaguardia en el frente”, como verdaderos soldados de batalla. Es momento entonces de remitirnos nuevamente a este discurso que rodeó al programa y a la forma en que los trabajadores lo interpretaron.

3.2. Un discurso que hizo mella.

*Soy bracero mexicano
he venido a trabajar
para esta nación hermana
que me ha mandado llamar
a mi país piden brazos
para poder sustituir
a los que están en la lucha
sin el temor de morir.⁴³*

Hemos visto en las entrevistas aquí presentadas que la mayoría de estos braceros expresaron verse a sí mismos con el “título de soldado” que les había sido conferido al contratarse, mismo que fue refrendado en los documentos oficiales del programa, y que constantemente se encontraba en los discursos proferidos a los braceros tanto en suelo mexicano como norteamericano. Esta percepción fue expresada en distintas formas - “fuimos a trabajar para que se alimentara el pueblo norteamericano”; “como si fueran soldados, pero van de braceros”; “ayudamos en cierta forma, para que la victoria llegara”; “fuimos soldados de la producción”, pero coinciden en señalar el trabajo de los braceros no sólo como una forma de ganar el sustento para ellos y sus familias, o incluso como una aventura, sino como parte del “Ejército de la Producción” en Norteamérica.

En fuentes documentales de la época se puede observar que desde aquellos años este discurso gubernamental había sido integrado dentro de la experiencia de los

⁴³ Corrido “El bracero”, citado en: Simmons, *Op. cit.* p. 453-454.

trabajadores mexicanos. En los años de 1943 y 1944 Ernesto Galarza, realizó una serie de entrevistas a 200 “nacionales” que prestaron sus servicios en el estado de California; en su informe apunta: “Al responder a las preguntas, generalmente dicen que lo que más les interesa es ganar la guerra, y en orden descendente lo siguiente: ganar más dinero del que podrían ganar en México, aprender inglés y algo sobre los Estados Unidos y perfeccionar sus habilidades profesionales.”⁴⁴ Otro texto escrito en torno al Programa Bracero en estos mismos años revela datos similares: “Hay varias razones por las cuales los braceros han deseado venir a trabajar a los Estados Unidos. A la mayoría les ha movido, al menos en parte, el deseo de contribuir al esfuerzo bélico”⁴⁵

Más aún y de manera sumamente interesante, encontramos que estas ideas fueron también manifestadas en forma de expresiones musicales populares, como es el caso de los corridos.⁴⁶ Cabe señalar aquí que la idea de revisar los corridos relacionados con el Programa Bracero surgió de un incidente relatado por el señor Alfonso Lara, quien nos comenta que en más de una ocasión él y algunos otros compañeros braceros llegaron a tener problemas con los habitantes de los pueblos en donde trabajaron, particularmente en las cantinas; uno de estos episodios violentos se originó por el uso de la sinfonola del bar, en donde el señor Lara había escogido “el corrido de los braceros”. “Un pocho me lo apagó...” narra, con lo que se inició una pelea a golpes entre el grupo de braceros y el de los

⁴⁴ Galarza, *Memorandum...*, *Op. cit.* p. 48.

⁴⁵ Jones, *Op. cit.* p.7.

⁴⁶ Vicente T. Mendoza definió el corrido mexicano como un género épico-lírico-narrativo que relata en la forma simple e invariable de una frase musical “aquellos sucesos que hieren poderosamente la sensibilidad de las multitudes”: crímenes violentos, muertes, historias de bandoleros, catástrofes, guerras, batallas o historias de amor.⁴⁶ Esta forma musical escrita “por el pueblo y para el pueblo” con temas que le son relevantes, ha sido utilizada como documento histórico para el estudio del México moderno, particularmente útil en el análisis de la opinión popular acerca de los acontecimientos políticos de una época determinada. En este sentido, el corrido ha sido considerado por algunos investigadores como Robert Redfield, quien lo califica como un “diario colectivo de las masas mexicanas”, y ha resaltado su tendencia a penetrar en el dominio de las noticias, la opinión pública e incluso la propaganda; por ello, considera que el corrido puede llegar a ser un efectivo “órgano noticioso” para las multitudes analfabetas que no tienen acceso a otro tipo de información.

Los corridos han sido utilizados en el estudio de la migración de trabajadores mexicanos a EU. En su texto *The bracero experience: elite lore and folklore*, María Herrera-Sobek compara la forma en que distintas fuentes han visto la experiencia de los trabajadores migrantes: por un lado, la producción literaria de la élite (elite lore) a través de textos literarios escritos entre los años de la Revolución Mexicana y la década de los sesentas; y por el otro, lo que la autora llama “folklore de la migración laboral hacia los EU”, estudiado a partir de entrevistas de historia oral y corridos. Vicente T. Mendoza, *El corrido mexicano*, México, Fondo de

“pochos” situación que se repitió en la siguiente visita a la cantina hasta que la presencia de la policía calmó los ánimos.

A lo largo de las demás entrevistas es evidente la importancia de la música como una de las formas de entretenimiento más recurrentes entre los braceros y como un elemento importante de su estancia en los EU: comenzando con el largo viaje en tren desde el centro de contratación en México hasta los destinos de trabajo de los braceros, estos hombres recuerdan los primeros asomos de nostalgia, incluso antes de cruzar la frontera, en los cantos que algún bracero acompañaba con su guitarra, y que pronto eran coreados por el resto. O el tiempo libre que pasaron en las cantinas y bares cerca de la sinfonola, escuchando canciones mexicanas y llorando de nostalgia, como recuerda el señor Cortés: “había una sinfonola ahí, y había pura música mexicana, canciones mexicanas... [algunos braceros] casi la abrazaban así la sinfonola y con su cerveza en la mano, y pues recordando de las canciones de aquí... y de sus familias también.”;⁴⁷ en sus ratos de esparcimiento al terminar sus jornadas diarias: “había una especie como de terreno grande, y ahí nos poníamos en las tardes a platicar, a cantar...”⁴⁸ o incluso al momento de regresar a México, cuando emocionados los braceros entonaron el himno nacional mexicano: “al quedar el tren a la mitad de la [frontera] de Estados Unidos y México, todos empezamos a cantar el himno nacional; y como iba mucho oaxaqueño, empezamos a cantar la... canción mixteca”.⁴⁹

El informe de Ernesto Galarza mencionado anteriormente advierte de la relevancia que tenía la música en la vida de los braceros que entrevistó: “a veces cantan en tríos o cuartetos en sus literas o bajo los árboles”, y observó que después de la cena los trabajadores de un campamento se reunían alrededor de la sinfonola a la que “echaban quinto tras quinto” y reclamaban: “Hasta por eso nos cobran”.⁵⁰ Por ello, entre las recomendaciones que este autor emitió con el fin de mejorar las condiciones de los braceros estuvo la de “proporcionar fonógrafo y discos gratis” en los campos de trabajo, pues según

Cultura Económica, 1976, Col. Popular, 139, p. IX. Maria Herrera-Sobek, *The bracero experience: elite lore and folklore*, Los Ángeles, University of California, 1979, p. 75 y 76. Simmons, *Op. cit.* p. 34-37.

⁴⁷ Entrevista con Genaro Cortés García.

⁴⁸ Entrevista con Juan Saldaña Bravo.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ Galarza, “Memorandum...”, *Op. cit.* p. 42.

su investigación una de las quejas más comúnmente expresadas por los trabajadores era la falta de música gratuita.⁵¹

Así pues, uno de los ejemplos más elocuentes de corridos en los que se expresa la idea de que los trabajadores mexicanos se encontraban en la Unión Americana realizando una “noble labor” de ayuda en el esfuerzo de la guerra es el de “La despedida de los reenganchados”:

Soy bracero mexicano
 he venido a trabajar
 para esta nación hermana
 que me ha mandado llamar
 a mi país piden brazos
 para poder sustituir
 a los que están en la lucha
 sin el temor de morir [...]
 Ya me voy de esta nación
 ya me voy les doy las gracias;
 quiero que todos gritemos:
 ¡Que vivan las Democracias!⁵²

El corridista señala de manera explícita que ha sido el gobierno norteamericano – calificado aquí como “Nación hermana”-, el que ha acudido a su contraparte mexicana y a sus ciudadanos para conseguir la fuerza de trabajo que la producción en aquel país requiere en esos momentos, y finaliza el corrido con la idea de que México y su vecino del norte están peleando codo con codo por la misma causa: la democracia. Simmons indica que en su investigación encontró otros corridos con contenidos y mensajes similares como es el caso de “La despedida de los braceros”:

Ya ayudamos al vecino
 en lo de la producción,
 y esperamos que muy pronto
 ya no habrá revolución.
 Estas cosas bien lo digo,
 creo que no sean por demás,
 hagamos un sacrificio
 para que reine la paz.⁵³

⁵¹ *Ibid.*, p. 43 y 49.

⁵² Simmons, *Op. cit.* p. 443-455.

⁵³ *Ibid.*

El Programa Bracero –nos dice Simmons- permitió que un buen número de ciudadanos mexicanos regresara de trabajar en suelo estadounidense “con más información de la vida en los EU de la que el pueblo había tenido hasta entonces”; aunque en los corridos escritos a partir de la firma del programa los EU siguieron siendo –como lo habían sido antes- “la tierra prometida donde los altos salarios permitieron al trabajador una calidad de vida inaccesible en México”,⁵⁴ un importante cambio tuvo lugar en el tono de esta producción musical: los corridos realizados previo al Programa Bracero reflejaban en general un sentimiento de ambivalencia hacia Norteamérica, que era vista por un lado como “el vecino explotador” que hacía uso de los recursos naturales mexicanos, y estaba presto a inmiscuirse en la política nacional o incluso a invadir militarmente el territorio mexicano; y por el otro lado, como el país en donde los mexicanos –pese a ser objeto de toda clase de abusos- buscaban un empleo que les permitiera obtener salarios más altos.

No es una sorpresa para alguien que conozca la escena mexicana que los corridos revelen que una profunda antipatía e incluso odio son básicamente las actitudes tradicionales hacia los EU y los norteamericanos. De hecho, al tratar este aspecto de la mentalidad mexicana cualquier cronología es de muy poca relevancia *hasta* la Segunda Guerra Mundial. No hay una aparente evolución en esta actitud, –sólo altos y bajos en la animosidad de la gente.⁵⁵

Sin embargo, cuando en 1942 los gobiernos de México y EU resultaron ser aliados en la guerra, el pueblo mexicano –afirma este mismo autor-, se encontró “sorprendido, confundido y con poca disposición para aceptar a los ‘gringos’ en su nuevo y no deseado papel”.⁵⁶ Ello a pesar de que algunos acontecimientos previos habían marcado la pauta para esta relación de cercanía y colaboración entre México y Norteamérica (la política de la Buena Vecindad, la visita del presidente norteamericano a México, el hundimiento de barcos mexicanos por submarinos alemanes; y los intercambios comerciales entre los dos países).

Y como apunta Simmons, la conclusión después de la confusión fue: “¿cómo podría uno odiar a los *yankees* con la ferocidad de antes si los propios hijos de México estaban

⁵⁴ *Ibid.*, p. 445.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 420. *Cursivas de V.D.L.*

peleando y muriendo por la misma causa con los *gringos*, quienes, por su parte, parecían estar luchando mucho más de lo que su [anterior] reputación de cobardía señalaba?”⁵⁷ De esta forma, concluye que el hecho de que corridos como los citados anteriormente pudieran aparecer en la literatura del pueblo hablaba mucho más elocuentemente del cambio en las relaciones entre México y su vecino del norte “que todos los pulidos discursos de los diplomáticos de ambos países durante el pasado medio siglo. La amistad con los EU se había filtrado hacia abajo desde el nivel de los discursos hasta la conciencia de las masas mexicanas”.⁵⁸

No es difícil concluir que luego de los discursos patrióticos dirigidos a los braceros tanto en México como en los EU, esta propaganda oficial que rodeó al Programa Bracero, y que como hemos visto le sirvió de justificación tanto en México como en Norteamérica, finalmente se filtró en las conciencias de los trabajadores –y como consecuencia fue expresada a través de formas musicales como el corrido. En las conclusiones de su texto Simmons sostiene que a través del estudio de los corridos le fue posible identificar varios momentos en el pasado en el que el pueblo fue sumamente sensible y receptivo a la propaganda oficial, y que el caso que más llamó su atención fue el del desarrollo de sentimientos pro-norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial.⁵⁹

Por otro lado, debemos considerar que durante su estancia en los EU los braceros pudieron percatarse en muchos casos de que la única fuerza laboral disponible a su alrededor eran otros trabajadores mexicanos. Tal como apunta José Concepción Trejo: “no había quién trabajara. Había puros niños y viejitos que ya no podían trabajar.”⁶⁰ Estos hombres fueron testigos directos de que en los EU mujeres, ancianos y niños estuvieron obligados a trabajar en tareas de las que tradicionalmente habían estado excluidos –como recuerda el señor Chores: “las mujeres andaban trabajando allá con sus tractores, unas hasta

⁵⁶ *Ibid.*, p. 453.

⁵⁷ *Ibid.* Hay que recordar que el Escuadrón 201 peleó al lado de los norteamericanos y un buen número de mexicanos se enlistaron en el ejército de los EU.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 554. El autor aclara que no todos los corridos en torno a la Segunda Guerra Mundial expresaban admiración o apoyo hacia los EU, pero que de todos aquellos que encontró en su investigación y que hacen referencia a los EU ninguno revela ningún sentimiento anti-estadounidense evidente. *Op. cit.* p. 581.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 460.

⁶⁰ Entrevista con José Concepción Trejo Domínguez.

monjas y todo de chóferes, en todo andaban trabajando porque no había hombres para trabajar”.⁶¹

Esta circunstancia contribuyó a que los trabajadores mexicanos *se sintieran* efectivamente necesitados, y al combinarse con la convicción de ser “soldados de la producción” llevó a más de un bracero a exigir que se respetaran sus derechos “como parte de la retaguardia en el frente doméstico”; en otros casos, los trabajadores evidentemente asumieron que como emisarios de la cooperación entre México y los EU —o simplemente como sustitutos de los trabajadores norteamericanos que estaban en el frente— debían recibir un trato digno por parte de sus patrones y de los ciudadanos estadounidenses en general. El señor Aurelio Torres narra la forma en que el cónsul mexicano en Los Ángeles defendió a los braceros con el argumento de que estaban “cooperando con la causa”, y que por la misma razón en los lugares públicos “*tenían* que dar[les] servicio”;⁶² José Concepción Trejo afirma por su parte: “como ya estábamos como trabajadores nacionales, nadie nos podía decir en la entrada que no podíamos entrar”⁶³; en tanto que Liborio Santiago declara: “yo nunca tuve problemas con los patrones, porque ellos estaban muy conscientes de que necesitaban el trabajo que hacía uno, nada de que le pusieran peros a uno...”.⁶⁴

La “heroicidad” del trabajo de los braceros durante la guerra fue resaltada incluso al momento de su despedida, cuando algunos de ellos recibieron cartas o certificados de agradecimiento por su “importante labor” en los campos agrícolas o vías férreas norteamericanas, como fue el caso del señor Máximo Butanda, quien conserva una carta de la empresa *California Walnut Growers Association* que expresa en español y en inglés lo siguiente (se transcribe literalmente, con los errores de redacción que aparecen en el original):

A quien le corresponde:

El portador Maximino [*sic*] Butanda trabajo en nuestro almacén de Vernon de esta Asociacion durante el mes de octubre de 1943, cumpliendo con sus deberes con todo conformidad. Su trabajo que el asi como sus compatriotas rendieron para la cosecha de la nuez durante esta emergencia de guerra fue

⁶¹ Entrevista con Mariano Chores Alarcón

⁶² Entrevista con Aurelio Torres.

⁶³ Entrevista con José Concepción Trejo.

⁶⁴ Entrevista con Liborio Santiago.

incalculable. Esta Asociación le extiende a él sus más fines agradecimientos y por su futuro bienestar.⁶⁵

De esta forma, desde su partida en la estación de tren en México hasta el fin de sus contratos los trabajadores mexicanos fueron constantemente recordados de la importancia de su labor como “soldados de la producción” en el frente doméstico y ello, como hemos visto, fue reflejado en sus narraciones en más de una ocasión.

Dado que en este trabajo nos propusimos indagar la forma en que estos hombres se vieron a sí mismos en aquellos años y el significado que tuvo para ellos el haber sido parte del Programa Bracero, podemos concluir que muchos de los trabajadores contratados ciertamente se apropiaron del discurso oficial de heroicidad que rodeó al programa en su primera fase; en algunos casos esta calidad de “soldados” y la percepción de lo importante que era su trabajo les animaron a exigir el cumplimiento de sus contratos y un trato digno por parte de sus empleadores.

Sabemos que las diez entrevistas aquí realizadas no son sino una muy pequeña muestra de los miles de trabajadores mexicanos que recibieron un contrato entre 1942 y 1947 y que es posible cuestionar el grado en que los testimonios aquí presentados son característicos en relación con el resto de los braceros. El concepto de representatividad que ofrece Portelli nos ayuda a establecer en este trabajo la importancia de estas diez entrevistas dentro de la primera etapa del Programa Bracero en su conjunto; este autor afirma que al

⁶⁵ Copia del documento proporcionado por el señor Butanda. Documentos similares fueron emitidos por las empresas ferroviarias: una carta de la New York Central System dirigida a uno de los braceros y fechada en Chicago Illinois, el 7 de octubre de 1945 asienta lo siguiente: “Deseo dar a usted en nombre de la New York Central System nuestra cordial despedida y desearle un feliz viaje de regreso a su patria. Quiero también por medio de la presente, expresarle nuestras gracias por su trabajo ejecutado durante el período del contrato manifestando así su buena voluntad para cooperar personalmente a ganar la guerra mundial que puso en peligro la paz y el progreso de todos los pueblos civilizados que están ansiosos de conservar eternamente. Las relaciones sinceras de amistad que unen a México y a los Estados Unidos del Norte se reflejan en los individuos. Por lo tanto, puedo asegurar a usted que el New York Central trató de verdad de hacer su permanencia en el campamento y en el trabajo lo más tolerante posible dentro de las circunstancias actuales y si no fue de un todo como hubiéramos deseado, esperamos de su bondad nos disculpe. [...] La Western Pacific Railroad Company extendió un certificado a Trinidad Méndez Ramírez en el que consta que este ciudadano mexicano “ha sido empleado de la Western Pacific Railroad Company 6 meses en nuestra industria vital de guerra, cumplió satisfactoriamente los términos de su contrato contribuyendo a obtener la Victoria de los Países Aliados, estrechando asimismo los lazos amistosos que unen a México y Estados Unidos. Estamos orgullosos de la conducta observada por dicho señor en su estancia en este país.” Firmado en Iko, Nevada, el 10 de julio de 1944. El énfasis en las citas es mío. Documentos del Archivo de la Alianza Braceroproa.

para atender las quejas expresadas” y dar debida solución a los problemas presentados por los trabajadores.⁶⁹

Según señala Pedro de Alba durante los primeros años del programa se recibían informes de sitios en donde la labor de los braceros era bien reconocida por todos y los trabajadores fueron bien atendidos y gozaron de una buena calidad de vida, pero de otros sitios se recibían noticias de maltratos, falta de atención médica e indemnizaciones que obligaron a muchos a repatriarse, por lo que opina que en cierta forma el tipo de experiencias que los braceros encontraron fue en buen parte una cuestión de suerte: “esto fue como el águila o sol de un juego de azar en que algunos atinaron y otros perdieron”.⁷⁰ El tamaño de los campamentos, las instalaciones y los servicios proporcionados a los braceros variaban enormemente –apunta Galarza en su informe–; ello le llevó a concluir que la carencia de un aparato regulador eficaz fue uno de los problemas más grandes: “la administración de los campos demuestra donde quiera la falta de una política nacional y una supervisión general”⁷¹, situación que dio lugar a vivencias sumamente diversificadas.⁷²

Por ello, este mismo autor estimó que en general el problema más grande del Programa Bracero en esta época fue “la falta tácita de un aparato para atender las quejas expresadas”, pues a pesar de todas las disposiciones que hubo en el acuerdo binacional y el contrato individual “el servicio consular, los inspectores del trabajo, y las dependencias del gobierno de EU responsables del programa no han logrado en conjunto crear un sistema para atender pronto y eficazmente las quejas y para investigar los agravios”⁷³, lo que constituía una violación de uno de los derechos fundamentales del trabajo: la solución continuada de las disputas y quejas.⁷⁴

⁶⁹ Galarza, “Memorandum...”, *Op. Cit.*, p. 41.

⁷⁰ Alba, de, *Op. cit.* p.25.

⁷¹ Galarza, “Memorandum...”, *Op. cit.* p. 45.

⁷² Otro de los aspectos en los cuales el Programa Bracero mostró una notable pluralidad fue la extracción social y económica de los trabajadores, pues entre los contratados había desde campesinos analfabetos hasta trabajadores calificados e incluso alguno que otro estudiante universitario.

⁷³ Galarza, “Memorandum...”, *Op. cit.* p.42 y 45.

⁷⁴ Entre los problemas más graves que Galarza señala en su informe se encontraban: (1) La falta de información adecuada, apropiada y continua para los trabajadores en relación con sus derechos y obligaciones laborales, con los hábitos y costumbres locales y problemas personales, así como el aislamiento informativo en que se encontraban respecto de los acontecimientos de la guerra. (2) La insuficiencia y mala calidad en los alimentos ofrecidos en los campos de trabajo. (3) Las quejas sobre los ingresos de los trabajadores, que éstos consideraban inferiores a lo que se les hizo creer en México o a lo

Sin embargo, para quienes habían seguido de cerca el desarrollo de la migración laboral de México hacia los EU hasta antes de 1942, el Programa Bracero en su primera fase –con todas las dificultades antes mencionadas- marcó una diferencia respecto de los años anteriores a la firma del convenio binacional; en un informe de 1944 enviado al presidente de la república, Manuel Gamio comenta: “en términos generales, las condiciones de los braceros son incomparablemente mejores que las que observé al estudiar la inmigración mexicana en los EU desde 1927 a 1929... los braceros que entraron de contrabando [...] deben estar en muy mala situación porque no los protege el contrato, quedando sujetos al tratamiento que quiera darles el patrón”.⁷⁵

Como señala García y Griego, el gran desfase que existió entre la protección otorgada a los trabajadores según el convenio binacional (la teoría) y la realidad que los braceros vivieron en materia de derechos laborales y humanos (la práctica) en los últimos años del programa no fue igual desde el principio, sino que se acentuó de manera importante al finalizar la guerra y después de 1954. Lo anterior se debió primordialmente a que –como vimos en el capítulo anterior- en 1942 cuando se firmó el Programa Bracero existía un interés por parte del gobierno norteamericano en hacer que el programa funcionara en las mejores condiciones posibles, lo cual implicó básicamente la aceptación de las condiciones impuestas por México –incluso si éstas eran contrarias a los intereses de los mismos granjeros norteamericanos-. Como señala Galarza en un texto posterior:

en los Estados Unidos era urgente la necesidad de hombres para la guerra. Las medidas que había que tomar requerían gran amplitud, coordinación eficiente, continuidad por todo el tiempo que durase la crisis y acción inmediata. El llamado de 1942 fue de gobierno a gobierno. México insistió, y los EU convinieron de buen grado en que el asunto debería conducirse con

que podrían ganar si trabajaran tiempo completo. En este rubro se incluían el malestar ocasionado por los descuentos realizados ya fuese por alimentación, y la bajísima paga que recibían los trabajadores cuando estaban enfermos. (4) La falta de un aparato para atender las quejas expresadas por los braceros, que a pesar de existir en el papel, en la práctica dejó mucho que desear, pues las apelaciones a los cónsules, inspectores del trabajo y agentes del gobierno norteamericano poca efectividad tuvieron en la solución de problemas. (5) La existencia de administradores de los campamentos incapaces de comunicarse con los trabajadores. (6) La discriminación racial sufrida por los braceros en ciertos lugares, que a pesar de que no se pudo determinar qué tan difundida estaba, conllevaba una carga emocional muy fuerte que dejaba una huella profunda en aquellos que experimentaron algún rechazo racial. (7) La falta de programas recreativos (8) La falta de programas educativos. Galarza, “Memorandum...”, *Op.cit.*, p. 43 - 48.

⁷⁵ Gamio, “Informe confidencial...”, *Op. cit.* p. 39.

escrupuloso respeto a los derechos de los trabajadores que fueran llevados a trabajar al país del Norte.⁷⁶

La prueba de que al menos en estos primeros años los empleadores fueron obligados de manera más contundente a cumplir con las cláusulas del convenio, según García y Griego, son las quejas de las asociaciones de granjeros estadounidenses y sus intentos por reformar el programa a su favor,⁷⁷ como sucedió con el reclamo del presidente del American Farm Bureau: “¿Por qué no simplemente permitir a los granjeros que vayan a México y obtengan los trabajadores que necesitan tal como lo han hecho en el pasado?”⁷⁸

Sin embargo, este interés inicial del gobierno de los EU fue originado en buena parte por el estado de guerra,⁷⁹ por lo que una vez finalizado este conflicto las circunstancias que llevaron a la negociación del acuerdo de prestación de mano de obra dejaron de existir, y con ello la garantía de que los derechos laborales de los braceros serían respetados.

García y Griego señala que durante los primeros años del Programa Bracero el gobierno de EU estuvo mucho más a favor de los trabajadores agrícolas y de evitar abusos por parte de los productores que en los años subsecuentes, por lo que en ese momento las opiniones de ambos gobiernos sobre un programa de contratación eran más cercanas, ya que ambos tenían interés en evitar que los trabajadores locales fuesen desplazados de sus empleos y en prevenir que los productores agrícolas abusaran de los trabajadores.⁸⁰

Dentro de las entrevistas mismas es posible observar las diferencias percibidas por los braceros que fueron contratados en los años de la posguerra y en la década de los cincuenta y principios de los sesenta en comparación con sus primeros contratos, durante

⁷⁶ Ernesto Galarza, “Trabajadores mexicanos en tierra extraña”, en: *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, no. 1-2, vol. X, México, Talleres Gráficos de la Nación, enero-febrero-marzo; abril-mayo-junio, 1958, p. 6.

⁷⁷ García y Griego, *The bracero policy...*, p.109-112.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 111.

⁷⁹ Tal como apunta el mismo Galarza: “los graves males que acarrecaba la irrestricta migración en masa [...] hubieran contrastado con los buenos deseos de la ‘política del buen vecino’, llegando a crear problemas de tal naturaleza que ninguno de los dos gobiernos hubiera disculpado ni perdonado. Es más, hacia 1942, medio siglo de panamericanismo habla ya establecido, a través de innumerables resoluciones y congresos fraternales, un código de relaciones interamericanas que aspiraba a extender la felicidad y el bienestar no sólo al campo diplomático sino también entre la mas del pueblo de las 21 repúblicas hermanas”. Galarza, “Trabajadores mexicanos...”, p. 6.

el auge del conflicto bélico. Tres de los trabajadores entrevistados estuvieron en esta situación y sus relatos acerca de la forma en que fueron vistos y tratados por sus patrones en los últimos años de su labor en suelo norteamericano en comparación con los primeros resultan bastante reveladores. El señor José Pablo Miramontes recuerda que cuando volvió a ser contratado en la década de los cincuentas las condiciones de trabajo empeoraron notoriamente: "*Entonces sí nos trataron mal desde que nos treparon al vehículo que nos llevó, en un trailer, en una góndola, pusieron unas tablas así, y toda la noche ir así desde Monterrey hasta Arkensó [Arkansas]... porque ya entonces daban los contratitos de cuarenta días, [y] a veces estaba un mes, o más de un mes ahí esperando la contratación, entonces sí la sufrimos*"⁸¹.

Y aunque él no menciona el porqué de este cambio, los señores Mariano Chores y Liborio Santiago, quienes vivieron una experiencia similar, lo atribuyen al hecho de que la guerra había terminado y con ello la urgente necesidad de mano de obra que forzó a los EU a tratar a los trabajadores mexicanos como aliados en la guerra. Ambos tuvieron la oportunidad de trabajar como braceros una vez que el conflicto armado finalizó y recuerdan que, en comparación con los primeros años del programa, la calidad de vida y trabajo de los braceros se deterioró:

pues era más difícil –nos dice el señor Santiago- porque fue todavía cuando estaba la guerra daban muchas facilidades para contratarse, necesitaban a la gente y muchas veces sin ningún problema pasaba la gente porque la necesitaban. Pero ya después ya se puso más problemático porque como ya se terminó, pues si hubo contrataciones, pero tenía uno que batallar mucho para poderse contratar, porque ya era poca la demanda.⁸²

Mariano Chores no regresó a los EU, sino que estando en este país renovó su contrato desde 1943 hasta el año de 1946. De este tiempo de la posguerra que él vivió apunta:

⁸⁰ García y Griego, *The bracero policy...*, p. 97 y 101.

⁸¹ Entrevista con José Pablo Miramontes. Cursivas de V.D.L..

⁸² Entrevista con Liborio Santiago Pérez.

como le digo, ya había acabado la guerra, ya no había preferencias para uno, ya lo veían a uno más mal... como quien dice, si bien quieres trabajar si no regrésate pa'tu casa [risa], y la verdad así me sentía... no, antes no, como le digo, no había gente ahí... y ios granjeros, claro ya habiendo más gente, a uno como que ya no lo necesitan... entonces ya para que quiere uno estar ahí, para ver ese cambio.⁸³

Es interesante notar que esta misma situación había tenido lugar en la Primera Guerra Mundial, y Manuel Gamio registra en sus entrevistas el testimonio de Wenceslao Iglesias, migrante entrevistado a finales de los años veinte quien declaró que “cuando los EU entraron a la guerra, la gente de la fundición dio trabajo a los mexicanos, y los trataron muy bien, pero desde que terminó la guerra ya los tratan muy mal.”⁸⁴

En las entrevistas que María Herrera-Sobek realizó a braceros contratados entre 1947 y 1963 uno de los trabajadores recuerda un comentario que le fue hecho en relación con los braceros que trabajaron en el período de la guerra, en el sentido de que éstos últimos se encontraron en una mejor situación que sus contemporáneos:

el mexicano que estaba en ese estado nos decía que antes de que viniéramos nosotros había sido incluso mejor. Nos decía: “¡a ustedes sólo les tocaron las migajas!... ¡ustedes llegaron demasiado tarde, y les tocaron las sobras!, ¡al principio estaba muy bien porque no había americanos por aquí, solo americanas, sólo patronas. Ellas se juntaban y organizaban bailes para los mexicanos, para los trabajadores.” Nos decía que eso había sido por el cuarenta y dos, pero para el cuarenta y siete ya no había nada de eso.⁸⁵

Al final de la guerra los braceros se encontraron nuevamente en una posición de desventaja frente a sus empleadores norteamericanos pues a pesar de contar con un contrato surgido de un convenio binacional, las relaciones entre los EU y México cambiaron y éste último descendió en el orden de intereses del vecino país del norte. La agricultura norteamericana a gran escala no dejó de depender fuertemente de la mano de obra extranjera, particularmente de la mexicana, pero los braceros prácticamente perdieron el respaldo del gobierno estadounidense.

⁸³ Entrevista con Mariano Chores Alarcón.

⁸⁴ Gamio, *El inmigrante mexicano...*, *Op. cit.* p. 199.

⁸⁵ Herrera-Sobek, *Op. cit.* p. 49.

Los flamantes discursos proferidos a los trabajadores mexicanos durante los primeros años poco valieron frente al poder de los *agribusiness* que de nuevo impusieron sus condiciones en la importación de mano de obra. Pronto se hizo evidente que más allá de la cooperación continental frente a la guerra, el Programa Bracero había servido –y con los años serviría aun más- para mitigar los problemas de desempleo y distribución de tierras en México. La “Alianza de Braceros Mexicanos” reclamó al presidente mexicano en 1945 que una vez concluida el conflicto bélico los supuestos “soldados de la producción” no gozaron de ningún reconocimiento, “ni los cañonazos de gloria respectivos”, pero que finalmente lo que les importaba no era este tipo de distinciones sino que se negociara la continuación del Programa Bracero, y así tratar de poner fin al “estado de miseria” prevaleciente entre la mayor parte del campesinado mexicano.⁸⁶

Al final, los trabajadores mexicanos que prestaron sus servicios para los empleadores norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial fueron “héroes” olvidados tanto en los EU como en su mismo país, en donde hoy día mucha gente no recuerda o no sabe siquiera de la existencia del Programa Bracero. Bárbara Driscoll ofrece un ejemplo de la forma en que históricamente se ha ignorado y/u olvidado la contribución de los trabajadores mexicanos: un historiador de la empresa ferroviaria Southern Pacific llegó a afirmar que “hasta donde él sabía la compañía no había empleado ciudadanos mexicanos durante la Segunda Guerra Mundial.”⁸⁷

Por último, si consideramos que la memoria no es un depósito pasivo de hechos, como señala Portelli, sino un proceso activo de creación de significados, podemos pensar las narraciones de estos ex braceros tienen relación con la campaña que hoy en día trata de recuperar el dinero que les fue descontado hace más de cincuenta años. El hecho de que estos hombres se hayan visto como un contingente que fue a los EU no sólo como trabajadores migrantes -por necesidad económica- sino como parte de la ayuda que México proporcionó a EU durante la guerra despierta en algunos un resentimiento ante las presentes circunstancias, pues no sólo no recibieron un reconocimiento oficial por parte del gobierno

⁸⁶ De José Hernández Serrano, Secretario General de la Alianza de Braceros Nacionales de México en los Estados Unidos de Norteamérica al presidente de la República Mexicana, General Manuel Ávila Camacho, México, D.F., 27 de noviembre de 1945, en *Boletín...*, p. 16.

⁸⁷ Driscoll, *Op.cit.*, p. 217.

mexicano por su labor como “soldados de la producción”, sino que parte del dinero que ganaron con su trabajo en un país extranjero les fue robado. Por ello, muchos de estos hombres han vuelto a la lucha por recuperar parte de ese reconocimiento en la forma de la devolución de su fondo de ahorro, pero esa... es otra historia oral.

motivos que llevaron a estos hombres a enlistarse como braceros. pues tal como revelan las entrevistas aquí presentadas, las planes del gobierno mexicano de enviar a los EU únicamente a ciudadanos desempleados no se cumplieron como habían sido planeados y el Programa Bracero atrajo a una variedad de personas entre quienes se encontraron aquellos que buscaron ante todo realizar un viaje al norte en busca de una aventura y de conocer un país del que muchas cosas habían oído y deseaban comprobar. Gracias al convenio binacional, podrían realizar esta travesía contando con un contrato en la mano, con el amparo de las leyes de los dos países, con el transporte de ida y vuelta pagado, y con la garantía –al menos en el papel- de un trabajo constante y remunerado en dólares. Mientras que para algunos esta protección gubernamental resultó fundamental en la decisión de enrolarse como braceros, para otros el puro afán de aventura fue suficiente y para algunos otros la apremiante necesidad económica fue un aliciente aun mayor. De cualquier forma es interesante destacar que, al menos para algunos de los ex braceros aquí entrevistados, la restricción impuesta sobre ellos de laborar únicamente en las actividades para las que fueron contratados so pena de perder toda protección gubernamental y quedar a merced de las autoridades migratorias norteamericanas –situación que para los empresarios agrícolas y ferroviarios fue una condición ideal que les permitía retener a estos trabajadores y evitar así la absorción de su mano de obra por parte de la industria bélica- fue vista por ellos más como un afán de protección del gobierno que de restricción y por lo mismo fue respetada.

A pesar de los rumores que existieron en torno al posible envío de los trabajadores mexicanos al frente de batalla, estos hombres se mantuvieron firmes en su decisión de laborar en los EU a pesar de la inminente situación de guerra en que este país se hallaba envuelto. Desde un principio se había dejado claro que el papel de México en la lucha contra el totalitarismo sería primordialmente en el campo económico, y ellos, los braceros, eran parte de esa contribución mexicana; no eran, según insistía en señalar el gobierno, simples migrantes, sino “ciudadanos mexicanos en comisión”: “soldados de la producción”. Y así fue como muchos de estos hombres se vieron a sí mismos. A través de las entrevistas pudimos observar que si bien no todos –en este caso ocho de los diez entrevistados- efectivamente percibieron su labor en los EU como parte del contingente que México enviaba para ayudar en la producción y transporte de “Alimentos para la Victoria”. De

manera muy interesante debemos notar que esta concepción de sí mismos llevó a algunos de estos hombres a exigir que se les tratara como tales, o en su defecto, a interpretar ciertas actitudes de sus patrones u otras personas con las que convivían como resultado de dicho “cargo honorífico” que les había sido conferido.

Mostramos aquí que estas ideas fueron expresadas a través de una de las formas musicales más populares y que reflejan en buena forma el sentir y pensar de muchos mexicanos: los corridos.

Este discurso “heroico” sirvió para justificar la salida (o entrada) masiva de trabajadores mexicanos tanto en México como en los EU, y para acallar las voces que desde un principio lo consideraron –en el caso de México- una vergüenza para el país y/o una acción injustificada para dar salida al contingente de desempleados que en México no podían ser empleados. Por el lado norteamericano, justificaba la contratación de extranjeros que se consideraban “indeseables” en tanto pretendiesen establecerse permanentemente en suelo estadounidense, pero cuya presencia se volvía aceptable si se trataba de una contratación temporal para coadyuvar en el esfuerzo bélico.

Vimos que el final de la guerra se llevó consigo este “discurso heroico” y la realidad económica mexicana evidenció su debilidad e incapacidad de retener a su fuerza de trabajo dentro del territorio nacional; como consecuencia, un programa que nació con un fin preciso y una temporalidad que debía estar marcada por el conflicto bélico, se extendió hasta el año de 1964.

Pero esta situación va más allá del marco temporal y objetivos de este trabajo. Queremos proponer, sin embargo, una futura investigación que compare con mayor cuidado un aspecto que aquí se destaca pero en el cual no fue posible profundizar: las diferentes experiencias de braceros que laboraron durante los primeros años y aquellos que lo hicieron durante las dos últimas etapas, para observar el cambio en el poder negociador de México a través de los testimonios de los ex braceros.

Otro aspecto que nos parece relevante y que también ofrece interesantes vetas de investigación es el de las relaciones de género y la división del trabajo en el hogar frente a la migración temporal masculina a través del testimonio de las esposas e hijos de los ex braceros. Una primera exploración que se llevó a cabo en este sentido sugiere que el

análisis de otros puntos de vista dentro de la misma familia acerca del tiempo en que estos hombres laboraron en los EU da cuenta de posibles cambios en las relaciones familiares; en muchos casos las esposas de los braceros se vieron por primera vez en la necesidad de contribuir económicamente en el hogar mientras sus compañeros hacían sus primeros envíos de dinero a la familia, o cuando éstos llegaban a ser insuficientes para la manutención de la misma. De igual forma, fue la primera vez que muchas de ellas se vieron completamente al frente del hogar y con la responsabilidad de todas las decisiones que debían ser tomadas. Para muchas, éste fue un momento que marcó un cambio definitivo en sus relaciones maritales y en la distribución de los deberes familiares.

Los recuerdos de estos diez braceros, si bien resultan una diminuta muestra del total de trabajadores que fueron empleados en esos años –cerca de 300 mil-, son presentados aquí como primer acercamiento a una historia que hasta ahora se ha encontrado prácticamente oculta, y cuya importancia en el contexto actual de la migración mexicana hacia los EU es acentuada. Recientemente el gobierno mexicano ha mostrado un firme interés en tratar el tema migratorio con su homólogo estadounidense; un asunto que ocupa gran parte de la agenda de discusiones es la creación de un “programa de trabajadores huéspedes”, similar al que en este trabajo se estudia. Creemos que en este sentido el Programa Mexicano Estadounidense de Prestación de Mano de Obra firmado en 1942 es una experiencia histórica de enorme relevancia que ofrece lecciones importantes sobre las implicaciones de un acuerdo de este tipo tanto en el nivel macro –político, económico y social-, como en el micro –en las vidas de los trabajadores mismos-, y que el conocer las experiencias de quienes en el pasado decidieron ser parte del Programa Bracero proporciona un obligado antecedente para una futura negociación y expedición de políticas en este sentido.

Es necesario tomar en cuenta que finalmente, los trabajadores mexicanos antes, durante y después del Programa Bracero han constituido un elemento sumamente importante para la economía norteamericana, pues han desempeñado el papel de un ejército laboral de reserva. La fuerza de trabajo mexicana ha sido un recurso barato, disponible y desechable en el momento en que no ha sido necesario. El marco en el que se desarrollaron los primeros años del Programa Bracero permitió que los trabajadores contaran con

garantías laborales que no habían tenido hasta entonces y que sus empleadores se vieran obligados –al menos en cierto grado- a respetar los derechos asentados en el convenio binacional y el contrato individual. No obstante, desde los primeros años del programa se careció de un aparato encargado de vigilar la efectiva puesta en práctica de las cláusulas de dichos documentos. El que las experiencias de los trabajadores dependieran del “azar”, de la “buena suerte” de ser enviados a un campo de trabajo en donde los patrones se ocuparan de su calidad de vida y cumplieran cabalmente con las obligaciones que les marcaba el convenio, representó siempre uno de los problemas más graves. A pesar de que inicialmente esto se justificó con la novedad del programa y con la situación de emergencia bélica, el hecho fue que esta situación en lugar de mejorar con el paso del tiempo –y la experiencia acumulada- se deterioró considerablemente, debido sobre todo a la pérdida de poder negociador por parte de las autoridades mexicanas, y a la disposición de éstas para continuar con el programa de prestación de mano de obra a pesar de que las condiciones bajo las cuales laboraban los braceros fuesen cada vez más denigrantes. Así, en las dos últimas etapas del Programa Bracero se hizo más evidente el papel de la mano de obra mexicana como presión salarial a la baja en la agricultura norteamericana, incluso cuando los trabajadores iban con contratos que supuestamente tenían la finalidad de protegerlos.

Con el presente trabajo se ha buscado arrojar nuevas luces al conocimiento de las vivencias y opiniones de los protagonistas de este episodio histórico; los testimonios personales y las percepciones individuales de quienes fueron partícipes directos del programa bracero –con toda su subjetividad inherente-, constituyen un acervo de gran importancia no sólo en el terreno histórico sino en el ámbito contemporáneo, puesto que las experiencias narradas por estos y otros actores directos en el proceso migratorio sirvieron en aquel entonces –y continúan haciéndolo hoy en día- como aliciente para potenciales nuevos migrantes.

A manera de colofón.

A casi sesenta años de iniciado este programa, la “heroicidad” de los braceros no ha tenido un reconocimiento oficial por parte del gobierno o la sociedad mexicana. Pero hoy día, tal como lo señalaron hace más de cinco décadas los miembros de la “Alianza de Braceros Mexicanos”, no son los “cañonazos de gloria” los que importan muchos de los

braceros que fueron contratados durante la Segunda Guerra Mundial y que aún viven, sino la recuperación de un dinero que estos hombres honradamente ganaron con su trabajo en los campos agrícolas y vías ferroviarias estadounidenses y que se encuentra "perdido". Y muchos de ellos continúan en la lucha por recuperarlo.

BIBLIOGRAFÍA

Entrevistas:

- Máximo Butanda Pérez, Ciudad de México, marzo 2001.
Genaro Cortés García, Ciudad de México, abril 2001.
Mariano Chores Alarcón, Estado de México, marzo 2001.
Alfonso Lara López, Ciudad de México, marzo 2001.
José Pablo Miramontes, Ciudad de México, marzo 2001.
Nahum Mosso Calleja, Ciudad de México, marzo 2001.
Juan Saldaña Bravo, Ciudad de México, marzo 2001.
Liborio Santiago Pérez, Estado de México, marzo 2001.
Aurelio Torres Martínez, Ciudad de México, marzo 2001.
José Concepción Trejo Domínguez, Ciudad de México, marzo 2001.

Documentos proporcionados por los trabajadores entrevistados:

Contrato Individual de Trabajo, 1942-1945.

Consejos a los trabajadores mexicanos que pasan a los Estados Unidos contratados por la War Food Administration (Administración de Alimentos en Tiempo de Guerra), México, Secretaría de Relaciones Exteriores - Departamento de Información para el Extranjero, 1944.

Carta de la California Walnut Growers Association a Máximo Butanda Pérez, Los Ángeles, California, 29 de octubre de 1943.

Documentos del archivo de la Alianza Braceroproa:

Contrato Individual de Trabajo, 1942-1964.

Carta de la Texas Pacific Railroad Company a Trinidad Méndez Ramírez, Iko, Nevada, 10 de julio de 1944.

Carta de la New York Central System a Martín Sánchez, Chicago, Illinois, 7 de octubre de 1945.

Fuentes impresas:

Alba de, Pedro, *Siete artículos sobre el problema de los braceros*, (s.p.i.), 1954.

Argoytia, M., Luis, Guillermo Martínez y Luis Fernández del Campo, *Los Braceros*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social. Dirección de Previsión Social, 1946.

Baum Willa K., *Transcribing and editing oral history*, Nashville, American Association for State and Local History, 1977.

Benmayor, Rina y Andor Skotnes (eds.), *International Yearbook of Oral History and Life Stories, Vol. III Migration and Identity*, Nueva York, Oxford University Press, 1994.

Boletín del Archivo General de la Nación, Tercera Serie, Tomo IV, no. 4 (14), octubre-diciembre de 1980.

Cardoso, Lawrence, *Mexican Emigration to the U.S.: 1910 to 1930: an analysis of socio-economic causes*, Connecticut, (Tesis de Doctorado, Universidad de Connecticut). 1974.

Carreras de Velasco, Mercedes, *Los mexicanos que devolvió la crisis, 1929-1932*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, (Col. Del Archivo Diplomático Mexicano).

Craigh, Richard, *The Bracero Program. Interest groups and foreign policy*, Austin, University of Texas Press, 1971.

Driscoll, Bárbara, *Me voy pa' Pensilvania por no andar en la vagancia. Los ferrocarrileros mexicanos en Estados Unidos durante la segunda guerra mundial*, trad. de Lauro Medina, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Investigaciones sobre América del Norte, 1996.

Durand, Jorge (comp.), *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.

Durand, Jorge, *Más allá de la línea. Patrones migratorios entre México y Estados Unidos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

Foreign Relations of the United States. Diplomat' papers, Washington, Government Printing Office, 1963.

Extremos de México, México, El Colegio de México, 1971.

Galarza, Ernesto, "Trabajadores mexicanos en tierra extraña", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, no. 1-2, vol. X, México, Talleres Gráficos de la Nación, enero-febrero-marzo; abril-mayo-junio, 1958, p. 3-84.

Galarza, Ernesto, *Merchants of labor. The Mexican Bracero Story, An Account of the Managed Migration of Mexican Farm Workers in California 1942-1960*, Santa Barbara: McNally & Loftin, Publishers, 1964.

Gamboa, Erasmo, *Mexican Labor and World War II. Braceros in the Pacific Northwest 1942-1947*, Austin, University of Texas Press, 1990.

Gamio, Manuel, *El inmigrante mexicano. La historia de su vida*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969.

Garay de Graciela (coord.), *La historia con micrófono*, México, Instituto Mora, 1994.

Garay de, Graciela, *Cuéntame tu vida. Historia oral: historias de vida*, México, Instituto Mora, 1997, Col. Perfiles.

García Tellez, Ignacio, *La migración de braceros a los Estados Unidos de América*, México, s/e, 1955.

García Cantú, Gastón, *Utopías mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

Brown, Peter G. y Henry Shue (comps.), *The border that joins: Mexican immigrants and U.S. responsibility*, Nueva Jersey, Totowa, Rowman y Littlefield, 1983.

García y Griego, Manuel, *The bracero policy experiment. US.-Mexican responses to Mexican labor migration, 1942-1955*, (Tesis de Doctorado, Los Ángeles, Universidad de California), 1988.

Herrera-Sobek, María, *The bracero experience: elite lore and folklore*, Los Ángeles, Universidad de California, 1979.

Historia General de México, 4ª ed., México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 1994.

Hoffman, Abraham, *Unwanted Mexican Americans in the great depression. Repatriation pressures, 1929-1939*, Tucson, University of Arizona Press, 1974.

Jones, Robert C., *Los braceros mexicanos en los Estados Unidos durante el periodo bélico. El programa mexicano-estadounidense de prestación de mano de obra*, Washington, Unión Panamericana. Oficina de Información Obrera y Social, 1946.

Kirstein, Peter N., *Anglo over bracero: a history of the Mexican worker in the U.S. from Roosevelt to Nixon*, San Francisco, R&E Research Associates, 1977.

Lázaro Salinas, José, *La emigración de braceros: visión objetiva de un problema mexicano*, México, [Cuauhtémoc], [1955].

Machuca Ramírez, Jesús Antonio, *Internacionalización de la fuerza de trabajo y acumulación de capital: México – Estados Unidos (1970-1980)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990, Col. Científica.

Martínez Domínguez, Guillermo, "Los Braceros Mexicanos en los Estados Unidos", en *Revista de Economía*, Vol. X, nos. 4 y 5, mayo 31, 1947.

Massey, Douglas, et. al., *Return to Aztlan, the social process of International Migration from Western Mexico*, University of California Press, 1987.

Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, Secretaría de Relaciones Exteriores.

septiembre 1942 - agosto 1943

septiembre 1943-agosto 1944

septiembre 1944-agosto 1945

Mendoza, Vicente T, *El corrido mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, Col. Popular 139.

México, Realización y Esperanza, México, Ed. Superación, 1952.

Meyer Lorenzo y Josefina Zoraida Vázquez, *México frente a EU (un ensayo histórico 1776-1993)*, México, FCE, 3ª ed., 1994.

Montoya Ramón Alejandro, *La migración potosina hacia los Estados Unidos de Norteamérica antes y durante el Programa Bracero: el caso de Cerritos, San Luis Potosí*, México, (Tesis de Maestría en Historia), Universidad Iberoamericana, 1998.

Morales, Patricia, *Indocumentados Mexicanos. Causas y razones de la migración laboral*, 2ª ed., México, Grijalbo, 1989.

Mraz, John y Jaime Velez, *Uprooted: Braceros in the Hermanos Mayo Lens*, Houston, Arte Public Press, 1996.

O.R.I.T., *La ORIT y el problema de los braceros mexicanos*, México, s/c, 1953.

Ojeda Gómez, Mario, "Estudio de un caso de decisión política: el programa norteamericano de importación de braceros", en *Extremos de México*, México, El Colegio de México, 1971.

Pinal del, Jorge, "Los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos", en *El Trimestre Económico*, vol. XII, No. 1, abril-junio 1945.

Portelli, Alessandro, *The battle of Valle Giulia; oral history and the art of dialogue*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1997.

Portelli, Alessandro, *The death of Luigi Trastulli, and other stories: form and meaning in oral history*, Albany, State University of New York, 1991.

Sandoval Palacios, Juan Manuel "El estado mexicano versus los mexicanos en Estados Unidos; ¿dos proyectos de nación?", Ponencia presentada en el *Coloquio Migración Internacional y socialización en un mundo globalizado*, Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, 11 y 12 de mayo del 2000.

Santibáñez, Enrique, *Ensayo acerca de la inmigración mexicana en los Estados Unidos*, San Francisco, R and E Research Associates, 1970 (reprint).

Schumacher, María Esther (comp.), *Mitos en las relaciones México Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1994.

Scruggs, Otey M., *Braceros, wetbacks and the farm labor problem: mexican agricultural labor in the United States, 1942-1954*, New York, Garland, 1988.

Simmons, Merle, *The Mexican corrido as a source for interpretative study of modern Mexico (1870-1950)*, Bloomington, Indiana University Press, 1957.

Thompson, Paul, Luisa Passerini, Isabelle Bertaux-Wiame y Alejandro Portelli: "Between social scientists: responses to Louise A. Tilly, en: *International Journal of Oral History*, vol. 6, No. 1, febrero 1985.

Thompson, Paul, *The voice of the past. Oral history*, Oxford University Press, 1978.

Thomson, Alistair, "Moving stories: oral history and migration studies" en: *Oral History Society*, vol. 27, no. 1, primavera 1999, p. 24-37.

Topete, Jesús, *Aventuras de un Bracero*, México, Editora Gráfica Moderna, 2ª ed., 1961.

Torres Ramírez, Blanca, *Historia de la Revolución Mexicana Tomo VII. México en la Segunda Guerra Mundial. Período 1940-1952*, vol. 19, México, El Colegio de México, 1979.

Tratados ratificados y convenios ejecutivos celebrados por México, México, Senado de la República, 1972.

Tomo VIII (1938-1942)

Tomo XIX (1943-1946)

Velasco Ávila, Cuauhtémoc (coord.), Jorge E. Aceves Lozano (*et.al.*), *Historia y testimonios orales*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Serie Historia, Col. Divulgación, 1996.

Zorrilla, Luis, G., *Historia de las Relaciones entre México y los Estados Unidos de América 1800-1958*, 2ª ed., México, Editorial Porrúa, 1977.

Fuentes hemerográficas.

El Popular, diciembre 1941.

El Nacional, septiembre 1942 - febrero 1947.

Tiempo, enero 1943.

Excelsior, mayo 1943.